

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 26.

NUM. 309.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SETIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS RECOMPENSAS

A LOS EXPEDICIONARIOS ESPAÑOLES AL NORTE DE EUROPA

CON EL MARQUÉS DE LA ROMANA

Hasta que pasa el tiempo, hasta que los archivos secretos del Estado dejan de ser secreto para constituirse en las fuentes más fidedignas de la Historia, ni los hechos en conjunto alcanzan todo el relieve que les pertenece, ni los méritos singulares pueden apreciarse con la extensión que les es propia, ni con la justicia que los corona en la fe y en la gratitud de la Nación. Hay una escuela pseudo-crítica y filosófica que vocifera contra la testificación documental, y dice que el documento sólo encierra la verdad amañada y convenida. Es una vulgaridad; para poder convertir esta doctrina en dogma, sería preciso que los que la sostienen, al lado de la afirmación de sus opiniones, nos pusieran la prueba concluyente, haciendo notar, con hechos que no admitieran duda alguna acerca del modo con que se hallan relatados en alguna parte, las contradicciones que en realidad tuvieran con la fe contenida en cualquier documento que a ellos se refiera. Esa contradicción nadie la ha demostrado de una manera sincera todavía; por lo tanto, en materia histórica, lo que el documento acredita, la sana crítica lo promulga como incuestionablemente verdadero. Lo que la

exploración documentaria, en cambio, conquista siempre para el mayor brillo y limpieza de la Historia, es la multitud de detalles ignorados, que ordinariamente escapan a la exposición del conjunto. Esta conquista es la que, en el giro nuevo y dominante de los estudios históricos, da a los que con tanta profusión y en toda materia, y en todos los países en la actualidad preponderan, ese enriquecimiento de síntesis y detalles que hace de la Historia una ciencia nueva.

De la Historia de la Expedición del Ejército español *auxiliar* de los de Napoleón al Norte, todavía puede decirse que no sabemos una palabra ni con referencia a las historias generales, ni en virtud de las incompletas monografías y discursos que hasta ahora se han dado a la estampa. La erudición francesa, que queriendo esclarecer este asunto, no ha hecho hasta aquí otra cosa que meterlo a barullo, como entre los escritores franceses es tan frecuente cuando se proponen deslustrar los hechos de los extranjeros, y sobre todo de los españoles, así cuando los han tenido por amigos como cuando los han tenido por adversarios, pues para su criterio tradicional en la materia el caso es siempre el mismo. Los alemanes, que nos han hecho alguna justicia cuando han narrado la estancia de las tropas españolas en Hamburgo, no han dado a sus estudios sobre este particular, faltándoles documentos sobre la formación de aquel ejército, toda la extensión a que se brinda; y nada digamos de los italianos, en quienes un sentido quizá de justo celo nacional los hace apartar deliberada y sistemáticamente de todo recuerdo, que en la importancia que este reino ha tomado desde su feliz unificación, parece lastimar su propio concepto. Solamente en Dinamarca existe una literatura histórica del ciclo napoleónico, en la cual, a la estancia, conducta y retirada del ejército español que allí tuvo bajo su mando el genial Marqués de la Romana, se les dan todas las proporciones que inspira un estudio profundo, una documentación riquísima en detalles, una admiración ingenua hacia el esplendor de nuestras armas, y una simpatía que allí ha dejado huellas permanentes

e indelebles hacia nuestro genio y nuestro espíritu romántico y seductor.

Los que en España han tratado de aquella expedición se contentaron con ajustarse a los informes de algunos de los que ocuparon puestos de consideración en aquel Ejército, al ser consultados cuando regresaron a España, en vez de meterse en el fondo de la documentación fidedigna. Pero es más llano tomar de lo que otros han hecho, que hacer con propio estímulo y trabajo, y así se ha visto acudir a los informes de don Ambrosio de la Cuadra, de D. José O'Donnell, de D. Lázaro de las Heras y de otros a quienes se pidieron para resolver cuestiones determinadas, sin tomarse la pena siquiera de ir a buscar estos mismos documentos sintéticos y escritos a la memoria en su propio asiento de nuestro Depósito de la Guerra, sino sirviéndose de las copias obtenidas por algún diligente y benemérito extranjero, el profesor del Gimnasio Superior de Odensée, en la Fionia, Señor Carl Schmidt, y publicadas por este mismo en su obra *DE FREMMEDE TROPPERS OPHOLD I DANMARK I 1808 (Estancia de las tropas extranjeras en Dinamarca en 1808)* (Odensée, 1907), en la cual, formando el número 11 de los documentos justificativos, se encuentran las *Memorias de los acontecimientos en el Ejército de Dinamarca*, de D. Ambrosio de la Cuadra (págs. 63 a 114 de los *Aktstykker*), en el número 3 (págs. 4 a 59); las escritas por el Teniente coronel D. José Agustín de Llano, ayudante de campo del Marqués de la Romana, y a este tenor algunos otros documentos. Yo declaro que si, como espero, después de la investigación de primera mano que me cabe la fortuna de haber practicado en nuestros Archivos nacionales sobre esta Expedición, me lanzo, como tengo prometido, a escribir el libro definitivo que la consagre, una gran parte de mi labor, sin duda la más importante, ha de ser la que debo ya a la fina amistad e inmensa diligencia del Sr. Profesor Schmidt, el cual, escritos por él mismo y de su puño y letra, me ha favorecido con tres extensos cuadernos de documentos, en su mayor número inéditos, de los

Archivos de Dinamarca, Suecia, Alemania, Inglaterra y Francia (1). Esta riqueza documental, nunca hasta ahora explotada, para una producción histórica española, a la que se añaden libros, ya raros, de la primera mitad del siglo XIX, mapas de exquisita precisión y valor, fotografías de lugares y personajes, y otra multitud de auxilios semejantes, tendrá todo su necesario complemento en la documentación propia, no tan perdida ni tan escasa como hasta aquí, la indolencia ha proclamado, y de la que aquí quiero dar una sencilla muestra con un documento de inapreciable mérito, y al cual, ninguno

(1) *Odensée le 11 Mars 1909.*—MONSIEUR JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.—*Monsieur:* Ayant l'honneur de vous accuser réception juste de livre excellent qui vous avez voulu bien me faire parvenir par soin de Son Excellence M. Juan Riaño, ministre d'Espagne à Copenhague, je vous en remets par ici mes remerciements les plus sincères, tant pour la satisfaction que vous m'avez procuré en lisant et relisant un ouvrage de tel valeur et intérêt, que pour la bonté extrême de faire mention de mon récit sur *Les troupes étrangères en Danemarch 1808*, dans les termes tellement flatteuses pour moi: j'en suis fort fier, fort heureux et fort reconnaissant.—Je suis complètement d'accord avec vous, quand—page 70—vous déclarez que l'histoire de la Division du célèbre général de la Romana «exige una monografía documental». Et depuis fort longtemps déjà je me suis étonné qu'une telle n'a pas paru en Espagne. Certainement les difficultés en sont nombreuses, particulièrement; je le pense par ce qu'il faut qu'on possède des documents authentiques relatifs aux vis-dites troupes, lesquels il faut ramasser de la France de l'Allemagne et du Danemarch outre et naturellement des Archives espagnoles.—Les qualités suprêmes de votre travail m'engage pour tant à espérer que vous, monsieur, seriez l'homme jusq'ici si vivement attendu, c'est-à-dire, qu'on oserait espérer voir de votre main le récit absolu et définitif du sujet si attractant et pour vous en féliciter tant qu'il dépende de moi—j'ai pris la liberté vous expédier par le même courrier une assez grande série de documents, les quelles j'ai rassemblée de diverses archives de l'Espagne, la France, l'Allemagne, l'Angleterre et la Suède. Le vais prié les recevoir comme hommage à votre bien veillance extraordinaire.—Veuillez agréer les assurances de un plus haute considération.—KARL SCHMIDT.

Si vous destinez à faire le récit du Corps de la Romana, je serais fort heureux pour vous assister en vérifiant les noms danois des localités, etc.»

de los que hasta aquí han escrito del Marqués de la Romana, y su Expedición al Norte, nos había dado la menor noticia. Trátase del regreso del Marqués y su Ejército a España, y de lo que en toda empresa militar es a la postre el problema más difícil de todos los problemas: el capítulo de las recompensas.

Después de su breve visita en Londres al Príncipe-Regente y al Gobierno británico, la Junta del Reino de Galicia, desde la Coruña, con fecha del 19 de Octubre de 1808, dirigía a la Suprema Gubernativa del Reino, que presidía el Conde de Floridablanca, la grata noticia de la llegada del General Marqués de la Romana a aquel puerto, en comunicación oficial que decía así:

«SEÑOR:

En el día de hoy ha entrado en este puerto una fragata de guerra inglesa, que conduce al teniente general Marqués de la Romana, y al enviado inglés, cerca de V. M., M. Frère. Lo que pone en noticia de V. M. el Reino de Galicia para su inteligencia y conocimiento. Dios guarde a V. M. muchos años. Coruña, 19 de Octubre de 1808.»

El mismo día había echado el ancla en el mismo puerto de la Coruña otro bergantín, que conducía 159 soldados del regimiento de Infantería de Zamora, y del de Caballería de Almansa, y habiéndosele suministrado los caudales que se necesitaban para prendas urgentes, se le mandó volver a zarpar para Santander, e incorporarse con las demás tropas de la Expedición que habían ido llegando. A Santander, del mismo modo, se encaminó Romana, y allí se encontró con los despachos y las cartas de Floridablanca, en los primeros de los cuales se le confería el mando del Ejército de la izquierda, de que se había exonerado al general D. Joaquín Blake, mandándole a Tarragona a cubrir la vacante que, en su muerte, había dejado en el Ejército de Cataluña el general D. Teodoro Reding, y en las otras lamentando no haber sido el primero en recibirle entre sus brazos, al llegar a su Patria coronado con los

laureles de su genial retirada de Dinamarca. A estos papeles, tan satisfactorios y gratos, Romana se apresuraba a contestar, desde Santander, el 11 de Noviembre:

«SERENÍSIMO SR.:

Mi muy venerado amigo y antiguo favorecedor: También hubiera yo querido estrecharme en sus brazos de V. y regocijarme con ver al frente de la Nación un hombre que debería ser inmortal para gobernarla siempre. En este instante acabo de recibir el mando superior de los Ejércitos de la izquierda y centro. Sin embargo de sentir mis débiles fuerzas para encargarme de tanto peso y de no hallarme del todo restablecido de mi indisposición, el servicio de la Patria me hace arrostrar por mil incomodidades, y parto mañana en una mala mula, sin equipaje, y con sólo la mochila, a fuer de soldado.

Estoy desaviado enteramente, pues el corto bagaje que tenía, parte quedó allá, y lo demás tendría que dejarlo también aquí por falta de transportes; pero estas privaciones se deben estimar por nada, cuando se trata de salvar el honor nacional. Dios quiera ayudarme y proteger nuestras operaciones en una causa tan suya.

Celebro mucho que se haya echado mano del Conde de Cartaojal para el empleo de mayor general, por ser un sujeto sobresalientísimo, y he pedido al Sr. Ministro D. Lázaro de las Heras por intendente general, hombre de los pocos que se hallan, y espero que la Suprema Junta vendrá en conceder lo que propongo para estos sujetos y demás que van en mi propuesta.

Quiera el cielo conservar a V. sus preciosos días para bien y gloria de esta Monarquía, como incesantemente le pide a S. M. D. éste su invariable eterno amigo y servidor,

MARQUÉS DE LA ROMANA.

Serenísimo Sr. Conde de Floridablanca.»

Cuando esta carta llegaba a Sevilla, ya el Conde de Flori-

dablanca no existía; y aunque el Marqués ofrecía ponerse inmediatamente en camino para tomar posesión del mando militar que se le había conferido, sin esperar siquiera la llegada de su equipaje, no quiso abandonar a Santander, sin dirigir al Gobierno de la Junta Suprema Central una *Relación* detallada de los individuos que habían contraído particular mérito, y acreditado distinguido patriotismo para regresar a España desde Dinamarca, proponiéndoles para las recompensas a que les consideraba acreedores. Estas propuestas pueden calificarse de modelos en su clase. En la sucinta relación de los hechos meritorios, cada nombre que en ella se incluye arguye una verdadera biografía. Muchos detalles nimios de los sucesos de la Expedición se destacan en este documento, haciendo revelaciones fidedignas, que de otro modo serían olvidadas para siempre. He aquí los nombres esclarecidos por el testimonio de su general:

1.º El brigadier CONDE DE SAN ROMÁN, coronel del regimiento de Infantería de la Princesa, por sus servicios, amor al Rey N. S. y distinguido patriotismo, es acreedor al ascenso de mariscal de campo, y a que se le confiera el mando de una División.

2.º El BARÓN DE ARMENDÁRIZ, coronel del regimiento de Dragones de Villaviciosa, por igual motivo, y por el mérito que contrajo en el *sitio de Stralsund*, le considero acreedor al grado de brigadier.

3.º D. IGNACIO MARTÍNEZ VALLEJO, coronel del regimiento de Voluntarios de Castilla, pasó al Norte de primer ayudante general del Estado Mayor, y se ha provisto su empleo. En paz y guerra se ha distinguido siempre, y en el Ejército de mi mando ha trabajado, estimulado con su honor y celo, más de lo que se podía esperar de su edad y achaques. Está imposibilitado de montar a caballo y hacer ejercicio violento. Ha dado pruebas de su amor al Rey N. S. y a la Patria. Es acreedor al grado de brigadier, y un empleo de plaza, correspondiente a su mérito y graduación, que desempeñará con utili-

dad del servicio de S. M., y en el ínterin que se le proporciona, puede destinársele a una ciudad de asamblea para dirigir la instrucción de los Cuerpos de reserva, con el sueldo que goza, para cuya comisión es muy a propósito.

4.º D. JOSÉ DE LASTRES, coronel del regimiento del Rey, procedió con la mayor actividad y celo para salvar su regimiento, sin hacer aprecio de las órdenes para lo contrario del general Kindelán. Se hizo al mar sin provisiones y sin lastre en sus buques, y vino a unirse conmigo, navegando treinta leguas. Es acreedor lo menos al grado de brigadier.

5.º D. ANTONIO DAR COURT, coronel del regimiento de Zamora, salvó su regimiento, sin embargo de estar en el mismo pueblo el general Kindelán. Su patriotismo le hace acreedor al grado de brigadier.

6.º D. JUAN ANTONIO CABALLERO, coronel del regimiento de Dragones de Almansa y primer ayudante general del Estado Mayor, no puede continuar en actividad en el Ejército, porque es absolutamente corto de vista y no sabe conciliarse el afecto de sus subordinados. Concediéndole el empleo de brigadier y un empleo de plaza o su retiro con 18.000 reales, me parece queda recompensado.

7.º D. JOAQUÍN DE ASTRAUDI, teniente coronel del regimiento de Caballería del Infante, lo ha estado mandando desde que salió de España. Hizo el mismo servicio para salvar su regimiento que el Coronel del Rey, y merece que se le confiera su regimiento en propiedad, respecto que el coronel D. Francisco Mariano tiene la salud quebrantada y ha quedado en Dinamarca.

8.º D. JUAN FRANCISCO VIVES (*prisionero*, al margen), comandante del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; es de avanzada edad y no tiene la disposición necesaria para mandar este distinguido Cuerpo. Su amor al Rey N. S., su patriotismo y celo por el mejor servicio, le hacen acreedor al grado de coronel, y su retiro con el sueldo que goza.

9.º D. JOSÉ BONELLAS, comandante del primer batallón de

Voluntarios de Barcelona; tiene sesenta y ocho años de edad, cuarenta y seis de servicios y está imposibilitado, por su avanzada edad y gota, que lo más del año le tiene postrado en cama. Es inútil para todo servicio, y particularmente para el de tropas ligeras. Es acreedor al grado de coronel, y su retiro con el sueldo que goza.

10. D. ANDRÉS GONZÁLEZ DÁVILA, teniente coronel de Ingenieros; es un oficial muy benemérito, lleno de pundonor, espíritu y patriotismo, excelente facultativo y digno de ser ascendido a coronel.

11. D. MIGUEL DE BÉCCAR, teniente coronel del regimiento de Dragones de Almansa; ha mandado su regimiento todo el tiempo que ha permanecido en Hamburgo y Dinamarca, y dado pruebas de celo por el servicio de S. M. Es acreedor al grado de coronel.

12. El teniente coronel D. JOSÉ O'DONNELL, comandante del tercer batallón de Voluntarios de la Corona y segundo ayudante del Estado Mayor, ha contribuído eficazmente a todas mis disposiciones para el reembarco de las tropas; ha dado las más acrisoladas pruebas de patriotismo, y es uno de los jefes de la mejor disposición que reúne circunstancias muy recomendables y promete ser buen General. Se ha provisto su empleo, y es acreedor a que se le promueva a coronel de un regimiento, o al grado y sueldo de coronel, nombrándole primer ayudante general del Estado Mayor, cuyo encargo desempeñará con utilidad del servicio, y si no tiene lugar, por haber el número suficiente, lo deseo de mi ayudante de campo.

13. El teniente coronel D. JOSÉ IMAZ, comandante del tercer batallón del regimiento de Zamora, por todas sus circunstancias es acreedor al grado de coronel.

14. D. ANTONIO HERMOSILLA, sargento mayor del mismo regimiento, merece ser promovido a comandante.

15. D. FRANCISCO CONWAY, sargento mayor del regimiento de Dragones de Almansa, es un excelente jefe. Ha dado prue-

bas de la firmeza, amor a S. M. y patriotismo, y merece el grado de teniente coronel.

16. D. ANTONIO DE LA CUADRA, sargento mayor del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; protegió la resolución de Fábregues. Propuso y ejecutó el plan de apoderarse de las baterías de Langueland. Tiene talento y ha dado pruebas de patriotismo. Es acreedor a una tenencia coronelía de un regimiento de línea.

17. D. FELIX PRATS, sargento mayor del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha estado mandando, por indisposición de su comandante, y ha acreditado sus recomendables circunstancias. Es bastante corto de vista, y si hay proporción de colocarle en empleo de plaza, servirá con utilidad. Le considero acreedor al grado de coronel.

18. El coronel D. CLEMENTE BARNÉS (*muerto*, al margen), capitán del batallón de Voluntarios de Cataluña, que con su tropa mantuvo uno de los puntos avanzados en la isla de Langueland, y con tanto conocimiento y pericia militar mandó su tropa la noche del bombardeo de la misma, es muy acreedor a que se le confiera la comandancia de un cuerpo de tropas ligeras, y podía ser el suyo, relevando al actual.

19. El teniente coronel D. RAFAEL DE HORE, capitán del regimiento de la Princesa, ha estado mandando uno de sus batallones. Tiene las circunstancias que se requieren para jefes y acreditado patriotismo. Le considero acreedor al empleo de sargento mayor, que desempeñará bien.

30. El Teniente coronel D. ANTONIO GASPAS BLANCO, capitán del primer batallón de Voluntarios de Cataluña, trabajó constantemente y con mucha utilidad del servicio, mientras subsistimos en la isla de Langueland. Tiene las circunstancias necesarias para ser un buen jefe, y por lo mismo le considero acreedor al empleo de sargento mayor.

21. D. JOSÉ AGUSTÍN DE LLANA, capitán del regimiento de Dragones de Numancia y mi ayudante de campo; tiene instrucción y las circunstancias que se requieren para jefe. Ha

desempeñado con celo y patriotismo las órdenes que con él mismo dirigí a los jefes de los cuerpos, y por lo mismo le considero acreedor al grado de teniente coronel y al empleo de sargento mayor en uno de los regimientos de Caballería, respecto a su antigüedad de capitán.

22. D. JOSÉ MARÍA DE CARRIÓN Y MANSO, capitán del regimiento de la Princesa. Ha estado mandando uno de sus batallones, y, por todas sus recomendables circunstancias es acreedor al grado de teniente coronel.

23. D. JOAQUÍN LAMOR, capitán primero del Real Cuerpo de Artillería; llevó mis órdenes para salvar al regimiento de Zamora. Contribuyó mucho con su talento y puntual ejecución a que no lo impidiese el general Kindelán, que estaba en el mismo pueblo. Es uno de los oficiales más recomendables por su patriotismo y acreedor a ser promovido a teniente coronel de su cuerpo; pero si por no alterar el orden de antigüedad que se observa en él no lo tuviese a bien la Suprema Junta, merece el grado y sueldo de teniente coronel, aunque quede en la clase de capitán primero.

24. D. JOSÉ LÓPEZ, capitán de la primera compañía de Artillería de a caballo. Es un oficial de sobresalientes circunstancias. Ha dado repetidas pruebas de valor y patriotismo. Fué a *Etruria*. Se halló en el sitio de *Stralsund*, y merece ser promovido a teniente coronel de su Cuerpo, o, a lo menos, para no perjudicar a los que le preceden en antigüedad, el grado y sueldo de teniente coronel, ínterin subsista de capitán.

25. D. ESTANISLAO SÁNCHEZ SALVADOR, capitán del regimiento de infantería de la Princesa, que siendo secretario del Estado Mayor le conferí la comandancia de la plaza de Nyborg, y ha desempeñado estos cargos con los conocimientos propios de su pericia y mérito. Es muy acreedor, y de antemano le tenía recomendado para el empleo de sargento mayor de un regimiento, que desempeñará con utilidad del servicio, y es muy justo que se le confiera con el grado de teniente coronel.

26. D. JUAN FRANCISCO AZPIROZ, capitán primero del Real Cuerpo de Ingenieros y comandante de Zapadores. Tiene cuantas circunstancias se requieren para ser un buen jefe. Su amor a la Patria y al Rey N. S., le recomienda para sus ascensos, y es muy acreedor al empleo de sargento mayor en su Cuerpo y al grado de teniente coronel.

27. D. FRANCISCO JAVIER PIERA, capitán del regimiento de Húsares Españoles y mi ayudante de campo. Es digno, por los mismos servicios que Llano y acendrado patriotismo, del grado de teniente coronel.

28. D. FERNANDO MIJARES, capitán segundo del Real Cuerpo de Ingenieros y mi ayudante de campo. Llevó mis órdenes para pasar el regimiento de Villaviciosa y Voluntarios de Barcelona a reforzar la isla de Langueland. Estuvo muy expuesto a quedar prisionero de los daneses. Fué el último que se embarcó en la isla de Tövsing, y sufrió el fuego de cañón que le hicieron desde Swemborg. Ha dado calificadas pruebas de patriotismo, y es digno de ser promovido a capitán primero de su Cuerpo y al grado de teniente coronel. Si la Suprema Junta no tiene por conveniente alterar el orden de antigüedad que se observa en este Cuerpo, debe gozar el sueldo de capitán primero, aunque permanezca de segundo, y conferirle el grado de teniente coronel.

29. D. JULIO O'NEILL, capitán agregado a las Milicias de Puerto Rico. Ha servido, sin sueldo alguno, de mi ayudante de campo. Se ofreció a pasar a Zelandia con pliegos míos para el Rey de Dinamarca y para los coroneles de los regimientos de Asturias y de Guadalajara, a fin de salvar aquellas tropas. No lo verificó, porque recibí aviso de estar desarmadas al tiempo que partía. Me ha servido mucho, porque reúne a otras recomendables circunstancias la de poseer varios idiomas. Le considero acreedor al grado y sueldo de capitán de Infantería, para continuar de mi ayudante de campo.

30. D. ANTONIO SOLÁ, capitán del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha manifestado el mayor celo y pa-

triotismo. Ha desempeñado completamente las comisiones que le he encargado, y es muy acreedor al grado de teniente coronel.

31. D. JUAN SEQUEIRA, capitán del regimiento de Dragones de Almansa; vino, con los dos escuadrones que tenía a su mando, a tomar posesión de la plaza de Nyborg, y así, en esta ocasión como en todas las demás, ha manifestado su instrucción, celo y patriotismo. Le considero acreedor al grado de teniente coronel.

32. D. JUAN DE LA VERA, capitán del Real Cuerpo de Ingenieros y segundo ayudante del Estado Mayor; trabajó con eficacia en el embarco de las tropas en Nyborg, y por su acendrado patriotismo le considero acreedor al grado de teniente coronel.

33. D. FÉLIX CARRERAS, teniente del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; fué dos veces a bordo del *Navío INGLÉS*, con pliegos míos: en la una mataron los dragones dos marineros de su barco, y en la otra los llevó nadando desde tierra hasta el bote, que quedó fuera del alcance del fusil. Lo envié con las órdenes para que se apoderasen de la isla de Langue-land. Tiene instrucción, acreditado valor y recomendable conducta. Es casado, y ha dado relevantes pruebas de patriotismo. Será un buen jefe, y por ahora le considero acreedor al ascenso de capitán primero de tropas ligeras, y que S. M. declare a su mujer la opción a los beneficios del montepío militar, como si se hubiera casado siendo capitán.

34. D. PABLO VENTADES, teniente del Real Cuerpo de Artillería; le comisioné para salvar el regimiento de Algarbe, y aunque no tuvo efecto, por causas *que ignoro*, me consta que desempeñó exactamente su encargo, confirmando la justa idea que tenía de su resolución, celo y patriotismo. Merece sea promovido a capitán segundo, y en el caso de que la Suprema Junta no juzgue conveniente alterar el orden de antigüedad, es acreedor al grado y sueldo de capitán segundo, aunque permanezca teniente.

35. D. BERNARDINO SIBALLÉ, teniente del primer batallón de Voluntarios de Barcelona; ha manifestado su patriotismo singular, y merece que se le confiera el grado de capitán.

36. D. JUAN ANTONIO FÁBREGUES, subteniente del primer batallón de Voluntarios de Cataluña; por no prestar el juramento, y por inquirir noticias ciertas del estado de España, se fue a bordo del navío de S. M. B. el BRUNSWICK. Estando en él llegó D. Rafael Lobo con pliegos para mí de las Juntas de Sevilla y de Galicia. Tuvo la resolución de venir con ellos a la isla de Langueland, en que se hallaba el batallón, aunque lo mandaba un comandante francés, y era notorio que estaba con los ingleses, arrostrando todos los peligros por contribuir a salvar el ejército de mi cargo. Es digno de ser ascendido a capitán segundo de tropas ligeras.

37. El comisario de guerra D. FRANCISCO DE LABORDA; ha servido en el Ejército del Norte, sin más auxilios, por cuenta de la Real Hacienda, que el sueldo de su empleo. Sus dilatados buenos servicios, su instrucción y acreditado celo, unidos al particular mérito que ha contraído auxiliando eficazmente mis disposiciones y las del Ministro principal de Real Hacienda para el acopio de víveres, establecimiento de Hospitales y asistencia de las tropas, le hacen digno de justicia del empleo de comisario ordenador, y conviene destinarle a este Ejército para que lo emplee el intendente del modo que le parezca más conveniente.

38. D. JOAQUÍN LAGUNA, teniente vicario general del ejército del Norte; salió de España para Etruria con el regimiento de Algarbe, de que era capellán. Ha servido en aquel Ejército y en el de mi mando cuatro años, de teniente vicario general, desempeñando a mi satisfacción, y la de todos los individuos, las obligaciones de su ministerio. Le considero acreedor a una canongía, prebenda o pieza eclesiástica correspondiente a su mérito.

39. D. JUAN MIGUEL PÁEZ DE LA CADENA, auditor de guerra del Ejército del Norte; lleno de amor a la patria y carga-

do de servicios, no tengo palabras bastantes con que encarecer su mérito. Es el más a propósito para la magistratura. Su celo y constantes desvelos, unidos a la dulzura y amabilidad de su genio, hacían mucho más apreciable su rectitud. Es muy digno de que se le confiera una plaza en el Consejo de Castilla o en el de la Guerra, si no prefiere algún otro destino en la diplomacia.

40. D. NICOLÁS CACHAPERO HERNÁNDEZ (*muerto*, al margen), oficial de la Contaduría de Ejército; ha servido de mi secretario con superior aprobación y el auxilio de mil rs. vn. mensuales. Le recomendé a la superioridad en Febrero de este año para una plaza de oficial en cualquiera secretaría de las del despacho, y se me contestó que continuase a mis órdenes durante mi comisión, bien persuadido de que después sería atendido. Ha trabajado constantemente con la reserva, actividad y acierto correspondiente, y por su instrucción y conocimientos será útil al servicio de S. M. en cualquier destino. Es muy conveniente que por ahora siga a mi mediación, pero es acreedor al empleo de Comisario de Guerra, con el sueldo de 18.000 rs., por el mérito que ha contraído, y espero que S. M. se lo conceda.

Los demás jefes, oficiales e individuos del Ejército de mi mando han manifestado constantemente amor al Rey N. S., y se han prestado gustosos a sufrir las privaciones e incomodidades que no pueden ocultarse a S. M., y aunque no he tenido motivo particular para emplear a otros que los que componen la relación precedente, son dignos de la piedad de S. M., y me parece que a todos los jefes, oficiales, sargentos primeros y cadetes se les puede conceder un grado, y a las demás clases un escudo de ventaja al mes sobre sus haberes, acordando a todos una señal que los distinga y sirva de estímulo a los demás.

De los que han quedado en Zelandia y demás pueblos de Dinamarca, hay muchos dignos de recompensa, particularmente el brigadier D. Luis de Lavielleuze, coronel del regi-

miento de Asturias; D. Vicente Martorell, que lo es del de Guadalajara, y los demás jefes y oficiales de ambos Cuerpos.—D. Juan Ramón Martí, teniente coronel del regimiento de España, ayudante del E. M.; el coronel del regimiento de Caballería del Infante, D. Francisco Mariano, y otros oficiales que estaban en Hamburgo.—D. José Guerrero de Torres, capitán segundo del Real Cuerpo de Artillería, y D. José María Zacaes, subteniente del mismo; los cuales, por un efecto de su bizarría y patriotismo, han quedado en poder de los franceses, y son dignos de extraordinaria recompensa; el primero es acreedor al empleo de capitán primero y grado de teniente coronel y el segundo al empleo de teniente y grado de capitán, cuyas gracias se les deben acordar desde ahora.

Los empleados del Cuerpo político han servido bien, y he prevenido al ministro principal de la Real Hacienda haga presente a S. M. el mérito que hayan contraído y gracias a que los considere acreedores.

EL MARQUÉS DE LA ROMANA.

Cuando la propuesta de la Romana, muerto Floridablanca, llegó al Ministerio de la Guerra, la sección correspondiente, y más que la sección el ministro de la Guerra, D. Antonio Cornell, se opuso a la integridad de las gracias, considerándolas excesivas. No había inconveniente en conceder a todos los individuos de aquel Ejército «el uso de la señal de distinción que propusiese el Marqués de la Romana, acompañando el dibujo;» pero el aumento de sueldos a los jefes y oficiales y el escudo de ventaja *para toda la tropa* sobre su respectivo plus al mes, a pretexto de «no gravar tanto a la Hacienda», fue impugnado con absoluta negativa; solamente acordó la Junta suprema «tener presente el mérito de los oficiales que Romana recomendaba *para mayor gracia* de las que se les concedía, cuando hubiese ocasión más propicia». Mas como de esta oposición había de resultar el enojo cierto de un general cuyo prestigio rayaba a la sazón tan alto, creyóse que podría adorme-

cérsele acumulando sobre él puestos de confianza que le hiriesen en su propia vanidad. De esta manera, mientras lo de las recompensas quedaba aplazado en los premiosos trámites del negociado correspondiente, con fecha del 4 de Diciembre se le dirigía, por medio de la Junta del reino de Galicia, un nuevo despacho personal concebido en los términos siguientes:

«EXCMO. SR.: Con esta fecha comunico al Marqués de la Romana la R. O. siguiente:

«El Rey, nuestro Señor, Don Fernando VII y en su Real nombre la Suprema Junta de Gobierno del Reino, no perdonando medida ni providencia de cuantas exige el bien general y estado de la Nación, ha tenido a bien resolver que V. E. mande, no sólo el Ejército de que es General en Jefe, sino también los de los reinos de Castilla la Vieja, León, Asturias y Galicia, activando en todos ellos el armamento de tropas y de los pueblos en masa, la requisición de caballos, monturas y demás que es indispensable acelerar para que nada falte ni entorpezca el armamento de nuestro Ejército al pie respetable y extraordinario en que debe ponerse a toda costa.

»S. M. esta enterado ya, con el mayor dolor, que, a la insubordinación del Ejército, se añade la cobardía, y de aquí nace la deserción escandalosa que admira a nuestros aliados y sofoca sus generosas disposiciones. Esta conducta, tan contraria a los sentimientos y sacrificios de los pueblos verdaderamente españoles, no consiguiéndose por los medios suaves, exige que V. E. emplee ya todo el rigor de las leyes militares sin la menor contemplación ni demora, extendiendo los castigos según las circunstancias, a las justicias particulares que los protejan y encubran a los desertores. Para todo autoriza a vuecencia S. M. con las facultades más amplias, como también para hacerse obedecer pronto y decididamente y despertar el entusiasmo español que se apaga en esas provincias, especialmente en la de Castilla. Por lo mismo, son necesarias medidas extraordinarias y vigorosas que aseguren la salvación de la Patria, lo que no podría conseguirse sin el pronto y ejemplar castigo de los viles

y degenerados que engañan a la Patria y a su Rey, usurpando el título de sus defensores cuando los venden cobardemente, y aunque se hagan ejemplares con las justicias que muestran indolencia en remediar estos desórdenes, y no obedezcan a V. E. con el celo y puntualidad que corresponde. S. M. reviste a V. E. de tanta autoridad para que pueda responder a la gran confianza que tiene en su energía y patriótico entusiasmo; a cuyo fin se comunican con esta fecha las órdenes oportunas a las respectivas Juntas de Gobierno para que lo tengan entendido y reconozcan y obedezcan a V. E., a quien de R. O. lo comunico para su inteligencia y cumplimiento.»

Y lo traslado a V. E. de la misma para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde a V. E. muchos años. Talavera de la Reina, 4 de Diciembre de 1808.—MARTÍN DE GARAY.—*Sr. Presidente de la Junta del Gobierno de Galicia.*»

Romana, que había entretanto visto morir a su lado, peleando por la Patria, algunos de los que habían sido objeto de su estimación al proponerlos para premios merecidos que no obtuvieron, desde su Cuartel general de León, dirigía un nuevo oficio el Ministerio, en que decía:

«EXCMO. SR: En cumplimiento a la Real orden que me comunicó el Sr. Ministro interino de la Guerra con fecha de 26 de Octubre para que propusiera los ascensos y recompensas a que juzgase acredores a los sujetos más dignos del Ejército que habían estado a mis órdenes en el Norte, lo verifiqué desde luego, dirigiendo con el mismo Ministerio a la Suprema Junta Central la propuesta correspondiente con extraordinario despachado desde Santander el 12 del mes anterior.

Varios jefes y oficiales, dignos de mejor suerte, fallecieron ya gloriosamente en las acciones de Balmaseda y Espinosa; otros han contraído nuevo mérito por su bizarría y por las graves heridas que han recibido. Algunos de los que servían en el Estado Mayor están sin destino por haberse provisto sus empleos. Desean servir y pueden hacerlo con mucha utilidad, y todos, en fin, han dado las más acrisoladas pruebas de su fide-

lidad al Rey N. S. y de su constante amor a la Patria, uniéndose a mí con el mayor entusiasmo, sufriendo con gusto y resignación las incomodidades de un viaje largo y penoso, superando dificultades y arrostrando toda clase de peligros, sin haber obtenido por este distinguido mérito, ni por el que han contraído con sus servicios anteriores, el menor ascenso, recompensa ni demostración de gratitud pública.

No puede ocultarse a la Junta Suprema que un general a quien honra con tantas facultades y autoridad para mandar, disponer y castigar, le ha de suponer su Ejército con la necesaria para recompensar el mérito distinguido de los que le componen, o a lo menos que serán atendidos los informes y recomendaciones que dirija a S. M. en favor de los que sean dignos de gracias.

Por más que el patriotismo y pundonor sofoquen el sentimiento de los jefes, oficiales y demás individuos beneméritos, siempre causa inquietud y desacierto la falta de premios en quien los merece. Regularmente atribuyen la culpa al general que los manda y no les inspira el afecto que conviene tengan a su persona, a su justificación y a su imparcialidad. En los que han venido del Norte es casi preciso y muy disculpable el sentimiento en que se ven rodeados de infinitos que servirían con grados inferiores a ellos, y a quienes las Juntas provinciales, cuando ejercían la soberanía, colmaron de gracias, sin haber visto al enemigo ni contraído el menor mérito de guerra.

No se me ocultan las circunstancias que se han ido sucediendo desde la época de mi propuesta hasta el día; pero no han debido impedir que se acordasen las gracias, y a lo menos se me comunicasen por medio de una relación las que hubiera concedido S. M. para noticia y satisfacción de los interesados, ínterin se expedían los Reales despachos y órdenes correspondientes.

He consultado a la Junta Suprema, por conducto del señor Ministro de la Guerra, los medios más ejecutivos y económicos

que me parecen convenientes para aumentar el Ejército de mi mando, y la escasez que hay de jefes y oficiales en los Cuerpos que le componen. He remitido propuestas que me han dirigido los coroneles y comandantes, solicitando su pronta provisión, porque hacen suma falta para atender a la instrucción y disciplina de las tropas. He solicitado que S. M. se digne autorizarme para nombrar interinamente los oficiales que faltan. He dado curso a muchas instancias de oficiales beneméritos, y he tenido la desgracia de no recibir contestación alguna sobre estos y otros particulares; lo cual me impele dirigir a V. E. una copia de la propuesta, y del oficio del 12 de Noviembre con que la dirigí al Sr. Ministro de la Guerra, a fin de que me haga la gracia de elevarlo a noticias de la Suprema Junta, para que S. M. se digne resolver lo que fuese de su soberano agrado. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general de León, 20 de Diciembre de 1808.—Excmo. Sr: EL MARQUÉS DE LA ROMANA.—*Excmo. Sr. D. Martín Garay*

Ante esta comunicación, la Junta Suprema se sirvió mandar que «todos los oficiales de los Cuerpos que vinieron con el Marqués de la Romana tengan un grado más sobre el de sus actuales empleos, después de provistas las vacantes. Igualmente quiere S. M., añadía el Real decreto, que a los soldados, cabos y sargentos de los mismos Cuerpos se les dé un escudo de ventaja al mes y, además, un distintivo que adoptará la sección de Guerra, procurando no se confunda con los demás que se concedan por otras acciones, para que sea más conocido el testimonio de una lealtad y patriotismo tan acendrado, cuyo distintivo se dará también a toda la oficialidad, al Cuerpo político y demás dependencias del Ejército, de modo que alcance esta gracia a todos sus individuos». De que este decreto, a pesar de todo, no tenía eficaz cumplimiento todavía en Febrero de 1809, es prueba palpable otra comunicación de la Romana, escrita toda de su mano en el Cuartel general de Oymbra, en 7 del mismo mes, en que decía al Secretario general de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, D. Martín de Garay:

«EXCMO. SR.: No habiéndome las circunstancias permitido pasar a manos de V. E. la *Relación duplicada* de los jefes y oficiales que contrajeron mérito conocido en el Cuerpo de Ejército que estuvo a mis órdenes en el Norte, lo verifico ahora, anotando al margen de ella los que han sido promovidos o han muerto. Ruego a V. E. se sirva inclinar el ánimo de Su Majestad a que los no recompensados lo sean con la premura y prontitud posibles, antes que las ocupaciones ulteriores distraigan el tiempo, y que conozcan los agraciados han sido aceptos sus servicios. Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años. Cuartel general de Oymbra, 7 de Febrero de 1809.—*Excmo. Sr.—EL MARQUÉS DE LA ROMANA.—Excmo. Sr. D. Martín de Garay.*»

La propuesta del Marqués de la Romana, dirigida al Gobierno de la Junta Central, al día siguiente de su desembarco en Santander, y sin evacuar en Febrero de 1809 todavía, no es más que un capítulo de la Historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO IX

Construcciones defectuosas.

254. Voy a discurrir en este capítulo sobre algunas de las muchas construcciones que han sido censuradas por la Academia o por filólogos de nota, para dar cuenta de la razón o sinrazón de dichas censuras; y agregaré, de paso, otras locuciones o frases que me parecen dignas de enmienda.

Pécase en estas construcciones por el trueque, la omisión o el exceso de las preposiciones. En muchos de los casos que apunto, como se verá, el yerro resulta leve o el pecado muy venial; más se debe a suspicacia de gramáticos que a verdadera trasgresión del buen decir; y es tarea tan inútil como ímproba el aducir mayores razonamientos o arrimar citas comprobatorias, porque tantas serán las razones y citas favorables como las que podrán obrar en sentido contrario.

El mismo régimen, que tanto ha dado que decir a la Acad. y a muchos gramáticos, es mirado con notoria indiferencia por otros; Cejador ha dicho de él que es «término huero, y sobre huero, falso en Gramática, como tantos otros de que se ha procurado prescindir en este libro» (*La Leng. de Cervantes*, tomo I, pág. 335). Es tan relativa la mutua dependencia de las palabras, y son éstas individuos que se manejan con tan variable relación en la sociedad que llamamos discurso, que es

muy difícil, si no imposible, someter la construcción sintáctica a otras reglas que no sean las que impone la conformidad de accidentes gramaticales. Cuervo, con ser el mayor y más erudito filólogo del habla castellana, ha podido ejemplificar muy bien el régimen y la construcción en su gran *Diccionario* (que, por desgracia, sólo está publicado en sus primeros tomos), pero mal podría formular, desde que faltan los preceptos fundamentales, una serie de reglas precisas y fáciles que sirvan de norma eficaz para el mejor manejo del idioma. El *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas*, obra de Garcés, que mucho promete con su llamativo título, no tiene otro valor, para el conocimiento del habla y de su régimen gramatical, que el de la abundante ejemplificación ofrecida, no siempre oportuna ni siempre acertada, como he tenido ocasión de mostrarlo a propósito de algunas de sus citas. La «*Lista de palabras que se construyen con preposición*», guía práctica que trae la *Gram. académica*, y que reproducen otras gramáticas sin poner ni sacar término alguno, es incompleta, muy incompleta, y esto basta para que resulte de muy escasa utilidad, cuando no perjudicial; y tanto es así, que ha dado pie para que algunos gramáticos condenen construcciones muy castizas, que no tienen más defecto que su ausencia de la mentada lista.

Si bien sostiene la *Gram. de la Ac.* que «es necesario que las palabras se enlacen y combinen de tal manera, que tengan entre sí justa dependencia, o sea que unas rijan a otras bajo ciertas reglas: quebrantadas las cuales, o alguna de ellas, queda la oración defectuosa»; y si bien se entra luego con la mejor voluntad posible a dar la reglamentación pertinente, hay que convenir en que resulta una preceptiva opaca, escasa de lógica; poca o ninguna luz hallará quien a ella recurra para ver cómo ha de hilvanar una frase que se le ofrezca dudosa. Siquiera el estudio lógico de la proposición, ya que no ilustra sobre la mejor manera de decir o de escribir bien, tiene la ventaja mediata, muy apreciable por cierto, de constituir una ex-

celente gimnasia de la mente; mucho se presta para la formación del juicio, del buen criterio del estudiante; pero lo que es el régimen de nada sirve; su aprendizaje recarga sin provecho alguno la memoria del educando, y viene a ser la parte más odiosa, y a la vez más inútil en el estudio de la gramática, de suyo poco interesante para la mayoría de las gentes.

Sin extenderme en otras consideraciones, ya que fácilmente podrá inducir las el lector de los puntos que voy a tratar, permítaseme entrar en materia.

*
* *

255. La *Gram.* de la Ac. en la *Lista de palabras que se construyen con prep.*, sólo admite para el verbo *ocuparse* las prep. *con* y *en*: «*ocuparse con* un negocio», «*ocuparse en* trabajar»; y en el capítulo de los solecismos confirma la furibunda arremetida dada por Baralt, en su *Dic. de Gal.* contra toda construcción donde se diga OCUPARSE DE.

D. Adolfo de Castro plantea esta cuestión en los siguientes términos: «OCUPARSE DE *un asunto*. OCUPARSE DE es *llenarse de*. *La plaza se ocupó de gente*. *Ocuparse en* es tratar de un asunto. *Me ocupé en* referir el suceso, en escribir tal obra.» (*Libro de los galicismos*, pág. 103). No se dan razones ni hay citas que abonen este dictamen; lo transcribo porque no estará demás conocer la opinión de tan ilustrado académico.

Raro, muy raro, será hallar en los clásicos ejemplos en que el verbo *ocuparse* aparezca rigiendo algún complemento con la prep. *de*. Esta observación ha dado motivo al insigne Cuervo para formular la siguiente regla (*Apuntaciones*, página 336): «Siempre debe decirse *ocuparse en*, pero si disuena es señal de que el verbo no está bien empleado, y es menester poner otro.» Pero, debo contar que agrega a continuación: «Dura parecerá la sentencia; y muchos alegarán que favorecido el *ocuparse de* por gran número de los más granados escritores del siglo XIX, hay ya prescripción, y que en cien años

hasta el Rey y la Iglesia pierden derecho. Si hay prescripción o no, sábelo Dios; en caso de haberla, el punto es de conciencia: decídalo cada cual según lo ancho o lo estrecho de la suya.»

El distinguido filólogo chileno Amunátegui Reyes, en *Mis pasatiempos*, levanta decididamente el anatema que pesa sobre esta construcción, presentando más de setenta ejemplos de hablistas y escritores autorizados que han dicho *ocuparse de*, lo que basta y sobra para dejar consagrada la buena ley de tal decir.

Bienvenida sea esta defensa, puesto que si nos atuviéramos al dictamen de Baralt o de la Acad., prohijado ciegamente por no pocos gramáticos, arma ¡y muy contundente! se tendría para un mandoble tan formidable que no dejaría en pie seguramente a uno solo de nuestros mejores y más fecundos literatos. En las obras de Alberti, de los Estrada, de Sarmiento, de los Quesada, etc., abunda el maltratado régimen. En *El problema del idioma*, obra que aboga por la unidad y la pureza del habla castellana, escribe el Dr. E. Quesada: «También merece citarse el cap. XII, que se *ocupa de* las alteraciones fonéticas de las palabras derivadas de las lenguas indígenas» (pág. VI). El insigne Sarmiento repite en sus obras, no una vez, sino muchas, que oyó decir a los señores académicos, cada vez que los interpeló sobre las reformas ortográficas, esta invariable respuesta: «no me *he ocupado del* asunto»... y, una de dos, u oyó mal nuestro genial escritor, o también es común el condenado régimen en los ámbitos de la mismísima Acad.

256. Si hemos de atenernos a lo que impone la *Gram.* de la Acad., nos estará vedado el *entrar a tal o cual lugar*, ya que para este régimen está indicada la prep. *en* (*entrar en la iglesia*, según la *Lista de palabras que se construyen con prep.*). Tanto he visto, escrito y oído en construcciones semejantes la prep. *a*, como habituado estoy a *entrar a mi casa*; de modo que no seré yo quien ponga tachas al empleo de esta prep. dando crédito a críticas que no tienen razón de ser; y más me

afirmo en mi opinión desde que el insigne Cuervo, con abundante acopio de citas, prueba palmariamente lo muy castizo que es tal decir (*Apunt.*, pág. 328).

257. Baralt, Orellana, O. Fonoll, Uribe y U., Ortúzar, Batre Jáuregui y otros autores, cuentan como disparatadas las construcciones *trabajar A LA aguja*, o *A LA pala*, *dibujar A LA pluma*, *grabar AL cincel*, etc. La verdad es que el artículo de estas locuciones estará muy bien puesto en francés, pero huelga en buen castellano. Con todo, muy leve ha de ser el pecado desde que Tamayo y Baus, con unánime aprobación de la Acad., reconoció, en meditado dictamen, que puede decirse *dibujar a pluma*, *dibujar a la pluma*, o *dibujar de pluma* (véase el *Cast. en Venezuela*, de J. Calcaño, Apéndice), sin peligro de caer en intolerable barbarismo. Baralt se conforma con la supresión del artículo; pero otros rechazan de plano el uso de la *a* y exigen la sustitución de esta partícula por *con*. Demás estará el traer citas de autores para mostrar la sinrazón de esta exigencia; la misma *Gram.*, de acuerdo con el uso que es hoy más corriente y con los clásicos, establece que la prep. *a* puede indicar «el modo de hacer alguna cosa (*a pie*, *a mano*, etc.)» y «el instrumento con que se ejecuta alguna cosa (*le molieron a palos*, etc.). Suprimir el empleo de la *a* en las construcciones que señalo, sería empobrecer el idioma, pues no quedaría medio de establecer la diferencia de sentido que existe entre decir: *dibujar a pluma* y *dibujar con pluma*, *cavar a pala* y *cavar con pala*, etc.

258. Que en *máquina*, *motor* o *buque a vapor* hay un galicismo, no cabe duda; pero tanto se nos va acostumbrando el oído a tal construcción, tan vista y tan común nos resulta, que al fin nos acostumbraremos a ella. Los clásicos, a quienes se acude en busca de luz para aclarar estas dificultades, no han tenido ocasión de mentar tales máquinas, motores o buques; mas conste que lo más correcto y castizo es poner la preposición *de* donde hay *a*. En el *Quijote* nos hablan de *molinos de viento* y no *a viento*; en el *Dic.*, en la definición de la palabra «hélice»,

está escrito: «a popa del *buque de vapor*»; en *La Nación* (número del 23 de Abril de 1912), en un artículo del distinguido escritor español J. M. Salaverría, titulado «En el río Uruguay», se lee: «al pisar la cubierta de un *buque de vapor*»; en los tratados de Física de Langlebert y Ganot, traducidos al castellano por M. G. de la Rosa y F. Gutiérrez Brito, respectivamente, háblase siempre de *máquinas de vapor*; y, como éstos, muchos otros ejemplos podría citar que comprueban que la construcción castiza pide *de* y no *a*.

259. Orellana (*Cizaña del Leng.*, pág. 39) pone en su cizaña el modo adv. *de pie* y arremete furiosamente contra la Academia, porque ésta admite el «galicismo», el «bárbaro modismo» *estar de pie* por «estar derecho»; sostiene que para tal expresión debe usarse la prep. *en* (la Acad. sólo trae *de pies* = *en pie*). Según mi entender, empléase la locución *estar* o *andar en pie* para significar que una persona está sana, que está levantada; y cuando se quiere indicar la posición, lo que los americanos llamamos impropriamente *pararse*, más se emplea la prep. *de*: *estar* o *ponerse de pie, de costado, de cabeza*. Para Orellana *estar* o *andar en cabeza* no ha de ser «estar o andar descubierta», sino estar o andar en acrobática postura, con la cabeza hacia abajo y los pies en alto. No veo la necesidad de apuntalar lo que sostengo con citas; pero acuden a mi memoria estos ejemplos de nuestro ilustre historiador don B. Mitre, y los anoto: «Paso se puso *de pie* y habló» (*Historia de Belgrano*, tomo I, cap. IX). «Todos a la vez, y poniéndose espontáneamente *de pie*, contestaron por aclamación que sí.» (*Hist. de Belgrano*, tomo II, cap. XXVII).

260. La Acad. sólo admite *aborrecerse de muerte*; mas es tan común, aun entre gente bien hablada, el *aborrecerse* u *odiarse a muerte*, que no pongo en la picota esta frase, aunque muchos lexicógrafos la impugnen.

261. Batres Jáuregui (*El Cast. en América*, pág. 144), apoyándose en una cita de Valera, no consiente que se diga *escribir EN tal o cual fecha*, sino *con tal o cual fecha*. Así como se

dice *en tal o cual día*, ¿por qué no ha de poderse también decir *EN tal o cual fecha?*...

262. He aquí algunas otras construcciones más o menos defectuosas, censuradas por gramáticos y filólogos; van entre paréntesis las preposiciones llamadas a sustituir a las que se consideran viciosas.

Mezclar, reunir unas cosas A (con) otras; o las unas A (con) las otras.

Autorizar A (para) algún acto, A (para) firmar.

Disparar, huir o escapar A (de) los peligros, A (de) las balas.

Quedamos DE (en) juntarnos o reunirnos.

Comprar EN (por) tal o cual precio.

Examinar o examinarse EN (de) tal o cual asignatura.

Abonan la corrección que aconsejo en esta última frase la Acad., el guatemalteco Batres Jáuregui, el lexicógrafo mejicano F. Ramos Duarte y otros autores. Aquí, en la Arg., son muchos los que *se examinan EN tal o cual asignatura*. Mal de muchos, consuelo de tontos... y de los que no son tontos también, tratándose de lenguaje; la verdad es que el mal no me parece grave; haga cada cual su *examen de conciencia*, que no es lo mismo que hacerlo *en conciencia*, y verá cómo le conviene decir.

263. *Comprar o vender A (por) quilos, litros, etc.* Para Ortúzar (*Dic.*) es tolerable la *a*, y a fe que no deja de tener razón, mayormente desde que se reconoce que tal prep. sirve para denotar «el modo de hacer alguna cosa». También acredita este autor la bondad de la locución *A lo que se ve*, desechada por Baralt y por otros; nace esta *a*, seguramente, por analogía con la loc. adv. *a lo mejor*. Aunque respeto el parecer de Ortúzar, no dejaré de reconocer que lo más propio es *comprar o vender por quilos*, y decir *por lo que se ve, oye, etc.*

264. Acabo de leer en uno de nuestros diarios: «*Ejecutó AL piano con verdadera maestría.*» *Ejecutar AL piano* será ajusticiar este instrumento, como si fuera un reo. Estará bien advertir que una cosa es *ejecutar a alguno* y otra muy distinta *eje-*

cutar en el piano, violín, flauta, o lo que fuere: «ejecutaba en el piano una dulce balada»; así escribió S. Estrada (*Viajes*, I, página 308), y así es como debe decirse.

265. «*Pasen a sentarse EN la mesa*»: no una, sino muchas veces, he oído esta desgraciada invitación. *Sentarse EN la mesa* es tomar asiento sobre ella, cosa que ni a palurdos o imbéciles puede ocurrírseles. Más acertado se anda nuestro hombre de campo cuando invita a sus huéspedes, diciéndoles «*atráquense* (probable es que barbarice en regla pronunciando *ATRAQUESÉN*) *a la mesa*», aun teniendo en cuenta que los invitados no son embarcaciones, y, a pesar de la doble intención que puede admitir este verbo *atracarse*, que en nuestra campaña tanto se usa en la acepción de «arrimarse» como en la de «ponerse ahito del mucho comer». Quien pretenda ser bien hablado empleará siempre la prep. que se ve en estos pasajes: «Hicieronse mil corteses comedimientos y, finalmente, cogiendo a Don Quijote en medio se fueron a sentar *a la mesa*.» (*Quijote*, II, XXXI):

«Estaba Aquiles

A la mesa sentado, y a distancia

También los escuderos»;...

(*La Ilíada*. Trad. de Hermosilla, Libro XXIV);

«Si haré, aunque no he de sentarme
con él *a la mesa*.»

(C. de la Barca. *El Alcalde de Zalamea*, Jor. 1.^a, Esc. IV.)

266. Es muy común por estos mundos el *estar, encontrarse* o *detenerse EN la puerta*, y no seré yo quien haga aspavientos por tal decir, como los haré toda vez que se hable de *sentarse EN la mesa*; pero advertiré que más apropiada resulta la prep. *a*, pues, según la Acad., ésta indica «el lugar en que sucede alguna cosa, v. gr.: le cogieron *a la puerta*», «y muy buenos autores españoles y americanos dan preferencia a esta prep.; vayan como muestra estos ejemplos de V. de la Vega: *Está a la puerta* del castillo» (*Otra casa con dos puertas*, Acto II,

Esc. XXXI); «Acabo de encontrarle ahí a la esquina. (*Id. id. id. id.*, Acto II, Esc. I). Lo que es realmente curioso, e inadmisibile de todo punto, es que haya gente capaz de *dejarse estar*, de *pisar* o de *pararse EN EL DINTEL* (parte superior) de alguna puerta.

267. Desde que Baralt, Cuervo y otros gramáticos y filólogos han evidenciado lo mal que pega la prep. *bajo-en* «BAJO este punto de vista», «BAJO esta base», «BAJO este pie», «BAJO tales auspicios», pocos son los escritores de valía que no se cuidan de evitar este dislate escribiendo, como corresponde: *desde este punto de vista, sobre esta base, sobre este pie, con tales auspicios.*

*
* *

268. He mostrado hasta aquí construcciones que se tienen a mal traer por el trueque de las preposiciones; entraré ahora a considerar las dificultades que pueda ofrecer la supresión de estas partículas.

Orellana, en *Cizaña del Leng.* (pág. 36), asegura que «los catalanes, en general, tienen el vicio de suprimir indebidamente la partícula *de* después de las palabras *aparte, acerca, cerca, debajo, encima, dentro, fuera, etc.*» Hay que reconocer que en ciertos casos tal omisión puede dejar confuso el sentido, y no conviene; pero, en cambio, en otros, antes que error, es gala de lenguaje, que la usaron los clásicos, insignes literatos, y se sigue empleando 'hoy día, a pesar de las protestas del Sr. Orellana.

A propósito de este mismo punto, dice don Mario F. Suárez, en sus *Estudios Gramaticales* (pág. 252): «Adverbios y preposiciones suelen permutarse entre sí, según que modifiquen al verbo o indiquen régimen. En este caso se hallan *adentro, debajo, cerca*, que son adverbios en *vive adentro, está debajo, vive cerca*, y preposiciones en *mar adentro, debajo el cielo, cerca el lago.*»

Calcaño (*Cast. en Venezuela*, pág. 139) se pasa a la otra

alforja: no tolera *de* después de *tras* y *bajo* (*tras una puerta, tras mí, bajo la cama, etc.*), que sólo admite como preposiciones en las acepciones de *detrás* y *debajo*; y exige estas formas (*detrás* y *debajo*) cuando ha de seguir *de*. El ejemplo *debajo el cielo*, citado por Suárez, queda condenado; o *bajo el cielo* o *debajo del cielo*, restricción que no tiene razón de ser, porque no es la gramática la que impone el uso, sino precisamente todo lo contrario. Estoy por creer que el Sr. Calcaño se ha tomado esta vez al pie de la letra la definición, tan desacertada como ilógica, que da la Acad. de la *analogía*, cuando dice que «es la parte de la Gram. que enseña el valor de las palabras CONSIDERADAS AISLADAMENTE»... ¿Qué mucho dará con el valor de la palabra *bajo*, por ejemplo, quien se proponga considerarla *aisladamente*, si puede desempeñar oficios de preposición, adv. sust., adj. y verbo? Tanto *tras* como *bajo*, no tienen a menos juntarse con *de*, así cuando desempeñan oficios de prep. como de adv. La misma Acad. trae entre los ejemplos de sus preposiciones el siguiente: «*Tras* ser, o *tras de* ser culpado, es el que más levanta el grito», y sabido es que lo mismo da hacer algo *bajo juramento* que *bajo de* juramento, aunque el uso de este *de* se vaya perdiendo. El mismo Calcaño trae ejemplos en que *tras de* resulta adv., v. gr.: «*tras de* una desgracia suele venir una dicha», y sostiene que aquí *tras* equivale a *después*; no veo por qué razón no ha de equivaler también a *detrás*.

Para mejor probar que el rigorismo del distinguido académico venezolano no se tiene en cuenta, me basta transcribir este párrafo de su compatriota, el ilustre Bello (*Gram.*, capítulo XLIX): «Algunas preposiciones dejan a veces el carácter de tales, y se vuelven adverbios, como *bajo* y *tras*, cuando modificadas por un complemento con *de* equivalen a *debajo* y *detrás*: «*Bajo de la cama.*» «*Tras de la puerta.*»; Preguntó cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba *tras dél*» (Cervantes). *Tras él* hubiera sido más propio. Sin duda alguna, hubiera sido más propio; pero, desde que el mismo Cervantes descuida esta propiedad, ¿qué

puede esperarse de los que no rayaron ni rayarán tan alto en materia de buen decir?...

Está, por lo visto, en el espíritu de la lengua esto de tomar o largar la prep. *de*, esta facilidad de hacer prep. de los adv. y adv. de las prep.

Para que se vea con cuánta frecuencia se produce la supresión que vengo tratando, presentaré estos versos de Hermsilla (trad. de la *Iliada*), donde el adv. *dentro* se convierte en prep., cambio que cualquier persona, aunque sea poco avisada en cuestiones gramaticales, advertirá fácilmente, si observa que la voz relaciona al verbo con su complemento, y puede ser sustituída por *en*:

«Yo la esclava no doy; antes en Argos,
lejos de su país, *dentro mi alcázar*,
la rugosa vejez tejiendo telas
la encontrará...» (Libro I);

«Tanto en número exceden, lo aseguro,
los guerreros de Acaya a los troyanos,
que *dentro el muro* de Ilión habitan» (L. II);

«Que *dentro el corazón* tú los consejos
más útiles preparas...» (L. IV);

«Entonces fue cuando la negra muerte
dentro su red aprisionó a Diores» (L. IV);

«Los otros Capitanes de los Dánaos
dentro sus tiendas, al poder rendidos
del sueño delicioso,»... (L. X).

Y para mostrar que no se trata de licencia que sólo se permite en el lenguaje familiar y en el poético, como lo afirma Martínez y García (*Curiosidades Gramaticales*, pág. 201), agregaré estas dos citas: «Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner *delante los ojos* lo que de muy apartado, cuasi se pierde de vista?» (Fr. Luis de León. *La Perfecta casada*); «somos semejantes en esto a los animales brutos que están *debajo la encina*» (Fr. Luis de Granada. *Guía de Pecadores*, Libro 1.º).

269. Voy a señalar otros casos en que la prep. *de* puede suprimirse sin inconveniente alguno para el buen decir.

«¡Ah, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo *de* (1) *echar menos*» (*Quijote*, II, XXIV);

«... *echo menos*

El ser una de vosotras»

(Ant. de Solís. *El amor al uso*);

«Cuando *he echado menos* un verso o varios, he puesto una señal»... (Advertencia final del tomo 4.º de las Comedias de C. de la Barca, tomo 14 de la Bibl. Rivadeneyra); «Pues en la mía no quiero que *eches menos nada*» (V. de la Vega. *Llueven bofetones*, acto I, esc. VI).

Bastarán los ejemplos que anteceden para dar a conocer que se puede *echar menos* sin necesidad de la prep. *de*, que es hoy tan común, no sólo en la Arg., sino en toda América y en España mismo. Cunde el uso de la prep. en esta frase desde fines del siglo XVIII, según anota Cuervo (*Apunt.*, pág. 293).

Con más ingenio que razón y fundamentos establece Calcaño (*Cast. en Venez.*, pág. 372) que «*se echa menos* lo que se tenía y no se encuentra, lo que se ha perdido, lo que se gozó y falta. *Se echa de menos* lo que no se ha tenido y convendría tener, lo que nunca se ha poseído y se desea, o sería natural tener.» La documentación que ofrece, citas de numerosos autores, no resulta muy concluyente, ni alcanza para convencer sobre el cambio de significación que cree haber descubierto el distinguido filólogo venezolano.

(1) Este *de* es común en los clásicos:

«Pues si su fin no alcanza

Yo *tengo de vivir* con su esperanza»

(A. de Moreto. *El desdén con el desdén*);

«Pues, ¿qué *tengo de hacer* yo?»

(Tirso. *La villana de Vallecas*, ac. I, esc. I); etc.;

viene a ser reemplazada hoy por la conj. *que*: *tengo que vivir*, *tengo que hacer*, etc.

Salvá, en su *Dic.*, sólo trae «*echar menos* alguna cosa» (advertir, reparar la falta de ella) y «*echar menos* alguna persona o cosa» (tener sentimiento y pena por la falta de ella). La Acad. da igual significación a *echar menos* y *echar de menos*; estoy con ella.

270. «*A pie*» y «*a caballo*», cuando son modos adv. que modifican directamente al verbo, no necesitan la prep. *de*; es, por tanto, mucho mejor andar, ir o venir *a pie* o *a caballo*, que *DE a pie* o *DE a caballo*. Cualquiera se dará cuenta de la diferencia de significado que debe existir, si se habla con propiedad, cuando se dice, por ej., *pasan hombres a caballo* (que pasan accidentalmente de esta manera) u *hombres de a caballo* (los que por oficio o hábito andan así, los que saben andar); la locución *de a caballo* viene a referirse a *hombres*, mientras que *a caballo* modifica especialmente al verbo. Con todo, he de reconocer que pocos se cuidan de mantener tal distinción. En el *Quijote* se lee: «Eran cuatro, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados *a caballo* y tres mozos de mulas *a pie*» (I, IV), y «Venían con ellos asimismo dos gentiles hombres *de a caballo*, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos *de a pie*, que los acompañaban» (I, XIII). La verdad es que estos ejemplos, como otros que podría aducir, no dan norma concluyente; bien se prestan para dejar a cada cual en libertad de poner o quitar *de*, según mejor le acomode. Lo que no puede tolerar el buen decir es que haya quien se permita «*cruzar A MULA la cordillera*»; a quien tal hace y así dice, tengo que aconsejarle que se sirva *viajar en mula*, como se *viaja en coche, en tren, en camello*, etc.

271. Si se tomara nota de los autores que han escrito los modos adv. *de por fuerza* y *de por junto*, y de aquellos que han dado en suprimir la inútil *de*, por ahí se andaría el número de unos y otros; pero como con el ahorro de palabras superfluas mejora el habla, preferible será decir *por fuerza* y *por junto*. Cuervo y Rivodó optan resueltamente porque se compre o se venda *por junto*, sin dar intervención a la prep. *de*.

272. Puede suprimirse sin inconveniente alguno la prep. que figura en *hacerse de rogar*, aunque buenos escritores la autorizan. Los que dicen *hacerse DEL rogar* revelan mucha ignorancia.

273. Al decir *las más noches, las más veces*, bien determinadas quedan *las noches y las veces*; así lo habrán entendido nuestros mejores hablistas desde que no han echado menos la prep. y el art. que intercalamos al decir *las más de las noches, las más de las veces*; póngase atención en la elegante sintaxis de estos ejemplos: «Salpicón *las más noches*» (*Quijote*, I, I); «Y de aquí ordinariamente, salen las chismeras y los testimonios falsos, y *las más veces* los verdaderos» (Fr. L. de León. *La perfecta casada*, cap. XI);

«*Las más veces* se confunden
Dentro del pecho afligido.»

(A. de Solís. *El amor al uso*);

«Aunque el *la* y nuestra conjunción simple suelen *las más veces* ceder su lugar a la *a*» (Garcés. *Fundamento de la eleg.*, etcétera, tomo I, cap. LIX); «una socavación subterránea, *las más veces* sin luz ni pavimento» (Larra. *El zapatero de viejo*); «*Las más veces* rehusaban las pescantinas la cosecha de Cipriana» (E. Pardo Bazán. *Lec. de Lit.*, *El pañuelo*).

274. Y como estoy discurriendo sobre las palabras que conviene poner o quitar, haré presente, ahora que se habla de *veces*, que tanto dice, a mi ver, *a veces*, como *a las veces*, aunque el *Léx.* pretenda descubrir alguna diversidad en la significación de estos modos adverbiales; *a las veces* se mantiene hoy en uso, donosamente, por obra y gracia de los hablistas y escritores que más familiarizados están con las producciones de los clásicos españoles, producciones en que predomina este modo adverbial.

**
* *

275. «Pues lléguese a mí, respondió el del Bosque, y *hará*

cuenta que se llega a la misma tristeza.» (*Quijote*, II, XII);
«pero *haced cuenta* que yo soy el aire» (*Id.*, II, XLIV);

«Fuerza que no se socorre,
Haz cuenta que está rendida.»

(Cervantes. *El gallardo español*, jorn. 3.^a);

«Vaya usted con Dios, y *haga usted cuenta* que no nos ha conocido.» V. de la Vega. *La comedia nueva*, ac. II, esc. VII.) Bastarán estos ejemplos para indicar que está demás ese *de* que muchos colocan entre las locuciones que dejo subrayadas. Para de la Peña, «*hacer DE cuenta*» es loc. adv. viciosa; sólo permite este ilustrado gramático que se *haga cuenta*. No quiero ser tan rigorista; pero dejaré sentado que gana el buen decir cuando se omite la prep. *de*.

276. Ya que de *contar* se trata, recordaré aquí que Cuervo y otros autores distinguidos reclaman decididamente el artículo *la* que olvidan los que dicen DAR O CAER EN CUENTA; los buenos escritores siempre lo tuvieron presente: «*dió en la cuenta* de sus tratos» (*Quijote*, II, VII); «ahora *he caído en la cuenta* de lo que he preguntado» (*Id.*, II, XXII); «*cayó en la cuenta* de que aquel debía ser Don Quijote de la Mancha». (*Id.*, II, XXXI); «*hemos caído en la cuenta* de que Calderón era un gran poeta, cuando ya toda Europa le tenía por tal.» (M. M. Pelayo. *Estudio crítico de C. de la Barca*, tomo I, pág. XVIII, del *Teatro selecto*, de C. de la B.). Ahora bien; el tener que *caer* o *dar en la cuenta* no autoriza para que se pretenda encajar el mismo art. cuando rige otro verbo; se dirá, por ejemplo, *tener en cuenta*, y estará bien dicho.

277. Los filólogos del habla, de acuerdo con el más clásico decir, quieren que los verbos *entrar*, *entrarse* o *meterse*, rijan sin la prep. *de* a los nombres *fraile* y *monja*. Se dirá *entrarse monja*, *meterse fraile*; no obstante, se ha escrito, y sigue diciéndose muy correctamente, *entró* o *se metió de hermana de la Caridad*, *de ayudante*, *de ordenanza*... y hasta *de tonto* puede uno *entrar* o *meterse*, sin obligación de largar el *de*.

278. «Guárdala, amigo, que por ahora no la *he menester*»
(*Quijote*, I, XXV).

«Pues sois los enamorados
Tales, que *habéis menester*
Reñir para confesaros»

(A. de Solís. *El amor al uso*);

«Porque cuando a limpia huele,
No *ha menester* el abril»

(Francisco de Rojas. *García del Castañar*);

«¿Cuánto más le *habrá menester?*» (Jovellanos. *Obras*, I, 498). Hoy se tiene la mala costumbre de interponer un ocioso *de* en la frase subrayada que, conforme lo reconocen Cuervo y otros hablistas, no condice con el mejor decir. Apuntar debo, sin embargo, que no ha de ser novedosa tal construcción, pues leo en el mismo *Quijote* (II, IV) el siguiente pasaje: «La vida no era suya, sino de todos aquellos que le *habían de menester* para que los amparase y socorriese en sus desventuras.»

279. Como bien lo anota Cuervo (*Apunt.*) y lo repite Gagini (*Dic. de Prov.*), con nuevo acopio de citas, los adv. *antes* y *después*, que se construyen con la prep. *de* cuando preceden a nombres o infinitivos (*antes de la puerta*, *después de llegar*, etcétera), no necesitan tal partícula cuando han de preceder a la conj. *que*. Rara vez, muy rara vez se encontrarán en buenos escritores ejemplos como éstos: *antes DE que vayas*, *antes DE que llueva*, *después DE que llegues*, etc.

280. Como estoy pasando en ligera revista las prep. que sobran, no dejaré de recomendar que se tenga buen cuidado de suprimir las que figuran en «*DE exprofeso*», «*DESDE ab eterno*», «*DESDE ab initio*», redundantes y de todo punto innecesarias, pues están expresadas en la locución latina.

281. Cuando el complemento directo o acusativo es un nombre propio, el verbo ha de regirlo generalmente con la prep. *a*; caen en imperdonable galicismo los que omiten esta

partícula al decir: ADMIRÉ BUENOS AIRES, DEJARÉ MADRID, PIENSO VISITAR PARÍS, LLAMARÉ PEDRO, etc.; ha de ponerse la prep. si se pretende hablar en correcto castellano. Cuando el nombre propio va precedido de artículo no se requiere la *a*: *recorrí la Palestina, surqué el Plata, exploró el Pilcomayo, vió las Pirámides de Egipto.*

Y cuéntese que esta *a* es la única prep. que conviene en nuestra lengua al compl. directo; el idioma francés es, en este punto, más radical, pues no necesita prep. alguna para expresar el objeto recipiente de la acción de sus verbos transitivos.

En la *Gram.* de la Acad. (pág. 251), dice: «*Por y de* señalan también complementos directos cuando preceden al de una oración pasiva, como, por ejemplo: *José fue acusado por o de sus hermanos.*» Tócame manifestar a los señores académicos que no veo tales complementos directos (y también diré que me suena mal eso de que *José* pueda ser *acusado* DE *sus hermanos*); para mí son circunstanciales. Con mucho acierto llama Benot a este caso *ablativo-agente* (véase la *Arquitectura de las Lenguas*, pág. 121); y difícil será hallar gramático que vea en tal caso un acusativo, salvo que se recurra a los que copian servilmente a la Acad. con todos sus dislates.

No faltan, en buenos autores, construcciones anómalas en que figuran la prep. *de* y aun otras no menos impropias; se trata de abuso o descuido que no deber ser imitado. Así, en el *Quijote* (I, VIII) se lee este ejemplo: «El segundo religioso que *vió* DEL *modo* que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula y comenzó a correr por aquella campaña»; claro se ve que *modo*, compl. directo del verbo *ver* puede construirse perfectamente sin tal prep., diciéndose: *vió el modo como trataban....*

En el Prólogo del mismo *Quijote* está escrito: «mi amigo, dándose una palmada en la frente y *disparando* EN *una carga de risa*. *Disparar*, en este caso, es transitivo y huelga la prep. *en*, que seguramente es obra de los cajistas. Raro es que algún editor caritativo no haya dado en salvar el solecismo, pues

subsiste tan inútil partícula en todas las ediciones que he tenido a la vista.

En todas partes se cuecen habas... y no es, por tanto, de extrañar, que la modesta obra de un compatriota mío me ofrezca ocasión para el siguiente expurgo. En ella se dice: «*Sin ver que azotaba EN carnes dolientes*. Este *azotar* es verbo transitivo y *carnes dolientes*, su régimen acusativo; sáquese en buena hora la prep. *en*, que está demás, y quedará la construcción según manda el bien decir.

*
* *

282. He venido mostrando en estos últimos párrafos, casos y ejemplos en que indebidamente se interponen preposiciones, y hay que convenir en que la índole sintáctica del idioma, más tiende a suprimir que a sumar innecesarias partículas. En *hojalata, madreperla, verde-nilo, verde-esmeralda, verdemar, verdemontaña* y muchos otros compuestos, bien se deja ver que se ahorra la prep. *de*; y otro tanto ocurre en *Plaza Lavalle, Teatro San Martín, Banco Londres y Río de la Plata*, y en tantas otras denominaciones. Abreviar, suprimir palabras inútiles, será siempre una excelencia del habla.

283. Y esta misma tendencia ha de ser la que nos dicta a las veces construcciones que resultan defectuosas por el mero afán de omitir algunos términos.

«*ENTRARON Y SALIERON de la escuela*», leo por ahí, y hemos de convenir en que eso de *ENTRAR DE la escuela*, es algo raro. Mal pegado queda el complemento cuando va regido, como en este ejemplo, por verbos que piden distinta preposición. Lo correcto será decir: *Entraron a la escuela y salieron de ella*.

284. La *Gram.* de la Acad. (pág. 284) pone en la cuenta de sus solecismos «la reunión de dos partículas incongruentes o mal colocadas, en una misma y sola oración»; v. gr.: *se vende un reloj CON o SIN cadena*»; dígase *un reloj con cadena o sin ella*, y se habrá hablado con toda corrección.

285. Para muchos, tanto vale una construcción como otra; palabra más, palabra menos, lo mismo ha de importarles con tal de darse a entender y verán minucias sin valor alguno en las cuestiones que he venido tratando; y de esta pasta serán los que redactaron estos avisos, que estampados he visto con letra de molde: «*Se alquila una pieza para hombre solo* DE TRES POR CUATRO», «*Se alquila una salita para hombre solo* CON BALCÓN Á LA CALLE». *Se alquila un departamento para matrimonio* RECIÉN BLANQUEADO.» Con poco que hubieran recapitado quienes redactaron estos anuncios, hubiesen advertido la ubicación que correspondía a las palabras y se habrían evitado el dislate; pero muy satisfechos de su obra habrán quedado si la pieza, o la sala, o el departamento obtuvo inquilino. Así se cotizan, con tan escaso miramiento, los tesoros de nuestra incomparable habla; y mal podemos sorprendernos si la sintaxis y la gramática toda andan entre tanta pobreza.

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

EL DISCÍPULO TRAIADOR

(CONCLUSIÓN)

XIII

Levantábase ya la luna cuando Jesús se dispuso a ir al huerto de los Olivos, en donde pasó sus últimas noches. Como se retrasara sin que se supiese por qué, sus discípulos, que estaban ya preparados, le dieron prisa, y entonces les dijo de pronto:

—Quien tenga una bolsa que la tome, quien tenga un saco que lo tome también, que el que no tenga espada venda su hábito y la compre. Porque os digo que tienen que cumplirse conmigo aquellas palabras: «Fue puesto en el número de los malhechores.»

Los apóstoles, asustados y turbados se miraron. Y Pedro contestó:

—Maestro, he aquí dos espadas.

Cristo las examinó, bajó la cabeza y murmuró:

—Bastan.

En las estrechas callejuelas, el menor movimiento despertaba un eco sonoro, y los discípulos tenían miedo de sus propios pasos; sus sombras negras se dibujaban en las blancas paredes, iluminadas por la luna, y también tenían miedo de sus

sombras. Así cruzaron silenciosos la dormida Jerusalén; habían ya franqueado las puertas de la ciudad, y, en un desfiladero estrecho, lleno de tinieblas enigmáticas e inmóviles, percibieron el torrente del Cedrón. Ahora, todo les asustaba. El suave chapoteo del agua, que se deslizaba por las piedras, les parecía ser la voz de gentes que se hubieran acercado furtivamente; las sombras fantásticas de las rocas y de los árboles que cerraban el camino los aterraban, y la inmovilidad nocturna en que todas las cosas se habían sumido era para ellos como movimiento. Pero a medida que subían y se acercaban al huerto de Gethsemaní, en donde habían pasado tantas noches quietas y silenciosas, recobraban algún ánimo. Echando de vez en cuando una mirada a Jerusalén, toda blanca en la claridad lunar, hablaban entre sí del miedo que acababan de experimentar; y los que iban a retaguardia oían a veces unas palabras que se destacaban claras: era Jesús prediciendo que todos le abandonarían.

Los apóstoles se detuvieron al llegar al huerto. Los más se dispusieron a dormir allí; mientras que hablaban a media voz, extendieron en el suelo sus capas, que los juegos de los rayos lunares ornaban de transparente encaje. Jesús, a quien la inquietud atormentaba, acompañado de los cuatro discípulos preferidos se adelantó al fondo del huerto. Allí hicieron alto, y se sentaron en el suelo, todavía tibio del ardor del sol. Mientras que el Maestro callaba, Pedro y Juan cambiaban con indolencia vagas palabras, casi sin sentido y desprovistas de interés. Bostezando de cansancio, discutían sobre la frialdad de la noche, la carestía de la carne en Jerusalén o la falta de pescados. Trataron de calcular exactamente el número de los peregrinos congregados en la ciudad para las fiestas; Pedro, arrastrando las palabras, porque bostezaba con ruido, afirmaba que había veinte mil, y Juan, como su hermano Santiago, sostenían, perezosamente también, que la cifra de los piadosos visitantes no excedería de diez mil. De pronto, Jesús se levantó.

—Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad—recomendó; y, con rápidos pasos, se alejó bajo el follaje y no tardó en desaparecer bajo la penumbra.

—¿Adónde va?—preguntó Juan incorporándose.

Pedro volvió la cabeza hacia el que se iba, y contestó con cansancio:

—No sé.

Volvió a bostezar, se tumbó en el suelo y se calló. Los otros le imitaron, y el sueño profundo que engendra la sana fatiga invadió sus cuerpos. A través de un sueño penoso, Pedro entrevió vagamente algo blanco que se inclinaba sobre él; se alzó una voz, y murió sin dejar huellas en su conciencia oscurecida:

—¿Duermes, Simón?

Se durmió de nuevo, y una voz dulce rozó su oído, y se apagó sin dejar eco:

—¿No has podido velar una hora conmigo?

«¡Ah! Señor, si supieses el sueño que tengo»—pensó, despertándose a medias, y creyó haber pronunciado estas palabras en alta voz. Volvió a dormirse; le pareció que habían transcurrido horas, cuando de repente la figura de Jesús se perfiló a su lado, y una voz sonora y penetrante le hizo inmediatamente salir de su sueño, así como a los otros discípulos:

—¿Dormís todavía y reposáis? Todo ha concluído; ha llegado la hora; el Hijo del Hombre va a ser entregado a manos de los pecadores.

Los apóstoles pusiéronse vivamente en pie y recogieron sus capas con gestos torpes; el sobresaltado despertar les hacía temblar de frío. Al otro lado del bosque, iluminado por la claridad fugitiva de las antorchas, distinguíase un grupo de soldados y servidores del templo. Precedíales rumor de pisadas, choques de armas y ramas desgajadas. Del otro lado, acudieron los discípulos temblorosos; estaban medio dormidos y asustados y, sin comprender aún de qué se trataba, preguntaban:

—¿Qué hay? ¿Qué quieren esas gentes?

Tomás estaba pálido como un cadáver; su bigote enhiesto colgaba a un lado; sus dientes castañeteaban furiosamente, y dijo a Pedro:

—¿Vienen a buscarnos a nosotros?

La tropa de los soldados les rodeó, y la luz humeante y agitada de las antorchas parecía rechazar no se sabe adónde, fuera del huerto, a la apacible irradiación de la luna. Judas de Kerioth, a la cabeza de los guerreros, iba muy de prisa y buscaba a Jesús con su mirada brillante y aguda. Le descubrió y, después de contemplar unos segundos la figura fina y esbelta del Maestro, cuchicheó a los servidores:

—Aquel a quien bese, Él es. Apoderaos de su persona y llevadle, pero con precaución; con precaución, ¿me entendéis?

Entonces se adelantó rápidamente a Jesús, que le esperaba en silencio, y sumió su mirada aguda y fría como un puñal en los ojos tranquilos y ensombrecidos del Nazareno.

—¡Salud, Rabbí!—dijo muy alto, y daba un sentido extraño y amenazador a aquellas palabras habituales de bienvenida.

Pero Jesús guardó silencio; los discípulos miraban horrorizados al traidor; no llegaban a comprender que pudiese haber tanta maldad en un alma humana. El Iscariote lanzó una rápida ojeada al desordenado grupo de aquéllos; vió su turbación que iba a trocarse en miedo; observó la palidez de las caras, las sonrisas estúpidas, los movimientos flojos de los brazos; observó todo esto, y una angustia mortal, idéntica a la que Jesús acababa de experimentar, heló de repente el corazón de Judas. Alargándose como un haz de cuerdas vibrantes y sollozantes, se precipitó a Jesús y besó tiernamente su mejilla fría. Y aquel beso fue tan tierno, tan suave, tan lleno de angustia y de amor doloroso, que si el Maestro hubiera sido una grácil florecilla en equilibrio sobre su frágil tallo, el contacto aquél no hubiera quebrantado el conjunto débil, y las perlas del rocío hubiesen permanecido en la urna de gasa de los pétalos.

—¡Judas!—exclamó el Maestro, y al claror de su mirada iluminó el monstruoso amontonamiento de sombras expirantes que constituía el alma del Iscariote, pero no sondó el fondo.—
¡Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Y vió que el monstruoso caos oscilaba y se movía. Judas de Kerioth permaneció silencioso y austero como la muerte en su altiva y fría majestad, mientras que en su sér interno y profundo todo gemía, tronaba, rugía, estallaba en millares de voces impetuosas e inflamadas:

—¡Sí! ¡Con un beso de amor te entregamos! Con un beso de amor te entregamos al oprobio, al tormento, a la muerte. Con la voz del amor llamamos a los verdugos ocultos en sus sombrías guaridas y levantamos la cruz; y muy en alto sobre las tinieblas terrestres, alzamos en la cruz de amor el amor crucificado.

Así Judas parecía frío y silencioso como la muerte, mientras que al grito de su alma respondían los gritos y el tumulto que se elevaban en torno de Jesús. Con la irresolución brutal de la fuerza armada, con la torpeza de los que ejecutan una consigna sin conocer el fin preciso de su acción, los soldados se apoderaban del Nazareno, lo arrastraban con ellos, tomando por resistencia su propia indecisión, y su propio miedo por burlas y chacotas. Semejantes a corderos asustados, los discípulos se habían reunido en rebaño inerte; sin oponerse con la violencia a aquel golpe de fuerza, entorpecían a todo el mundo y se entorpecían a sí mismos; muy pocos se atrevieron a marchar y obrar por sí, sin aconsejarse de los otros. Entre los apretones, a Pedro le costó trabajo sacar la espada de la vaina; hubiérase dicho que había perdido todas sus fuerzas; con golpe torpe y mal asestado, dejó caer la espada sobre la cabeza de uno de los servidores del templo. Pero no le hizo ningún daño. Jesús, que vió la escena, ordenó a Simón que tirase la espada inútil; cayó al suelo, y se comprendía que había perdido tan por completo todo poder de herir o de matar, que a nadie se le ocurrió recogerla. La olvidaron y la pisaron; pa-

sado mucho tiempo, la encontraron unos niños en el mismo sitio y la cogieron para jugar.

La cohorte dispersó a los discípulos; pero éstos, sin ver ni oír nada, se reunieron de nuevo alrededor del grupo, cuyo centro era Jesús. Persistieron en esta actitud equívoca hasta que se apoderó de los soldados una ira despreciadora. Uno de ellos se dirigió frunciendo el ceño a Juan, que protestaba; otro, sacudiendo bruscamente el hombro, sobre el que se había posado la mano de Tomás, blandió un enorme puño bajo los ojos francos y transparentes del Apóstol, que trataba de persuadirle no se sabe de qué. Y Juan huyó, y Tomás y Santiago huyeron, y todos los discípulos huyeron igualmente, abandonando a Jesús. Perdiendo sus capas, tropezando en las piedras, cayendo, levantándose, corrieron a la montaña, acosados por el miedo; y en el silencio de la noche de luna, la tierra temblaba bajo las pisadas. Un desconocido, que acababa sin duda de tirarse de la cama, porque no le cubría más que una manta, se mezclaba con curiosidad entre la turba de soldados y servidores. Pero cuando quisieron detenerle y le echaron mano, dió un grito de espanto y huyó como los otros, dejando la manta en manos de los guerreros. Corrió así, completamente desnudo, dando saltos, y su cuerpo blanco tomaba bajo la claridad lunar actitudes estrambóticas.

XIV

Cuando se hubieron llevado a Jesús, Pedro, que se había ocultado detrás de los árboles, salió de su escondite y siguió a su Maestro de lejos. Al ver delante de él a otro hombre que iba silencioso, creyó que era Juan y le llamó.

—¿Eres tú, Juan?

—¡Eres tú, Pedro!—contestó el interpelado, y Simón reconoció la voz del traidor.—¿Por qué no has huído con los otros?

El Apóstol se paró, y exclamó con asco:

—¡Aléjate de mí, Satanás!

Judas se echó a reír y, sin hacer caso del discípulo, se fué hacia donde lucían las antorchas humeantes, y en donde el ruido de las armas se mezclaba con el rumor rítmico de los pasos. Pedro le siguió con precaución; los dos hombres entraron casi a un tiempo en el patio del Pontífice y se mezclaron con los criados que se calentaban alrededor de los braseros. Judas extendió hacia el fuego sus manos huesudas, y oyó detrás de él a Pedro, que decía en voz alta:

—No, no le conozco.

Pero insistieron sin duda, afirmaron que era de los discípulos de Jesús, porque Pedro repitió en tono más elevado:

—No sé lo que decís.

Sin volverse, Judas sonrió y, moviendo la cabeza, murmuró irónico:

—Bien, bien, Pedro. No cedas a nadie tu puesto al lado de Jesús.

Y no vió al Apóstol, que salía espantado del patio para no volver. Y desde aquella noche hasta los momentos mismos de la muerte de Jesús, observó Judas que ninguno de los Apóstoles volvió al lado del Maestro. Y en medio de toda la multitud, estaban solos los dos, inseparables hasta la muerte, unidos por el mismo sufrimiento. El que había sido entregado al oprobio y al tormento y el que le había entregado. Como dos hermanos, el traicionado y el traidor bebían en la misma copa de dolores, y el líquido de fuego quemaba igualmente los labios puros y los labios impuros.

Los ojos del Iscariote se fijaban en la llama del brasero; una sensación de calor le llegaba de sus pupilas; tendía hacia el fuego sus largas manos inquietas; disforme en la confusión de brazos y de piernas, producida por el fuego tembloroso de las sombras y la luz, Judas, con voz ronca, se quejaba:

—¡Qué frío hace, Dios mío, qué frío!

Así, sin duda, cuando los pescadores se embarcan, dejando en la orilla una hoguera que se apaga, emerge alguna forma de la sombría profundidad del mar, se arrastra hacia la

llama, la contempla fijamente y extiende hacia ella sus miembros, quejándose con voz ronca.

—¡Qué frío hace, Dios mío, que frío!

De repente, Judas oyó a su espalda una explosión de gritos, de risas y de voces sonoras en que se percibía el eco de una malignidad soñolienta, brutal y rutinaria; azotaba a un cuerpo despojado de vestiduras. Volvióse, y sus huesos y todo su cuerpo sintieron también un dolor agudo; ¡estaban pegando a Jesús!

¡Ah!

Vió a los soldados llevarse al Maestro al cuerpo de guardia. La noche pasaba; los fuegos se apagaban y se cubrían de cenizas, y los gritos sordos, las injurias y las risas continuaban saliendo del cuarto adonde habían conducido al Nazareno. Seguíanle pegando. Enloquecido, el Iscariote corría con agilidad alrededor del patio desierto; de pronto, interrumpió su carrera, alzó la cabeza, volvió a correr, tropezando con los braseros y las paredes con aire de asombro. Luego se pegó a la pared del cuerpo de guardia, se estiró, aplicó su ojo a la ventana, a las rendijas de la puerta, y trató de ver lo que pasaba en el interior. Entrevió una habitación estrecha y ahumada, sucia como todos los cuerpos de guardia del mundo, con el piso lleno de salivazos, las paredes manchadas. Judas vió al que pegaban. Pegábanle en el rostro, en la cabeza; lanzábanle de un extremo a otro de la estancia, como un fardo sin consistencia; y como Jesús no gritaba ni se resentía, parecía, en efecto, cuando se le había observado con atención unos minutos, que no era un sér viviente, sino un muñeco sin huesos ni sangre. A veces, el muñeco se doblaba, y cuando caía de cabeza en las losas, no se tenía la impresión del choque de un cuerpo duro, sino la de un contacto blando e inofensivo. Y cuando se miraba largo rato, parecía, a la verdad, que no se trataba más que de un juego raro y prolongado; a veces, la ilusión era casi completa. Tras un golpe violento, el hombre o el muñeco caía, describiendo una curva regular, en las rodillas de un sol-

dato sentado; éste a su vez lanzaba el juguete que giraba y caía sobre otro soldado, y así sucesivamente. Los hombres se reían ruidosamente, y Judas gesticulaba como si una poderosa mano de hierro le hubiese abierto a la fuerza la boca.

La noche se deslizaba, y las hogueras se consumían en la ceniza. El Iscariote se separó de la pared y fué lentamente hacia una de aquéllas; vió algunos carbones ardiendo, los amontonó y, aunque ya no sintiese frío, tendió hacia el calor sus manos un poco temblorosas. Y murmuró con desesperación:

—¡Ah! Esto hace daño, mucho daño, hijo mío, mi querido hijo. Hace daño, mucho daño.

Se volvió casi en seguida hacia la ventana, que brillaba como una mancha amarillenta bajo su espeso enrejado, y de nuevo se puso a observar cómo pegaban a Jesús. Al azar de una caída, las alteradas facciones, ya completamente desfiguradas, del Maestro, y su pelo enmarañado, pasaron ante los ojos de Judas. Una mano cogió aquel pelo, hizo vacilar al Hombre y, moviéndole la cabeza a uno y otro lado, le frotó el rostro en el piso lleno de salivazos.

Frente a la ventana dormía un soldado, y su boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos y brillantes; una espalda ancha, rematada por un cuello desnudo, se puso ante la reja, y Judas ya no vió nada. De pronto, se hizo el silencio.

—¿Qué hay? ¿Por qué se callan? ¿Habrían tal vez adivinado?

En un segundo, la cabeza de Judas se llenó de clamores, de rugidos, de mil pensamientos furiosos. ¿Habían adivinado? ¿Habían comprendido que tenían ante ellos el hombre mejor de la tierra? ¡Era esto tan sencillo, tan evidente! ¿Qué pasaba ahora en el cuerpo de guardia? Los soldados se habían arrodillado y lloraban dulcemente, besándole los pies. Jesús iba a salir, y sus perseguidores irían tras Él sumisos; iba a venir hacia Judas. Saldría vencedor, héroe, dueño de la verdad, Dios...

—¿Quién engaña a Judas? ¿Quién tiene razón?

Pero no. Los gritos y el tumulto volvían. Pegaban de nuevo a Jesús. No habían comprendido, no habían adivinado; le golpeaban con más fuerza, con mayor encarnizamiento. Los braseros acababan de consumirse, cubriéndose de cenizas; y el humo que despedían era tan transparente y tan azul como el aire, y el cielo era diáfano como la bruma. Amanecía.

—¿Qué es el día?—se preguntó Judas.

Todo se inflamó, todo brilló, como rejuvenecido, y el humo ya no era azul, sino que subía rosado. El sol aparecía.

—¿Qué es el sol?—se preguntó Judas.

XV

Señalábase al judío con el dedo, y las gentes decían, unas con odio, otras con horror:

—Mirad: he ahí Judas el traidor.

Era el principio del infamante renombre que para siempre le había de quedar. Pasarían miles de años, los pueblos reemplazarían a los pueblos, pero las palabras pronunciadas con espanto y reprobación por los buenos y los malos continuarían resonando bajo el cielo:

—Judas el traidor... Judas el traidor.

Él oía con indiferencia todo lo que se decía de él; absorbíale una curiosidad ardiente y dominante. Por la mañana, cuando sacaron del cuerpo de guardia al Nazareno maltratado, el Iscariote le siguió y, cosa rara, no experimentaba ni ansiedad, ni dolor, ni alegría, sino solamente el invencible deseo de verlo y oírlo todo. No había dormido en toda la noche, y, sin embargo, se sentía los miembros ligeros. Cuando le entorpecían el paso, cuando la multitud le zarandeaba, abríase camino a codazos, y avanzaba a primera fila; su mirada no estaba quieta un minuto. A fin de no perder una sola palabra del interrogatorio de Jesús por Caifás, se puso una mano detrás de la oreja, y de vez en cuando meneaba la cabeza con signos de aprobación, y decía:

—Muy bien, muy bien. ¿Oyes, Jesús?

Pero no era libre; era una mosca atada a un hilo, que zumbaba y revuela aquí y allá, pero a la que no deja un segundo el hijo, dócil y obstinado. Pensamientos abrumadores como piedras aplastaban la nuca de Judas y no le dejaban. Parecía no saber lo que eran aquellos pensamientos; no quería atenderlos, pero los sentía sin descanso. Y a veces se ponían a triturarle con todo su incomprensible peso. Y era como si la bóveda de una caverna rocosa hubiera lentamente descendido sobre la cabeza del Iscariote. Entonces se llevaba la mano al corazón, se esforzaba en moverse, como si estuviera transido de frío, y se apresuraba a mirar a otro lado, sin poder fijar los ojos en ninguna parte. Cuando Jesús salió de casa de Caifás, el Iscariote, muy próximo a él, se encontró con su mirada cansada, y, sin darse cuenta de ello, movió amistosamente la cabeza varias veces:

—Aquí estoy, hijo mío, aquí estoy—murmuró precipitadamente, y empujó con cólera a un hombre que le cortaba el paso. Ahora, la muchedumbre alborotada se dirigía a casa de Pilatos, donde se celebraba el último interrogatorio y el juicio. Judas examinaba con insoportable curiosidad la cara de los curiosos que acudían de todas partes. Muchos eran completamente desconocidos por el Iscariote; no los había visto nunca; pero vió otros de los que habían gritado «Hosanna», al paso de Jesús; y el número de ellos crecía a cada paso.

«Así es, así es», pensó muy de prisa Judas, y tuvo un mareo como si hubiese bebido vino. «Todo ha concluído. Esos van a empezar a gritar: «Jesús es nuestro, ¿qué hacéis?...» «Todo el mundo comprenderá y...»

Pero los creyentes marchaban indiferentes, al parecer. Unos fingían sonreír, como si el acontecimiento no les concerniese; otros murmuraban, en tono tímido y contenido, no se sabe qué; sus débiles voces se ahogaban entre el rumor de los movimientos, entre las exclamaciones furiosas de los enemigos de Jesús. Y Judas se sintió de nuevo ligero. Pero, de pronto,

vió, no lejos de allí, a Tomás, que se acercaba con precaución; tras unos instantes de reflexión, dió un paso hacia él. Tomás, a la vista del traidor, tuvo miedo y quiso esconderse; pero Judas le alcanzó en el fondo de una calleja estrecha y sucia.

—Tomás, espérame.

El Apóstol se paró, y, avanzando sus dos manos, pronunció con tono solemne:

—¡Vete de mí, Satanás!

El Iscariote hizo un gesto de impaciencia.

—¡Qué tonto eres, Tomás! Te creía más inteligente que los otros. Satanás, Satanás... Habría que empezar por probarlo.

Tomás dejó caer los brazos, y preguntó con asombro:

—¿No eres tú el que ha entregado al Maestro? Yo mismo te he visto traer la cohorte y señalar a Jesús. Si eso no es traición, ¿qué es lo que tendría este nombre?

—Otra cosa, otra cosa—contestó con viveza Judas.—Oye, sois numerosos aquí; es preciso que os reunáis todos y gritéis en alta voz: «¡Devolvednos a Jesús! ¡Es nuestro!» No se atreverán a negároslo. Comprenderán tal vez que...

—¿Qué estás diciendo?—interrumpió Tomás, gesticulando.—¿Ignoras la cantidad de soldados armados y de servidores del templo reunidos aquí? Y, además, todavía no se ha celebrado el juicio, y no debemos entorpecer el curso de la justicia. ¿Cómo no han de comprender que Jesús es inocente? Sin duda, van a ponerle inmediatamente en libertad.

—¿Te parece así?—dijo Judas con aire pensativo.—¿Y si fuera verdad, Tomás? ¿Qué sucedería entonces? ¿Quién engañaría a Judas?

—Hemos discutido toda la noche y hemos llegado a la certidumbre de que el tribunal no puede condenar a un inocente. Y si le condena...

—¿Qué?—insistió Judas.

—... No sería un tribunal. Y los jueces serán severamente castigados el día que tengan que dar cuenta de sus actos ante el Juez supremo...

—¡Ante el Juez supremo! ¡Otro Juez supremo!—dijo irónico el Iscariote.

—Y nosotros te hemos maldecido todos; pero, puesto que pretendes que no eres el traidor, opino que sería preciso juzgarte...

Sin escuchar el fin, Judas dió bruscamente media vuelta y echó a correr a toda velocidad por la calleja, en pos de la muchedumbre que se alejaba. Pero pronto acortó el paso, pensando que las gentes que marchan en rebaño apretado no van de prisa; un hombre solo como él debía de alcanzarlas fácilmente.

XVI

Cuando Pilatos hizo salir á Jesús de su palacio y le puso ante el pueblo, Judas estaba pegado a una columna; parecía mirar la espalda maciza de los soldados; alargaba el cuello con cólera y trataba de ver lo que pasaba, entre dos cascos brillantes. Sintió de pronto, muy claramente, que todo había concluído. Bajo el sol, mucho más alto que las cabezas de la multitud, vió a Jesús, pálido y ensangrentado, en la cabeza una corona de espinas, cuyas puntas le penetraban en la frente. Estaba de pie, al borde de una eminencia pequeña; se le distinguía por completo, desde la cabeza serena hasta los pies pequeños y atezados. Esperaba con tal calma, estaba tan luminoso en su pureza y su inocencia, que sólo un ciego incapaz de adivinar el sol no lo viera; sólo un loco no lo hubiese comprendido. Y la multitud se callaba; el silencio era tal, que Judas oía respirar al soldado que tenía delante; sus aspiraciones hacían rechinar la correa que llevaba al cuerpo.

—¡Así es! Todo ha concluído. Van a comprender—pensaba Judas; y de pronto, algo raro, algo que se parecía a la sensación fulminante que se experimentaba al caer de una montaña infinitamente elevada, en un abismo abierto y azul, paralizó los latidos del corazón del Iscariote.

Los labios de Pilatos, con una mueca desdeñosa, dirigieron a la multitud palabras breves y secas, como se tira un hueso a un perro hambriento a fin de engañar su sed de sangre fresca, su hambre de carne viva y palpitante.

—Me habéis traído a este hombre diciendo que excitaba al pueblo a la rebelión; y he aquí que le he interrogado delante de vosotros y no le he hallado culpable de nada de lo que le acusáis.

Judas cerró los ojos. Esperó.

Y toda la muchedumbre se puso a clamar, a rugir; resonaron miles de voces bestiales:

—¡Que muera! ¡Crucifícale, crucifícale!

Y como si se escarneciera a sí misma, como si quisiera hastiarse de una vez de la infinita vergüenza de su caída y su demencia, la multitud continuaba vociferando con sus miles de brutales voces:

—¡Danos a Barrabás! ¡Crucifica al Nazareno!... ¡Crucifícale!

Pero el romano no había pronunciado aún la palabra decisiva; en su altanero rostro dibujábanse muecas de repugnancia y de ira. ¡Comprende! ¡Ha comprendido! Habla en voz baja a sus servidores; pero el rugido de la multitud cubre el eco de su voz. ¿Qué dice? ¿Les da orden de sacar sus espadas y atacar a aquellos insensatos?

—Traedme agua.

—¿Agua? ¿Qué agua? ¿Para qué?

Se lava las manos. ¿Por qué se lava sus manos blancas, limpias y resplandecientes de sortijas? Las levanta, y con irritación contenida grita a la multitud congregada, que se calla y se asombra:

—Soy inocente de la sangre de este justo. Allá, vosotros.

El agua gotea de sus dedos y cae al piso; de pronto, algo blando viene a ponerse a los pies de Pilatos; unos labios delgados y ardorosos le besan la mano, que procura sustraerse; los labios se pegan a los dedos como tentáculos que chuparan

la sangre, muerden casi. El gobernador, lleno de repugnancia y de espanto, mira y ve un cuerpo que se contorsiona, una cabeza desigual y dos ojos inmensos, extrañamente distintos; diríase que no es un sér que se le agarra a los pies y a las manos, sino una verdadera multitud. Pilatos oye.

—Tú eres sabio... Tú eres noble... Tú eres sabio... sabio...

Y llamea una alegría tan verdaderamente satánica en la cara del Iscariote, que el otro le rechazara con el pie con una exclamación de terror. Judas cae hacia atrás; yace en las losas como un demonio derribado; tiende todavía la mano hacia Pilatos, que se aleja, y murmura con voz de amante apasionadamente prendado:

—Tú eres sabio. Tú eres sabio. Tú eres noble.

Luego se levanta ligeramente y se va, entre las risas de los soldados. Porque no ha terminado todo aún. Cuando vean la cruz, cuando vean los clavos, comprenderán tal vez, ¿y entonces?... Judas ve pasar a Tomás, lívido y convulso; mueve la cabeza para tranquilizarle, y sigue a Jesús camino del suplicio. La marcha es penosa, los cantos ruedan bajo los pies del Iscariote, y nota de pronto que está cansado. No se preocupa más que de una cosa: de no hacerse daño; mira vagamente a uno y otro lado, entrevé a María de Magdala, que llora, y con ella otras mujeres lacrimosas; con el pelo en desorden, con los ojos encarnados, la boca entreabierta, se entregan a la infinita tristeza que la tierna alma femenina siente ante el crimen triunfante. Judas se anima de pronto, y, aprovechando un momento favorable, se acerca a Jesús:

—Estoy contigo—murmura precipitadamente.

Los soldados le apartan con un palo; se agacha para no recibirle, enseña los dientes, e inclinado hacia Cristo, añade muy de prisa:

—Voy contigo... allí. Allí, ¿comprendes?

Enjuga la sangre que corre por el rostro de Jesús, y amenaza con el puño a un soldado que se vuelve riendo para enseñárselo a los otros. Busca a Tomás, sin saber por qué; pero no

le encuentra en la comitiva, ni a él, ni a ninguno de los apóstoles. El Iscariote vuelve a sentir cansancio; anda pesadamente, y examina con atención las piedrecillas puntiagudas y blancas que ruedan bajo sus pies.

XVII

... Levantaron el martillo para clavar en la madera la mano izquierda de Jesús. Al verlo Judas, cerró los ojos y quedó sin ver, sin respirar, sin vivir; no hacía más que escuchar. Pero el hierro chirrió al chocar con el hierro; sucediéronse golpes breves y sordos; veíase cómo el clavo puntiagudo penetraba en la madera, cuyas fibras abría...

Estaba clavada una mano. No era tarde todavía.

Clavaron la otra mano. No era tarde aún.

En seguida un pie, luego el otro. ¿Había concluído todo verdaderamente? Judas abre los ojos con vacilación, ve la cruz que se alza y que se planta en un agujero. Ve contraerse dolorosamente y tenderse los brazos de Jesús; ve agrandarse sus llagas; el vientre deshinchado se sube a las costillas; los brazos se estiran y se alargan; se ponen delgados y blancos; se desarticulan por los hombros; bajo los clavos, las heridas enrojecen, se abren, van a desprenderse... No, se detienen. Todo se pára. Sólo los flancos se mueven, agitados por una respiración corta y profunda.

La cruz surge de la oscuridad misma de la tierra, y en ella Jesús está crucificado. El espanto y los sueños de Judas se han realizado. Se yergue, se había arrodillado inconscientemente, y mira con frialdad alrededor. Así mira un vencedor bárbaro que ha decidido en su corazón entregar todo a la destrucción y a la muerte, y que abarca en una suprema ojeada la ciudad extranjera y rica todavía viva, todavía rumorosa, pero sobre la que la mano helada de la muerte extiende ya su pujanza. Y este triunfo vacila espantosamente.

¿Y si fueran a comprender? Todavía era tiempo, Jesús vivía aún. Sus ojos tenían una mirada tan implorante, tan dolorosa...

Aquella sutil catarata que empañaba los ojos de los presentes, tan fina, que parecía no existir, ¿quién podría impedir que se desprendiese? ¿Si el pueblo comprendiera de repente? ¿Si de repente, en una masa imponente de mujeres, de hombres y de niños, fueran a avanzar a barrer los soldados, a ahogarles en sangre hasta las orejas; si fueran a arrancar la cruz maldita; si las manos de los que allí estaban fuesen a alzar muy alto, por encima de las tinieblas de la tierra, a Jesús libertado? ¡Hosanna! ¡Hosanna!

¿Hosanna? No; Judas hará mejor en tumbarse en el suelo. No; más valdrá que se pegue a la tierra y, castañeteando los dientes como un perro, observará y esperará que los otros se levanten. Pero, ¿qué perturbación se produce en el tiempo? Unas veces, se detiene casi por completo, y se sienten deseos de empujarle con la mano, de darle puntapiés o latigazos, como a un asno perezoso; otras veces, se precipita locamente desde lo alto de una montaña, así parece, y los instantes que se agolpan cortan la respiración y las manos buscan en vano un apoyo. María de Magdala llora. La madre de Jesús llora también. ¡Qué importa! Sus lágrimas, las lágrimas de todas las madres, las lágrimas de todas las mujeres del mundo entero, ¿tienen importancia en este momento?

«¿Qué son las lágrimas?» se preguntaba Judas, y quisiera empujar furiosamente al tiempo que resiste; quisiera pegarle, le maldice como a un esclavo. El tiempo es de otro, por esto es tan indócil. ¡Ah! ¡Si perteneciera a Judas!; pero pertenece a todas esas gentes que lloran, que ríen, que charlan en la plaza del mercado. El tiempo pertenece al sol; pertenece a la cruz y al corazón de Jesús, que muere tan lentamente.

¡Qué corazón tan vil es el de Judas! Le aprieta con su mano, le estruja y grita: «Hosanna», tan fuerte, que todo el mundo va a oírle. Judas le comprime contra el suelo y continúa gritando:

«Hosanna, hosanna», como un sacrílego que revelara al público callejero los sagrados misterios... ¡Cállate, cállate!

De repente se oyen llantos y sollozos, lamentos desgarradores; precipítanse apresuradamente hacia la cruz. ¿Qué hay? ¿Han comprendido?

No; es que muere Jesús. ¿Puede ser esto verdad? Sí, Jesús muere. Las manos pálidas están inmóviles; pero breves estremecimientos recorren las piernas, el pecho, la cara. ¿Y es esto posible? Sí, muere. La respiración se acorta. Se detiene. No. Un suspiro más. Jesús está aún en la tierra. ¿Está todavía? No. No. No. Jesús ha muerto.

Todo se ha consumado. ¡Hosanna, hosanna!...

Los espantosos sueños se han realizado. El hombre de Kerioth tiene la victoria. ¿Quién se la arrancará ahora? Todo se ha consumado. Que los pueblos, que todos los pueblos de la tierra se reúnan en el Gólgota, que millones de bocas clamen: «¡Hosanna, hosanna!»; que se derrame al pie del Calvario un mar de sangre y de lágrimas, ¡qué importa!, no se encontrará más que la cruz infame y Jesús muerto.

Impasible, Judas examina el cadáver; su mirada se fija un instante en la mejilla que ayer rozó con un beso de despedida. Luego se va lentamente. El tiempo le pertenece ahora por entero, y Judas anda sin detenerse. También toda la tierra le pertenece, y anda con firmeza, como un soberano, como un emperador, como un hombre que está infinitamente y alegremente sólo en este mundo. Ve a la madre de Jesús, y le dice con rudeza:

—¿Lloras, madre? Lloras, lloras; las madres de toda la tierra mezclarán sus lágrimas con las tuyas... hasta el día en que volvamos, Jesús y yo, para aniquilar la muerte.

¿Está loco este traidor, o se burla? Pero tiene al aspecto grave y severo, y sus ojos están tranquilos ahora. Se pára y contempla con fría atención la tierra, que es toda nueva, toda pequeña. Se ha hecho pequeña y la siente toda entera bajo sus

pies; mira las colinas enrojecidas vagamente por los últimos rayos del sol. Siente las montañas bajo sus pies. Alza los ojos al cielo, que tiende abierta su cúpula azul; mira el redondo sol, que se esfuerza en vano en quemar y cegar, y siente bajo sus pies al cielo y al sol. Infinitamente y alegremente solo, experimenta con orgullo la impotencia de todas las fuerzas que obran en el mundo y las precipita todas al abismo.

Y sigue adelante con el mismo paso tranquilo y acompasado. Y el tiempo ni avanza ni retrocede; dócilmente, con la misma marcha que el traidor, progresa con toda su invisible y enorme masa.

Todo se ha consumado.

XVIII

Con incesantes saludos, sonriendo a todos con aire astuto, Judas de Kerioth, el Traidor, se presentó ante el Sanedrín. Era por el medio día, al día siguiente en que Jesús fue crucificado. Los jueces y los que mataron al Nazareno estaban todos allí, el anciano Anás y sus hijos, imágenes fieles y repugnantes del padre, y su yerno Caifás, a quien consumía la ambición, y todos los otros miembros del Sanedrín, que sustraen sus nombres a la memoria humana; ricos y eminentes saduceos, orgullosos de su poder y de su conocimiento de la ley.

Recibieron al traidor silenciosamente y, como si no hubiese entrado nadie, sus rostros altaneros no hicieron el menor gesto. Hasta el más humilde, el más insignificante de ellos y que los otros ignoraban, alzó su cara de pájaro y miró al vacío como si no hubiera pasado nada de particular. Judas saludó, siguió saludando y los miembros del Sanedrín seguían callados; parecía verdaderamente que no era un sér humano el que acababa de entrar, sino sencillamente un insecto impuro que se arrastraba ante ellos. Judas de Kerioth no era hombre que se turbase; el tribunal guardaba silencio, y él se decía que si era preciso saludaría hasta la noche.

Por fin, Caifás impacientado, preguntó:

—¿Qué quieres?

Judas se inclinó una vez más y declaró con modestia:

—Soy yo, Judas de Kerioth, el que os ha entregado a Jesús de Nazareth.

—¿Y qué? Ya recibiste tu paga. Vete—ordenó Anás.

Como si no hubiese oído, Judas continuó saludando. Y Caifás, señalándole con la mirada, preguntó a Anás:

—¿Cuánto le diste?

—Treinta monedas de plata.

Caifás sonrió; Anás sonrió también, y por todos los altivos rostros se deslizó como una onda una alegre sonrisa; el que tenía cabeza de pájaro se echó a reír también. Judas palideció visiblemente, y dijo muy de prisa:

—Sí, sí, es muy poco; pero Judas no está descontento, Judas no se queja de haber sido despojado. Está satisfecho. ¿No ha servido a una causa santa? Sí, una causa santa. ¿Y los más sabios no escuchan ahora a Judas, no se dicen: «Es de los nuestros Judas Iscariote, es nuestro hermano y nuestro amigo Judas el Traidor»? ¿No quería Anás arrodillarse y besar la mano de Judas? Pero Judas no se la dará, porque tiene miedo de ser mordido; es cobarde.

Caifás dijo:

—Echad a este perro. ¿Qué está ladrando?

—Vete de aquí. No tenemos tiempo de oír tu charla—declaró Anás con indiferencia.

Judas se irguió y cerró los ojos. El papel de embustero y falaz que había desempeñado con tanta facilidad durante toda su vida, le era de pronto una carga insoportable; con un movimiento de cejas lo rechazó. Cuando miró de nuevo a Anás, su mirada era sencilla, franca y terrible en su rectitud, desprovista de artificio. Los presentes no percibieron al pronto este cambio.

—¿Quieres que te echen a palos?—gritó Caifás.

Ahogándose bajo el peso de los terribles pensamientos que

cada vez elevaba más en alto para arrojarlos como desde una cumbre sobre la cabeza de los jueces, el Iscariote replicó con voz ronca:

—¿Sabéis... decid, sabéis bien quién era el que habéis condenado y crucificado ayer?

—Lo sabemos. Vete.

Con una sola palabra iba a desgarrar la ligera venda que velaba los ojos, y toda la tierra iba a estremecerse bajo el peso de la implacable verdad. Aquellas gentes tenían un alma, iban a perderla; tenían vida, iban a morir; gozaban de la luz, iban a envolverlos las tinieblas eternas y el espanto. ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Y he aquí las palabras terribles que desgarraron su garganta:

—No era un impostor. Era inocente y puro. ¿Oís? Judas os ha engañado; os ha entregado un inocente.

Esperó. Y oyó la voz impasible y senil de Anás que replicaba:

—¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—Creo que no me habéis comprendido—insistió Judas con dignidad y palideciendo más.—Judas os ha engañado. Jesús era inocente. Habéis matado a un inocente.

El que tenía cara de pájaro, sonrió. Pero Anás permaneció glacial; se enjugaba el rostro y bostezó; Caifás bostezó también, y dijo con voz cansada:

—¡Y se atreven a hablar de la inteligencia de Judas Iscariote! Es un imbécil, un imbécil muy fastidioso también, sencillamente.

—¿Cómo?—exclamó Judas, invadido de sombrío furor.—¿Pero es que sois vosotros los inteligentes? Judas os ha engañado, ¿no? No ha traicionado a Jesús, sino que os ha entregado a vosotros, los sabios, los poderosos, a muerte infame, a muerte eterna. ¡Treinta dineros! ¡Sí! Ese es el precio de vuestra sangre, de vuestra sangre impura como el agua sucia que las mujeres vierten en la calle a la puerta de su casa. ¡Ah!

Sumo sacerdote, viejo Anás insensato, pozo de ciencia, ¿por qué no diste una moneda, un óbolo más? Porque a ese precio serás tasado por toda la eternidad.

—¡Fuera de aquí!—rugió Caifás, rojo de cólera.

Con un gesto, Anás le detuvo; con la misma indiferencia, preguntó a Judas:

—¿Es eso todo?

—Si voy al desierto y grito a los animales: «Animales, ¿sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Salvador?» ¿Qué harán? Saldrán de sus cubiles y rugirán de rabia; olvidarán su temor del hombre, vendrán a devoraros... Si digo a la mar: «Mar, ¿sabes a qué precio han tasado los hombres a su Dios?» Si digo a las montañas: «Montañas, ¿sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Maestro?» Y la mar y las montañas abandonarán los lugares que les han sido asignados por la eternidad, rodarán hasta aquí y se desplomarán sobre vuestras cabezas...

—¡Judas quiere hacer de profeta! ¡Qué alto habla—observó con tono sarcástico el que tenía cara de pájaro, y dirigió una mirada obsequiosa a Caifás.

—... Hoy he visto el sol lívido. Miraba a la tierra con espanto, y decía: «¿Dónde está el Hombre?» Hoy he visto al escorpión; descansaba sobre una piedra y reía diciendo: «¿Dónde está el Hombre? No lo veo.» ¿Dónde está el Hombre? No lo veo, decídmelo. ¿Se habrá quedado ciego el pobre Judas de Kerioth?

Y se echó a llorar ruidosamente. En aquel momento parecía un loco; Caifás hizo un gesto desdeñoso; Anás reflexionó un instante, y declaró:

—Creo, en efecto, que no se te ha pagado bastante, Judas, y eso es lo que te trastorna. Aquí tienes más dinero; tómallo y dáselo a tus hijos.

Dejó caer algo que sonó. No se había apagado aún este sonido, cuando otro, muy semejante, lo prolongó: era Judas que arrojaba a puñados óbolos y monedas de plata a la cara del

pontífice y de los jueces. Devolvía el precio de la traición. Las monedas volaban oblicuamente como un chubasco. Caían en las caras, en la mesa, rodaban por el suelo. Algunos ancianos se protegieron la cara con las manos, que pusieron con las palmas hacia fuera; los otros, entre gritos e injurias, se apresuraron a escapar; Judas, apuntando al pontífice, tiró la última moneda, que su mano temblona hubo de buscar largamente en la bolsa. Luego escupió con furor en el suelo, y salió.

—Ya está, ya está—murmuró corriendo por las callejuelas, con gran susto de los niños.—Creo que has llorado, Judas. ¿Estaría en lo cierto Caifás al decir que Judas de Kerioth es tonto? El que llora el día de la venganza plena, el que es indigno de ella, ¿lo conoces tú, Judas? No permitas que tus ojos te engañen; no permitas que tu corazón mienta, no riegues el fuego con lágrimas, Judas de Kerioth.

XIX

Los discípulos estaban sentados, reunidos en un melancólico silencio, y prestaban oído a lo que pasaba afuera. Temían aún que la venganza de los enemigos de Cristo les alcanzase también; esperaban todos la irrupción de los soldados; tal vez habría nuevos suplicios. Mateo y María de Magdala estaban sentados a los lados de Juan, y le consolaban en voz baja; la muerte del Maestro había particularmente afectado al discípulo predilecto. María, con la cara llena de lágrimas, acariciaba con dulzura los cabellos ondulados y suaves de Juan; Mateo pronunciaba con voz grave las palabras de Salomón:

«El que es tardo para la cólera, vale más que un héroe; y el que es dueño de sí, es más fuerte que el que toma cuidados.»

En este momento entró Judas de Kerioth, haciendo ruido en la puerta. Todos se estremecieron sin saber quién llegaba;

pero cuando vieron las facciones odiadas y la cabeza roja, estallaron en invectivas y gritos. Pedro levantó las dos manos, y exclamó:

—Vete de aquí traidor. Vete o te mato.

Pero, cuando miraron más atentamente la cara y los ojos del Iscariote, se callaron; luego murmuraron tímidamente:

—Dejadle, dejadle. Está poseído por Satanás.

Cuando hubo silencio, Judas dijo en alta voz:

—Alegraos, pupilas de Judas de Kerioth. Acabáis de ver a los impasibles asesinos, y ahora se hallan delante de vosotros los cobardes traidores. ¿Dónde está Jesús? Os pregunto: ¿Dónde está Jesús?

Había algo autoritario en la voz ronca del hombre de Kerioth; y Tomás contestó con sumisión:

—Bien sabes tú mismo, Judas, que nuestro Maestro fue crucificado ayer tarde.

—¿Y lo habéis permitido? ¿Dónde estaba en aquel momento vuestro amor? Tú, el discípulo preferido, y tú, la piedra, ¿dónde estabais cuando vuestro Amigo fue clavado en el madero infamante?

—¿Qué podíamos hacer? Juzga tú mismo—replicó Tomás con gesto de desaliento.

—¡Ah! ¿Y eres tú el que lo pregunta?

Judas de Kerioth inclinó la cabeza, y de pronto se descompuso en anatemas:

—Cuando se ama, no se pregunta lo que hay que hacer. Se va y se obra. Se llora, se muerde, se ahoga al enemigo, se le rompen los huesos. ¡Cuando se ama! Si tu hijo se ahoga, ¿vas a la ciudad a preguntar a las gentes: «Mi hijo se ahoga, qué tengo que hacer?» ¿No te echas al agua? ¿No te ahogas al mismo tiempo que tu hijo? ¡Cuando se ama!

Pedro contestó en tono sombrío a las palabras furiosas de Judas:

—Saqué la espada, pero El me dijo que la dejase.

—¿Y le escuchaste?—exclamó irónico Judas.—Pedro, Pe-

dro, ¿cómo pudiste obedecerle? El no conocía nada de los hombres ni de la lucha.

—Quien le desobedezca, irá al fuego del infierno.

—¿Por qué no fuiste, Pedro? ¿Por qué no fuiste? ¿Qué es el fuego? ¿Qué importa si hubieras ido? ¿De qué te sirve tener un alma, si no puedes arrojarla al fuego cuando lo desees?

—¡Cállate!—exclamó Juan, levantándose.—El mismo quiso sacrificarse. Y ese sacrificio es maravilloso.

—¿Hay sacrificios maravillosos? ¿Qué dices, discípulo favorito? Cuando hay una víctima, hay también verdugos y traidores. El sacrificio es sufrimiento para uno solo y vergüenza para los demás. Traidores, traidores, ¿qué habéis hecho de la tierra? Ahora, se la mira desde arriba y desde abajo, y se ríe y se clama: «¡Mirad esa tierra en que han crucificado a Jesús!» Y se escupe en ella, como lo he hecho yo.

—Ha tomado sobre sí todos los pecados del mundo. Su sacrificio es magnífico—añadió Juan.

—No, sois vosotros los discípulos favoritos los que habéis cargado con todos los pecados del mundo. Por vosotros empieza la raza de los traidores, la estirpe de los pusilánimes y de los embusteros. ¿Qué hacéis de la tierra, ciegos? Habéis querido conducirla a su perdición; pronto besaréis la cruz en la que habéis crucificado a Jesús. Sí, sí, besaréis la cruz; Judas os lo predice.

—¡Nada de ultrajes, Iscariote!—rugió Pedro, rojo de furor.—¿Cómo hubiéramos podido matar a todos los enemigos de Cristo? ¡Eran tan numerosos!

—¡Tú también, Pedro!—exclamó Juan con ira.—¿No ves que Satanás ha entrado en él? Aléjate de nosotros, tentador. Eres una odre de mentiras. ¿Nos ordenó matar el Maestro?

—Pero ¿os prohibió morir? ¿Por qué estáis vivos cuando El ha muerto? ¿Por qué vuestros pies se mueven, por qué vuestra lengua pronuncia futilidades, por qué vuestros ojos parpadean, cuando Él está muerto, inmóvil, mudo? ¿Cómo te atreves a gritar, Judas, cuando Él se calla? ¿Preguntáis a Judas

lo que hay que hacer? Y Judas, el hermoso, el valiente Judas de Kerioth os responde: ¡morir! Debéis lanzaros al camino, coger a los soldados por los brazos, cogerles sus espadas. Habrá que ahogarlos en el mar de vuestra sangre. Habrá que morir, morir. Y su mismo Padre hubiera lanzado un clamor de espanto al veros llegar juntos.

Judas se calló, alzó un brazo y observó de repente en la mesa los restos de la comida. Grandemente sorprendido, examinó los platos con curiosidad, como si viera alimentos por primera vez en su vida, y preguntó lentamente:

—¿Cómo! ¿Habéis comido? ¿Habéis dormido también, quizá?

—He dormido—contestó brevemente Pedro, bajando la cabeza. (Sentía ya que Judas tenía el derecho de mandar.) He dormido y comido.

Tomás dijo con voz firme y resuelta:

—Todo eso es imposible, Judas, reflexiona: si hubiésemos muerto todos, ¿quién hubiera hablado de Jesús? ¿Quién hubiera llevado a los hombres su Evangelio, si todos nosotros hubiéramos muerto, Pedro, Juan y yo?

—¿Y qué es la verdad misma en boca de los traidores? ¿No se convierte en mentira? Tú no comprendes, Tomás, que ahora guardas solamente la tumba de la verdad muerta. El guardián se duerme, un ladrón llega y se lleva la verdad. ¿Me dirás dónde está? Maldito seas, Tomás. No tendrás posteridad, y serás pobre siempre; y vosotros también seáis malditos.

—¡Maldito tú, Satanás!—vociferó Juan; y Santiago y Mateo y todos los otros discípulos repitieron sus palabras. Sólo Pedro guardó silencio.

—Yo voy hacia El—dijo Judas blandiendo su mano autoritaria.—¿Quién viene con el Iscariote hacia Jesús?

—¡Yo! Yo voy a acompañarte—exclamó Pedro, y se levantó. Pero Juan y los otros discípulos le detuvieron asustados, diciendo:

—¡Insensato! ¿Has olvidado que ha entregado al Maestro en manos de los enemigos?

Pedro se golpeó fuertemente el pecho y se puso a llorar amargamente:

—¿Adónde iré, Señor? ¿Adónde iré?

XX

Hacia ya mucho tiempo que Judas, durante sus paseos solitarios, había elegido el lugar para matarse después de la muerte de Jesús. Era en la montaña, muy encima de Jerusalén; no había allí más que un solo árbol, torcido, medio seco, atormentado por el viento que le acosaba por todas partes. Tendía una de sus ramas secas hacia la ciudad santa, como para bendecirla o amenazarla, y aquella eligió Judas para atar el nudo corredizo. Pero, para llegar al árbol, el camino era largo y penoso, y el hombre de Kerioth estaba muy cansado. Los mismos guijarros puntiagudos que le habían molestado el día de la crucifixión, rodaban bajo sus pies y parecían querer rechazarle. La colina era alta, abrupta y barrida por el viento. Judas se sentaba a menudo para cobrar aliento; costábale trabajo respirar; tras él, por las anfractuosidades de las rocas, la montaña le enviaba a la espalda su soplo helado.

—¡Tú también!—exclamó en tono despreciador.—Jadeaba y movía su pesada cabeza, donde todos los pensamientos se habían ahora petrificado, luego, la erguía, guiñaba sus ojos muertos y murmuraba con furia:

—No, son demasiado injustos con Judas. ¿Me oyes, Jesús? ¿Me creerás ahora? Voy hacia ti. Acógeme bien, estoy cansado. Estoy muy cansado. Y volveremos a la tierra abrazados como dos hermanos. ¿Quieres?

Inclinaba la cabeza y abría mucho los ojos, mascullando:

—Pero tal vez, allá arriba, te irritarás también contra Judas de Kerioth. Tal vez no creerás. Y me enviarás al infierno. No importa, iré al infierno. Y en el fuego de tu infierno forjaré el hierro, forjaré el hierro y destruiré tu cielo. ¿Quieres?

¿Me creerás entonces? ¿Volverás entonces a la tierra conmigo, Jesús?

Judas llegó por fin a la cumbre de la montaña, al pie del árbol torcido. Y allí el viento empezó a atormentarle. Pero injuriado por el Iscariote, se puso a cantar dulcemente: el viento le decía adiós antes de marchar a la lejanía misteriosa.

—Está bien, está bien... Sus discípulos son... unos perros— le contestó Judas, preparando el nudo corredizo. Y como la cuerda podía engañarle y romperse, la ató de manera que colgase hacia el abismo; de suerte que, si se rompiese, se estrella- ría él en las rocas. Y antes de desprenderse del suelo dando con el talón en el pie, Judas de Kerioth cuidó de prevenir una vez más a Jesús:

—Hazme buena acogida, Jesús; estoy muy cansado.

Y saltó. La cuerda se tendió, pero no cedió; el cuello de Judas se alargó y se adelgazó, sus piernas y sus brazos se cruzaron y cayeron como tiritañas húmedas, murió. Así, en dos días, Jesús de Nazareth y Judas de Kerioth, el traidor, dejaron la tierra, uno tras otro.

Durante toda la noche, el cuerpo se balanceó encima de Jerusalem, como un fruto monstruoso; y el viento le volvía la cara, unas veces a la ciudad, otras al desierto, como si quisiera que viesan alternativamente a Judas la ciudad santa y el espacio desolado. Sin embargo, de cualquier lado que virase el rostro deformado por la muerte, los ojos inyectados de sangre, idénticos ahora, como dos hermanos gemelos, miraban invariablemente al cielo.

Por la mañana, un paseante de penetrante vista descubrió en la altura el cadáver de Judas, como suspendido sobre la ciudad, y lanzó gritos de espanto. Acudieron gentes, descolgaron al ahorcado y, al saber su nombre, le echaron a un profundo barranco, en donde se pudrían gatos, caballos y otras carroñas.

Aquella misma tarde, todos los creyentes conocían el fin trágico del traidor, y al día siguiente lo sabía toda Jerusalem.

Se enteraron igualmente la Judea pedregosa y la verde Galilea; y de la mar a la otra mar que está más lejos todavía, se propagó la noticia de la muerte del traidor. No iba ni más de prisa ni más despacio que el tiempo, marchaba al mismo paso que él; y como el tiempo no tiene fin, no se dejará nunca de hablar de la traición de Judas y de su horrible muerte. Y todos, lo mismo los buenos que los malos, maldecirán su infame memoria; y entre todos los pueblos que han sido y que son, permanecerá eternamente solo, en su destino cruel, Judas de Kerioth, el traidor.

LEÓNIDAS ANDREIEF

FIN

EL TIZIANO Y ALFONSO DE ESTE

Alfonso I, Duque de Ferrara, fue el primer príncipe italiano que ocupó al Tiziano y quien le sacó de su isla natal para introducirlo en el mundo cortesano. Los primeros datos exactos, aunque fragmentarios, sobre esta circunstancia, fueron divulgados hace años por un conocedor profundo de la vida de aquel coloso de la pintura italiana, el Conde JOSE CAMPORI, a quien también se deben datos decisivos sobre algunas de las obras más valiosas y ponderadas del maestro de Cadora. *Las Bacanales* ferraresas, que en otro tiempo, juntamente con las esculturas de Antonio Lombardi, constituían el orgullo de la «cámara de alabastro» de Alfonso, se trocarían hoy de buen grado por un Olimpo de alegres diosas griegas de años posteriores. La *Fiesta de Venus*, sin igual entre las palingenias de asunto antiguo, dejó agotada toda una clase de arte neo-helénico, los cuadros de amores y niños, para los pintores de tiempos sucesivos. El artista mismo pareció maravillado y sorprendido de lo feliz de esta idea, de esta intuición. El cuadro filosófico se lo había sugerido, aunque iletrado, el propio Duque Alfonso, que le suministró una figura abocetada para el mismo. Tiziano confesó que aquella vez su triunfo habíase debido por completo a la idea a la cual el Duque infundió el alma y él revistió de cuerpo. Añadió el artista (que, por lo que se ve, estaba en camino de ser un cortesano) que se había confirmado

una vez más en su opinión de que los pintores debían la grandeza de su arte, por lo general y casi siempre, a la ayuda de los grandes príncipes, que sabían indicarles lo que habían de hacer, con inteligente inventiva (1).

Desde 1516 hasta la muerte del Duque, fue muchas veces el Tiziano huésped en el palacio de Ferrara. El Castellano gustaba del trato con los técnicos, artistas y artesanos, no sin suscitar así el enojo de los palaciegos, que pagaban ese desprecio de la etiqueta con el menosprecio a su persona, que alguna vez estuvo a punto de serle funesto. No era siempre cosa fácil tratar con este cabeza dura, con este extraño amigo del arte que, armado de herramientas, se ejercitaba, y no sin fruto, en romper sólidos muros y columnas, así como en torneear y pintar ánforas de barro. Era un rudo señor, activo y apasionado, que no toleraba se le contradijese ni se le obedeciese a medias; bien que en lo tocante a los intereses del Estado fuese como pocos dueño de sí mismo, firme en la desgracia y comedido en la fortuna. No era en modo alguno un tirano. Sólo a disgusto apretaba los tornillos de los impuestos; y una vez se le vió mandar fundir su plata y comer satisfecho en vajilla de barro.

Prescindiendo del tono cortesano, había algo de verdad en las palabras del Tiziano cuando afirmaba pertenecerle en cuerpo y alma. A este propósito podría citarse otra creación, cuyo motivo le inspiró también el Duque, y que por la importancia, nobleza y finura de expresión y forma, así como por su tierna ejecución, es de todas sus obras la que da más alta idea de la elevada categoría artística del Tiziano (2).

(1) Quale ingeniosissime li ordinavemo. Campori: *Nuova Antologia*, 1874. Este pasaje se aplica generalmente a *La Bacanal* de Madrid y a la *figurina bozata* sobre la bacante adormecida del primer término, que debe estar tomada de un antiguo relieve. Pero las palabras del Tiziano se acomodan mejor a un tema nuevo, como la fiesta de los niños que a aquella *Fête champêtre*, que sólo era una variante de la tabla de Bellini, en la que también hay una figura durmiente.

(2) Scanelli, en el *Microcosmo*, pág. 223, cita *El tributo al César* como

El *Tributo al César* sirvió de ilustración a la sentencia que llevaban grabada las monedas de oro de Alfonso. La frase «*Quod est Caesaris Caesari quod est Dei Deo*» era, en efecto, el texto que este jefe de la antigua casa güelfa de los Este podía alegar mejor como protesta y apología a un tiempo, de su lucha con tres representantes de Cristo, por la conservación de sus ciudades y de su dinastía; y ese texto venía a ser su «*pallium*» y «*palladium*». Gobernaba Ferrara, como vicario de la Iglesia, Módena, Reggio y Este, como vasallo del Emperador. Como yerno de Alejandro VI, érale odioso a Julio II, que si le hizo «*gonfaloniero*» de la Iglesia, le expulsó después de Módena y Reggio, para dar estas ciudades a Maximiliano, a quien se las compró después León X, en cuya coronación había llevado el Duque la sagrada bandera. Amenazado y despojado por los sucesores de Pedro, logró salvar al cabo sus Estados, gracias al apoyo del Emperador (1).

¡Cuán poco significa lo que más tarde el anciano maestro, colmado de gloria y honores (no tanto de oro), envió a su admirador Felipe II, comparado con lo que en aquel tiempo produjo en tal cantidad para el modesto Duque de Ferrara! No hay razón para poner en duda lo que afirman Vasari y Ridolfi; es decir, que el *Tributo al César* lo pintó el Tiziano para Alfonso, tanto más, cuanto que es posterior a 1514 (como dice Vasari, aunque más exacto sería señalar el 1516 como el año de su primera visita a Ferrara). Lo primoroso de la ejecución, que no tiene, sin embargo, nada de común con Jan van Eyck ni Durero (hasta se podría ver en ello la antítesis), se explica por la especial importancia que su protector daba al asunto, y más aún por el valor interno de su concepción. Delicadeza en el de-

prueba de «*quanto siano vevoli per la buona operatione... g'impulsi di compiacere al gusto de piu degni Principi, y cui comandi nei soggetti ordinari operano eccessi, e negli straordinarii miracoli*».

(1) JOVIUS observa irónico: «*Ut gloriosam triplicis triumphi lauream, si de sacrosancto hoste triumphare fas foret, meruisse dici possit.*» Elog. L. VI. Basel, 1559; 309.

talle la tuvo siempre el Tiziano; se la encuentra en el retrato de la Duquesa Leonor (1537), y aun en 1545 causó el asombro de sus amigos con el retrato de Morosini, ejecutado en estilo «miniaturesco» (ARETINO = Lettere III, 161). Por su factura se aviene en un todo este cuadro al carácter de las tablas que se agrupan en torno a la Asunta. ¿A qué suponer un momento de evolución para cada rasgo especial de la obra de arte, cuando de su objeto y circunstancias brota la explicación?

No debe asombrarnos que el artista se esmerase en el retrato de su protector. Sobre la época y circunstancias de su producción no se encuentra, por desgracia, indicio alguno en los archivos de la casa de Este. Pero es lo más probable que date dicho cuadro de los primeros tiempos de la amistad entre el pintor y el Príncipe, si es que no se remonta al año 1532 como se ha dicho. Miguel Angel, al trasladarse a Ferrara, cuando el asedio de Florencia (1529, Julio-Agosto), lo contempló, maravillándose y elogiándolo (1), como en su comedia *La Cortigiana* (1534) nos refiere el Aretino, y Lodovico Dolce (que indica además los honorarios, 300 escudos) le hace decir que nunca creyó que pudiera llegar a tanto el arte, y que sólo Tiziano merecía el nombre de pintor. Para Buonarrotti, que por aquel entonces se ocupaba en pintar guerreros, el *Duque* del Tiziano tuvo acaso el encanto del contraste entre el documento histórico, en su cualidad de simple retrato de un caudillo vivo, y aquellas arrogantes actitudes por él imaginadas para retratar a los Médici.

Por el Aretino sabemos también que Carlos V se llevó a España este retrato. Sobre esta circunstancia trae el artículo de Campori curiosos detalles. Si exhumamos aquí este episodio que ya consta en la biografía del Tiziano, es porque en el punto capital, la identificación del cuadro, se cometió un error, de cuya rectificación se desprenden amplias consecuencias.

(1) E io stupendo Michelangelo lodó con istupore il ritratto del Duca di Ferrara translato dalo Imperatore appresso di se stesso. Atto III. Scen. Viii. Lettere I, 257.

Fue en los últimos meses de 1532 cuando el Tiziano se presentó por vez primera ante el Emperador, en Bolonia. ¿Quién le había buscado? Acaso el mismo consejero imperial, cuya atención había llamado desde lejos y en cuyas manos se hallaban los hilos de los siguientes sucesos:

Granvella y Cobos, a quienes el Aretino llama «ojos del porvenir y luces del Consejo» (occhi del futuro senno del Consiglio) eran entrambos entusiastas del arte. Francisco de los Cobos, Comendador de León y «Secretario supremo» del Emperador, era uno de los instrumentos más eficaces e influyentes, al par que de los más oscuros, de su política. Traía su abuelo de una antigua familia castellana, que desde el siglo XIV tuvo su asiento en Ubeda, en la Andalucía occidental. Siguiendo a su señor por Flandes y Holanda, no se había olvidado el prócer de la antigua ciudad arrancada tres siglos atrás a los moros, y concibió el propósito de no volver a ella con las manos vacías. En la citada población, tan interesante para la historia del Renacimiento español, como poco conocida, hay pruebas que confirman que el ministro y sus deudos eran dados a las edificaciones grandiosas. En la iglesia del Salvador de Ubeda, sobre un altar lateral situado al Norte, subsiste aún el gran cuadro de Sebastián del Piombo, *La Piedad*, que el Virrey de Sicilia, Ferrante Gonzaga, no sin trabajo, le encargara (1). En el fondo de este cuadro hay un tema miguelangelesco, bien conocido por el dibujo del Louvre. Sobre el altar mayor hay una estatua de mármol, veneciana, que representa al Bautista adolescente, regalo de la Señoría. La iglesia era creación suya, y el arquitecto Pedro Valdevira fue traído por él de Italia. La fachada del templo es un magnífico ejemplar de estilo plateresco. La fábrica del altar se destinó a sepultura del fundador y de sus descendientes, dándole a este efecto

(1) «Sebast. del Piombo e Ferrante Gonzaga», por Giuseppe Campori, en los *Atti e Memorie per gli studi di storia patria per le prov. Moden. e Parm.* Módena, 1864, 4.º

la consabida forma circular que afectan esas capillas de familia, quizá a imitación de la Annunziata de Florencia.

El Secretario de Estado oyó desde el primer momento el nombre del Tiziano en boca del Margrave de Mantua, Federico Gonzaga. Como en Bolonia, hallándose en casa del Conde de Pepoli, viese a una hermosa joven, de nombre Cornelia, y expresase el deseo de poseer su retrato, apresuróse Federico a escribir al Tiziano, que se comprometió a hacerlo de memoria. Otras obras hizo además para Cobos: una reproducción de *San Sebastián* y un cuadro que representaba a las mujeres en el baño.

A más de la iglesia del Salvador, hay en Ubeda un suntuoso palacio, ya casi en ruinas, y habitado por gente pobre. En el gran salón se encontraban antiguamente el *Retrato de Cobos* y el de su esposa, *María Sarmiento de Mendoza*, obra del Tiziano. Mas tarde, se les trasladó al Palacio Real de Madrid, donde en el siglo xvii figuraban entre los retratos venecianos de la galería del Mediodía.

También se hallaba Cobos al lado del Emperador, cuando éste, a fines de otoño de 1532, pasó los Alpes para avistarse en Bolonia con Clemente VII, que andaba meditando nuevos planes para el engrandecimiento de su casa. Carlos V tuvo entonces tiempo para la política y para algo más. En Mantua, en casa de Federico Gonzaga, a quien dos años antes había hecho duque, pasó un mes entero, entregado a torneos, fiestas teatrales y cacerías; y entre unas y otras, pasábase también largas horas en el guardarropa del Duque, admirando las armas y los cuadros allí coleccionados. El que más impresión le hizo fue el retrato de su huésped, armado de todas armas, que hacía dos años pintara el Tiziano; y con este motivo, debió manifestar deseo o asentir a la proposición que se le hiciera de dejarse retratar por el artista (1). A esta circunstancia se

(1) Aretino: Lettere I, 257 (a la Emperatriz, 18 Diciembre 1537) ... nel vederlo l'altissimo Carlo consenti che rassemplasse Tiziano la fatale effigie sua.

atribuye la misiva dirigida por el Duque al Tiziano en 7 de Noviembre, llamándole con urgencia a Mantua (1).

Para cumplimentar este deseo marchó el Tiziano a Bolonia. Pero Carlos V quiso ver antes nuevas pruebas de su arte, y se le pidieron al artista indicaciones de obras suyas que le acreditasen. Acaso pensaron que este era el mejor medio, si no el único, de hacerse con buenos cuadros suyos, temiendo que al hacerle nuevos encargos para España se contentase con poner en ellos la «mitad de su espíritu». Ocurrió entonces que, en Enero de 1533, llegaron a Bolonia dos enviados de Alfonso con una misión política. Al punto se dió Cobos cuenta de la ocasión que se le presentaba y se dispuso a cogerla por los cabellos. Ya en la primera audiencia atajó el informe del jurista Casella para proponer a los legados que hiciesen a su señor un regalo de cuadros. En primer término, se pensó en el retrato del Duque. El Emperador no había visto nunca este retrato, pues no había estado en Ferrara. Pero el Tiziano le había hablado de él: «e cosa bellíssima», y quizá también Miguel Angel. Y Carlos V parecía sentir gran interés hacia la persona del anciano Duque. Dos años atrás había tenido ocasión de conocerle a fondo, y entonces mismo acababa de hacer en su compañía el camino del Friaul, donde Alfonso le salió al encuentro con 200 caballeros hasta Mantua, habiendo sido su huésped en Módena. Pero ya desde mucho antes se había hablado de él con frecuencia en el círculo íntimo del Emperador. En 1526, cuando, perseguido por el odio del Médicis, elevado a la silla de San Pedro, vió a las claras los peligros de su neutralidad, había ofrecido sus servicios al Emperador, entonces, en Granada, por medio de Ludovico Cato, y olvidando que su padre había sido huésped de Luis XII, se puso a sí propio, a sus hijos y sus Estados bajo la protección del Monarca español. Entonces se llegó a concertar la boda de su primogénito Hércules con Margarita, la hija natural del Emperador. Pero en las

(1) En Crowe, I, 456.

borrascas del año siguiente, después de la catástrofe de Roma, hallándose lejos el Emperador, obligóle el general Lautrec a entrar en la Liga formada por los franceses para libertar al Pontífice, y Alfonso puso el sello a su deserción combinando la boda de su primogénito con Renata, la hija de Luis XII.

Un año justo después de esta boda, la unión entre el Emperador y el Papa era perfecta, y el Rey Francisco abandonaba por la paz de Cambrai a todos sus aliados italianos.

En esta apurada situación resolvióse Alfonso, a despecho de los suyos, a meterse en la boca del lobo. Decidió, pues, visitar al Emperador, que había acampado en Génova con un fuerte ejército, y tratar con él personalmente de sus asuntos. Carlos V tenía la intención de seguir su camino a Bolonia, evitando tocar en las tierras de Este y describiendo un amplio círculo sobre Mantua y Finale; Alfonso le rogó considerase Reggio y Módena como ciudades propias. En todas partes preparaba al Emperador recibimientos que le conquistaban todos los corazones. En Reggio se presentó él mismo ante el Emperador. El Monarca, que aún no había cumplido los treinta, y que se encontraba en un *mundo de enemigos* y por primera vez se mostraba en el difícil escenario de Italia, donde no tenía ningún amigo sincero (1), en trances de negociar con el Pontífice, gravemente enfermo por aquel entonces, el precio de su coronación como Rey de Italia y Emperador de los romanos, vió en el inesperado encuentro una ocasión de sondear aquel maestro en el ajedrez de la política güelfa. Con suma atención escuchó, pues, las perspicaces informaciones, las hábiles y astutas disertaciones de aquel príncipe, encanecido en veinte años de lucha, sobre el *sistema de Italia*, así como sobre los principales personajes y su turbia trama de intereses. Nunca hubiese podido suponer Clemente VII que el usurpador de Módena hubiese de brillar entre los príncipes reunidos en Bolonia para la coronación. Pero bien pronto demostróse que—

(1) Baumgarten: *Leben Karls V.* III, 128.

gracias naturalmente a los arroyos de oro que de los repletos cofres del palacio de Ferrara habían pasado al tesoro Imperial y a los bolsillos de los consejeros—el suegro de Renata había encontrado en Carlos un firme protector. No disfrutó, sin embargo, mucho tiempo de su triunfo, pues murió (como suele ocurrir) poco después (cinco semanas) de su enconado enemigo Clemente VII, en 30 de Octubre de 1534, si bien con la satisfacción de ver elevado a la Silla de San Pedro a un antiguo amigo suyo, el Cardenal Farnesio.

Ahora bien; al abandonar Italia quiso el Emperador llevarse a España el retrato del anciano prócer que no había de ver más.

Al conocer Alfonso el deseo del Secretario de Estado, apresuróse, naturalmente, a ofrecerle su colección de cuadros. Cobos insistía en que el Emperador había de tener aquel retrato. Casella parece haber insinuado que había de costarle mucho al Duque deshacerse de ese lienzo. Hizo presente que aquel retrato, como pintado hacía ya mucho tiempo (lo menos quince años), no tenía ya parecido con el Duque, y que mejor sería hacer uno nuevo, el cual podría enviarse a España con el de su hijo Hércules, que en 1530 había sido presentado al Emperador, en Mantua, con su hermano Hipólito. Pero los grandes quieren que se les sirva en seguida, y no era para nadie un secreto cuánto tardaba el Tiziano en despachar sus obras. Los demás cuadros, respondían a Casella, pueden enviarse en su sazón a Génova; pero el retrato de Alfonso debe ser traído inmediatamente aquí, a Bolonia. Cobos mismo tenía vivos deseos de verlo. Quizá quisiera cerciorarse de que era el original, y no una copia, lo que le entregaban. Al cabo de una semana, nuevos requerimientos, y al fin, en 23 de Enero de 1533, Alvarotto y Casella entregan el cuadro con una carta del Duque.

Cobos entonces se deshizo en cumplidos. Teniendo a la vista siempre el retrato del Duque, el Emperador no se olvidaría de él. Carlos V hizo que lo colocasen allí mismo en su Cámara. «¡Qué diría el Papa si lo supiese!», decía bromeando D. Fran-

cisco. Bien podía figurárselo. El astuto Duque parecía ahora fijar su fría y penetrante mirada, por encima de su monumental nariz, en el Emperador con gesto inquisitivo. ¡Y qué edificantes consideraciones no había de sugerirle en sus ratos de ocio aquella obra de arte, sobre la fuerza persuasiva de la artillería gruesa y de las bolsas de ducados, así como sobre el triunfo de una firme voluntad y las resoluciones prontas, sobre la elasticidad del medio!



Ahora bien; ¿qué se ha hecho de este objeto de la codicia artística del Emperador?

En vano se busca el nombre de Alfonso de Este en los inventarios españoles de cuadros desde Carlos V a Carlos de Borbón. Su retrato no figuraba entre los que acompañaban al Emperador veintitrés años después en su soledad de Extremadura. Tuvo su sitio en el Palacio de Madrid, y en tiempos de Felipe II estuvo con otros muchos cuadros del Tiziano en las habitaciones particulares (no inventariadas). En el siglo siguiente se encuentra también en el Alcázar de Felipe IV, en la galería del Sur, dedicada a la escuela veneciana, el retrato de un Duque de Ferrara *con un perro*, y allí permanece hasta la muerte de Carlos II (1666, 1686, 1703, tasado en 150 doblones y 200 ducados). Sin duda se trata del *Veneciano jugando con un perro de aguas*, mencionado en el inventario de Carlos III y actualmente en el Museo del Prado, núm. 452. La opinión, recientemente extendida en Madrid (en el Catálogo de 1828 figura todavía sin nombre) (1), de que el cuadro en cuestión es un retrato de Alfonso I, ha sido luego generalmente aceptada. Lleva la firma *Ticianus*. Representa a un hombre joven, barbudo, con justillo de terciopelo azul reca-

(1) En el Catálogo de 1828, núm. 746, se le denomina *Retrato asombroso*. Alto, 1,25; ancho, 0,99, en madera. La suposición del nuevo Catálogo de que fuera regalo del Marqués de Leganés a Felipe IV es ociosa.

mado de oro, con cinto azul y rojo; alrededor del cuello una especie de rosario de cuentas negras y doradas; la mano izquierda sobre el pomo de la espada, mientras la derecha descansa sobre las sedosas lanas blancas con manchas oscuras de un perrillo de aguas. En la colección del Príncipe Kaunitz había una reproducción de este cuadro (1). Es de notar que nadie haya reparado en lo erróneo de esta denominación. Las facciones no concuerdan en un todo con los perfiles de las medallas y con los retratos auténticos de Alfonso I, como son los que se conservan en los Uffizi y en la galería de Módena. Tiziano había prometido una compensación a la obra maestra de que se había deshecho el Duque. A este fin se le entregaron por medio de Tibaldi las insignias de la orden francesa de San Miguel, que en 1528 le había sido conferida al Duque. El cuadro se terminó muerto ya Alfonso (1537), y fue *regiamente* pagado por su hijo Hércules (2). Pigna (en los *Romanzi*, Venecia, 1554) lo vió, y dice: «parecía que aun estaba vivo». Por último, también Ridolfi (1648) hace mención de él. ¿Sería, en efecto, aquel retrato tizianesco el que Francisco de Módena cedió en 1650 al Gran Duque Fernando II de Toscana, a cambio de una *Santa Catalina* de Leonardo? Lo cierto es que por aquel tiempo desapareció de Ferrara (3). La originalidad del desfiguradísimo cuadro de los *Uffizi* es discutible; pero concuerda por completo el lienzo con la descripción del cuadro compensatorio. Alfonso lleva allí un manto de piel, ostenta las insignias de la Orden de San Miguel, y tiene el brazo apoyado sobre la boca de un cañón. En la misma actitud se nos muestra en el

(1) Grabado W. Unger en el Catálogo de la colección Astaria, actualmente casa de Mme. André Jacquemart, en París.

(2) Dice M. Titiano: «... che poi, che egli ritrasse principi, non hebbe mai piu real premio di quello, che gli diede egli della imagine del padre *Aretino*, Lettere II (A. Nic. Buonleo, 1538).

(3) Campori, a. a. 0,30 F. No concuerda con esto que el Cardenal Hipólito II regalase en 1568 un retrato de su padre, probablemente de *Bastianino Venturi*, a. a. 0,30.

cuadro atribuido a Dossi, que figura en la Galería de Módena (1); pero allí lleva cota de malla y guanteletes, y en la mano derecha sostiene una «quadrelle». En el fondo se ve figurada la destrucción de la flota veneciana en Polesella, el 22 de Diciembre de 1509, con el ataque a la cabeza del puente donde demostró Alfonso que su artillería no era cosa de juguete.

No es posible que un semblante sufra tal cambio en diez y ocho años. Pero las medallas son aún más elocuentes. Desde el primer momento reproducen un rostro de duras facciones y de agudo perfil. En la larga nariz, muy arqueada por arriba y aplanada luego de pronto, con la punta algo colgante (2), resalta el parecido con su padre Hércules I, así como con su tío el bastardo Lionel, cuyo perfil nos es conocido por las medallas y por el cuadro de Víctor Pisano (de la colección Morelli). La mandíbula inferior, muy corva; el labio inferior, algo prominente; la mirada, serena, firme y fría; la frente, surcada por una arruga vertical. Dice Paul Jovius que podía inferirse la dureza de su carácter de las severas y cortadas facciones de su adusto semblante (3). Muratori califica su aspecto de rudo (ruvido).

Trabajo costaría encontrar una cara que correspondiese menos a estas descripciones que la del retrato del Duque que se conserva en Madrid. Es aquél un rostro ancho, corriente, de rasgos regulares, de nariz recta, con la punta algo prominente. Las cejas, que en el otro son largas y horizontales, en

(1) Reproducido en un aguafuerte por *Venturi*, 29.

(2) Questo Alfonso fu di statura onestamente grande, di faccia lunga, di aspetto grave e signorile, ma piú tosto malincolico e severo. Bonaventura Pistofilo: «Vita di Alf. I d'Este», en los *Attie Memorie di storia patria per le prov. Modena e Parma*. Vol. III, 491. Con naso onestamente chinato giú in fondo. Giraldi, cit. por *Venturi* 30.

(3) Fuit Alphonsus aspectu et natura subausterus. *Vita Alfonsi*, 293. Basilea, 1559. In Alfonso... ut ex severo et peracri oris ductu coniectari licet et nos vidimus, ingenium egregie firmum stabileque et praececellens enituit. Elog. II.

éste se arquean formando bóveda. Vida y nobleza las tiene la figura; pero no se advierte en ella nada de la apostura convencionalmente dominadora que el Tiziano solía dar a los retratos oficiales de testas coronadas. En vez de los ojos penetrantes, este retrato tiene la mirada distraída, vaga, benévola. El uno nos presenta a un autócrata soldado; el otro, a un buen hombre.

Pero hasta la cronología viene en nuestro apoyo. Cuando el Tiziano llegó a la corte de Alfonso, tenía éste cuarenta años. El Catálogo de Madrid atribuye al personaje retratado treinta o treinta y cinco años. Además, el esposo de Lucrecia, en su juventud, y aun después de su advenimiento al poder, no llevaba barba (1).

La denominación «Duque de Ferrara», que se le aplica en los inventarios del siglo xvii, no resulta, empero, descaminada. También se expresaron en la entrevista de Bolonia deseos de tener el retrato del príncipe heredero de Hércules; y probablemente dicho retrato sería enviado por Génova. De este cuadro no se tienen otras noticias que la que da Vasari de haber sacado una copia de él Girolamo da Carpi para la Corte de Francia (2). El retrato que se conservaba en el siglo xvi en el guardarropa de los Este, debía ser pues, una reproducción de la primera obra. Según lo que de Hércules sabemos, el cuadro del Museo del Prado concuerda tan bien con sus facciones, como mal se aviene con las de su padre. Sin embargo, a juzgar por su edad, debe ser una copia posterior; Tiziano mismo reprodujo, es decir, copió, en 1555, los retratos del padre y el hijo (3).

Hércules nació en 1508, tenía veinticinco en la época de aquellas negociaciones con Carlos V, y llevaba cuatro años ca-

(1) Comp. LITTA: Famiglie celebri. D'Este. Medallas de la pág. 73.

(2) GIROLAMO: «...Ricavó la testa del Duca Ercole di Ferrara da una di mano di Tiziano, e questa contrafece tanto bene, ch'ella pareva la medesima che l'originale; onde fu mandata come opera lodevole in Francia. VASARI, 11, 236.

(3) Eugene Muntz, por caminos distintos, ha llegado a la misma conclusión que yo. *Chronique des Arts*, 1894, 181.

sado con Renata de Orleans. Tanto por su físico como por su carácter tenía poca semejanza con el padre. Tenía fama de benigno y magnánimo. Amante de la paz, cachazudo en política, podía pasar por la imagen de la paciencia. Al paso que su padre no había sido educado en el estudio de las humanidades, Hércules era casi un erudito. Cuando Alfonso, muerto León X, apresuróse a enviar a Adriano VI sus gratulaciones, envió a Roma a su hijo, que entonces tenía catorce años y que sedujo al Consistorio con un discurso en latín correctísimo. Sus facciones eran atrayentes, su estatura algo más que mediana, y bien que de carácter serio, animábase en la conversación.

En los documentos iconográficos, las facciones de Hércules aparecen con algunas variantes, pero en todas ellas resalta su ningún parecido con su padre. En las monedas más antiguas muestra una frente recta, y una nariz delgada, más o menos cóncava y prominente; el conjunto revela escasa energía. En las medallas de años posteriores (como son las Pastorinas) aparece con rostro demacrado, perfil casi abatido, expresión benévola, a veces angustiosa.

Este insignificante perfil, que reemplaza en Hércules II a las agudas líneas, y a las largas y corvas narices de sus belicosos ascendientes, habíalo heredado de su madre, Lucrecia Borgia. También por su carácter recuerda Hércules la pasiva y abúlica naturaleza de la hija de Alejandro VI, a la que recientemente se ha atribuido algo de demoniaco, debido al mágico hechizo que, sobre los nervios de nuestros modernos escritores, parecen ejercer los monstruos morales del Renacimiento. El hijo de Hércules, Alfonso II, murió sin dejar hijos y su hija Lucrecia—cuyo perfil (también de Pastorino) se parece extremadamente al de su padre—acabó sus días traicionando a su propia familia y entregando la gloriosa ciudad de sus antepasados a los legados del Pontífice. La casa de Este debió, como es sabido, su supervivencia a la rama segunda, nacida de la hermosa Laura Eustochia.

El cuadro del Prado, que es un retrato hasta las rodillas, debería acomodarse a las descripciones y al exterior de un príncipe heredero poco aficionado a los negocios. Con un padre como Alfonso podía el Príncipe abandonarse libremente a los placeres de una existencia refinada. Mas tarde hizo de su corte un Eldorado, como decía el Aretino elogiando a su *soave signore*. La mirada tiene algo de soñadora exaltación; lleva al cuello su rosario como cumplía a quien fue luego un celoso protector de cupuchinos y jesuítas. Sobre la mesa, en vez de guanteletes o papeles, se ve al mimado perrito.

Un detalle interesante es el vivo color azul del justillo. Este frío color, poco frecuente en los trajes de los retratos hechos por el Tiziano, parece que fue el color predilecto del Duque, y que por imposición suya lo escogió el pintor. El azul pasa por símbolo de la melancolía, de la amistad y de la hidalguía; azules eran el velo de Juno y el cinto de Minerva. Este color se avenía a maravilla con el melancólico temperamento de Hércules. En cambio, en las copiosas descripciones del biógrafo inglés del Tiziano (I, 190 dark coat), así como en el Catálogo del Museo del Prado, por Madrazo (núm. 452), *terciopelo negro*, no se menciona este color, lo que no deja de ser raro.

Así, pues, el verdadero retrato de Alfonso sin duda alguna se ha perdido, y probablemente, aunque no haya noticias de ello, mucho antes del incendio que sufrió el Palacio de Madrid en 1734, y que diezmó la regia pinacoteca. Pero acaso existiera en el siglo xvii, aunque con un nombre falso. En la sala del Mediodía se encuentra, en 1636 y 1686, un *Duque de Urbino*, obra del Tiziano, *con una mano sobre un tiro de artillería* (200 ducados). Se le había colocado junto al conocido *Retrato del Emperador*, de cuerpo entero, obra asimismo del Tiziano (Prado, núm. 453). Como no se tiene noticia de que el Tiziano retratase a ningún Duque de Urbino ni a ninguna otra persona con el insólito atributo del cañón, permitido es pensar que este presunto Duque de Urbino fuera el verdadero retrato de Al-

fonso que fue ofrecido a Carlos V. De ser así, el tema del cañón debió figurar ya en el retrato primitivo. Tal suposición no es aventurada. Vassari, al hablar del último retrato, menciona el cañón. Antes ya de hacerse el primer retrato había obtenido Alfonso algunos triunfos con su artillería gruesa, considerables para aquel tiempo. En el asedio de Legnago (1510) decidió la victoria un cañón colosal, llamado *il gran diavolo*. Acaso el cuadro de Módena atribuido a Dossi fuese (como también sospechaba Venturi) copia del primer retrato tizianesco. La cota de armas con el guantelete dice mejor con el cañón que el manto de piel del anciano.

El gesto y actitud del Duque son casi siempre las mismas que las de la figura principal del cuadro de *Los Embajadores de Holbein*, que figura en la Galería Nacional de Londres. También es semejante el traje. Holbein pintó al Embajador Dinteville (que también ostentaba la Orden de San Miguel) en el mismo año de 1533, en que el Emperador recibía el retrato del Duque, y el Tiziano empezaba otro nuevo para compensarle de la pérdida. El *sieur de Polizi* viene a ser una especie de antítesis pacífica del ducal artillero. Decidir si se trata de una semejanza casual, como suele ocurrir con obras que se producen en la misma época, o si existe entre ambas otra relación, no conduciría a nada.

CARLOS JUSTI

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

María Tudor.

(CONCLUSIÓN)

En 14 de Mayo de 1554 salió Felipe de Valladolid, acompañado de unos mil jinetes, lozanamente engalanados. Fueron primero hacia el Noroeste, para acercarse a la frontera portuguesa y ver a su hermana Juana, que acababa de perder a su marido el Príncipe de Portugal; cambiaron luego el itinerario para ir a dar su último adiós a su abuela, Juana la Loca, retirada en su prisión-palacio de Tordesillas, y después pasaron, ciudad por ciudad, León y Galicia. El degenerado Don Carlos, hidrocéfalo y raquítico, se fué, por su parte, camino de Santiago y La Coruña. Dispensábansele a Felipe salutations de afecto y cariñosos augurios dondequiera; pues, ¿no iba, acaso, a establecerse en otro país, rico por añadidura, lo que bastaba a imprimirle el sello de la dominación española? Así que iban ufanos aquellos hidalgos que le escoltaban; ufanos los españoles altos y bajos, que le saludaban al paso y le estimulaban en su camino; ufanos y altivos hasta los mismos lacayos con sus mercenarias libreas. Todos eran españoles, y se daban a entender que era aquel viaje una victoria.

Víspera de San Juan, Felipe fue recibido a las puertas de

la ciudad de Santiago por ciudadanos que, de rodillas, y según usanza, le presentaban las llaves de oro; y mientras él y su comitiva resplandecían de magnificencia al sol del Mediodía por las calles de la ciudad del apóstol, dos lores ingleses, Bedford y Titzwalter, sentados a una ventana, observaban a hurtadillas, velándose con sus capas, el paso de su futuro Rey. A la mañana siguiente fuéronles presentados públicamente como enviados especiales de Inglaterra. Encontrólos a la puerta de la cámara que conducía al salón principal, y al arrodillarse los dos hombres y descubrir su cabeza, descubrió Felipe también la suya y les hizo reverencia. Bedford, «grande y buen cristiano», nos dice un testigo ocular, asumió la representación del contrato de bodas y besó la mano al Rey, y otro tanto hicieron los que le acompañaban. Al dejar el aposento, un inglés dijo a otro, complacido, según parece, de las maneras de Felipe: «¡Oh! Dios sea loado, que nos envía tan buen Rey.» Y los españoles que oyeron el dicho y entendieron el inglés, sintieron harto placer de poder repetirlo a sus compatriotas. Tenían razón los enviados de estar satisfechos de Felipe, pues aunque éste, de ordinario, era mal pagador de los que le servían, mostrábase muy liberal con los que le reportaban conveniencia. El día siguiente de la presentación fué enviada a Bedford una espléndida bandeja de oro, ricamente labrada, que no tenía menos de cinco pies de larga, y de modo semejante fueron gratificados los que le acompañaban.

Al embarcar les esperaba una bella flota, a que se juntaban algunos barcos ingleses de la Marina real; y Bedford rogó a Felipe que hiciera el viaje en uno de estos últimos. Mas no se consideró esto prudente ni digno; solamente se otorgó privilegio a los ingleses de elegir ellos, entre los barcos españoles, el que había de llevar al Rey. Se decidieron por un hermoso navío, propiedad de Martín de Bertondona, que era uno de los mejores marinos de España. Cuando Felipe fué a visitar el barco al siguiente día, debió encontrarle vistosísimo, con su torre de popa y castillo de proa brillantes de oro, sus

mil gallardetes flameando al viento y dominando al conjunto el soberbio estandarte real, de damasco carmesí, de treinta yardas de largo (1). Por fin, después de muchos regocijos, fiestas y ceremonias, los heraldos anunciaron que el Rey embarcaría al día siguiente, 12 de Julio. Sería en todo la flota hasta cien navíos, bien armados, y conteniendo seis mil hombres, a más de otros tantos marineros. Al llegar el Rey a su galera de doce remeros por banda, toda guarnecida de seda y tela bordada en oro, con músicos y remeros vestidos de damasco y engaladados con vistosos chambergos de plumas, y al entrar en el *Espíritu Santo*, navío destinado para llevarle a Inglaterra, toda aquella multitud que se apiñaba en las costas, invocó a Dios y a Santiago que enviase al regio viajero en próspero y seguro viaje, para confusión de Francia. Al quinto día, una escuadrilla flamenca de diez y ocho naves, apercebida en Land's End, acompañó al Príncipe después de pasar Needles, uniéndosele algunos barcos ingleses; y un jueves, 19 de Julio de 1554, las flotas unidas anclaron en aguas de Southampton, entre los resonantes aplausos y vivas que partían de los barcos ingleses y flamencos, anclados ya allí para recibirles.

Los ingleses y flamencos no habían estado, sin embargo, en buenos términos durante su estancia en Southampton. Los oficiales tuvieron sospecha de que el Almirante de Inglaterra, Lord William Howard, andaba en maquinaciones con Francia para capturar a Felipe; y referían que había hecho mofa del Almirante flamenco, de la Chapelle, y despreciado a sus barcos, llamándoles conchas de mejillones. Al desembarcar algunos de los flamencos, los soldados ingleses los habían silbado e insultado en las calles, y cuando Felipe llegó a Southampton persistía esta falta de armonía entre ellos. Al desembarque no mejoró la cosa, pues la nobleza inglesa, de ordinario tan

(1) Los pormenores del viaje y llegada a Inglaterra pueden verse en la citada obra *The Coming of Philip the Prudent*, en *The Year after the Armada*, por Martín Hume.

pródiga, si se exceptúa a los del séquito de la Reina, se mostró tacaña y disimulada en su mayor parte. Declararon los nobles que eran harto pobres para poder recibir al Rey con grandes y costosos preparativos, y hasta hubo recelos de que una mayoría del propio Consejo de la Reina intrigaba a favor de Isabel. Noailles seguía incansable en su tarea de sembrar la alarma y el desafecto.

Bedford había referido que Felipe era mal marinero, pero que, por fortuna, el viaje había sido tranquilo, y había esperado anclado veinte horas antes de desembarcar por primera vez en Inglaterra; así se encontró dispuesto para desempeñar las instrucciones del padre y cumplir con las recomendaciones de Renard, relativas a conciliarse las simpatías de los ingleses por todos los medios posibles. Durante los tiempos de su visita a Flandes y Alemania, había ofendido a sus súbditos de estos Estados, por su frialdad de maneras y su sobriedad española; pero desde el punto en que residió en Inglaterra, todo su sér experimentó radical mudanza en este punto; pues, como se ha dicho, a los requerimientos del deber sacrificaba de grado sus gustos e inclinaciones habituales. Una multitud de nobles, designados para formar el séquito de Felipe, llegaron a bordo del *Espíritu Santo* para saludarle. Al día siguiente, al acercarse a la magnífica chalupa regia que debía llevarle a tierra, el Conde de Arundel se le acercó con la banda de honor de la Jarretiera, en nombre de la Reina.

Entraron con él, además de los nobles ingleses, un escogido grupo de la Grandeza española: Alba, Feria, Ruy Gómez, su íntimo amigo Olivares... con Egmont, Horn y Bergues; pero no se permitió a soldado de armas alguno desembarcar, bajo pena de muerte. Felipe había sabido por Renard la inquietadora desconfianza que inspiraban en Inglaterra españoles armados, y al mismo tiempo llegaron noticias del Emperador nada agradables, de haber sufrido un revés en Flandes, necesitando a toda prisa todos los soldados que habían acompañado a Felipe. De suerte, que a la flota española no le fue per-

mitido entrar en el puerto de Southampton, sino que, después de algunas tardanzas y mucho murmurar de los españoles que se creían con la prohibición ofendidos, fue enviada a Portsmouth, a avituallarse para su viaje a Flandes.

Ya en tierra, pronunció ante Felipe, Sir Antonio Browne, un discurso en latín, en el que anunciaba que la Reina había nombrado a Felipe su caballero consorte, y le enviaba en señal un hermoso caballo blanco, enjaezado de terciopelo carmesí y oro, que junto de él mordía el duro freno. El Rey hubiera preferido andar a pie la corta distancia que le separaba de la mansión que le estaba preparada; pero Browne y los señores de su séquito le dijeron que no era costumbre, y el propio Browne «le tomó en sus brazos y le puso encima de la silla del caballo; luego, besando el estribo, marchó con la cabeza descubierta al lado de su nuevo señor, hacia la Iglesia de Holy Rood». Debía el Rey ofrecer gallarda figura al pasar por entre la curiosa multitud que le sonreía y hacía reverencia, erguido y afianzado en su corcel, con su rubia barbilla y cabellera espesa, vestido de negro terciopelo y plata, con macizas cadenas de oro y deslumbradora pedrería en su pecho, en su gorra de terciopelo, cuello y puños; y lo mismo los que le rodeaban, con vistosos vestidos que encuadraban en aquel ambiente de magnificencia. Todos los guardias ingleses, arqueros y palafrenes llevaban los colores amarillo y rojo de Aragón, y los nobles de la comitiva ingleses y españoles iban esplendidamente engalanados; pero bajo la seda y la pedrería palpitaban corazones llenos de odio. A los sirvientes españoles, que en número de cuatrocientos habían desembarcado, no se les consintió ocuparse en lo más mínimo en el servicio de su señor; tal era la celosa susceptibilidad inglesa; y en el banquete público en Southampton, el día antes del desembarco, Alba, a viva fuerza, afirmó su derecho a poner la servilleta a su señor, mientras los más íntimos cortesanos murmuraban y se mofaban en voz baja del tosco servicio de los ingleses que así les suplantaban.

Durante los cuatro días de la estancia de Felipe en Sou-

thampton, mientras se trasladaban a tierra todos sus efectos, se cambiaban espléndidos regalos y amantes mensajes, casi a cada hora, entre María y su prometido. Centenares de sirvientes, galanamente ataviados, con caballos ricamente enjaezados, anillos de diamantes y cadenas de oro, llegaban de parte de la Reina en Winchester, sin que lo estorbara el continuo aguacero. El lunes 23 de Julio salió de Southampton la gran cabalgata, compuesta de tres mil individuos. Con disgusto de los españoles, el Rey iba rodeado de ingleses solamente, y en el camino se le juntaron 600 caballeros más, también ingleses, vestidos de velludo negro y adornados de sendas cadenas de oro, enviados por la Reina como cuerpo de guardia adicional; a éstos siguió, pocas millas más allá, otra embajada, también de María, constituida por seis pajes, vestidos de brocado carmesí con bandas de oro, y en otros tantos preciosísimos caballos (1). No cesaba la lluvia, y pronto hubo menester Felipe de su manto de fieltro para preservar de la humedad su jubón de terciopelo negro y sus calzas de raso blanco bordadas en oro. Tan empapado iba, en efecto, que se hizo necesario hacer alto en Saint-Cross para cambiar sus vestidos por otros igualmente apropiados a las circunstancias, de gran riqueza, y que consistían en jubon de terciopelo negro con alamares de oro y sobrevesta de raso. Y así vestido él y su comitiva, fueron a la señorial basílica de Winchester a oír misa, y de allí a la casa del Deán, que estaba al lado, y era la destinada al alojamiento del Príncipe.

Aquella noche, a las diez, después de haber cenado, llegó el Conde de Arundel y díjole que la Reina le aguardaba en el palacio del Obispo, al otro lado de la Catedral. Cambió una vez más sus vestidos; esta vez vistió cordobán blanco, guarnecido de bordado de oro; y con un pequeño grupo de nobles ingleses y españoles cruzó la estrecha callejuela que hay entre los dos

(1) *The Coming of Philip the Prudent*, en *The Year after The Armada*, por Martín Hume. Felipe mismo había hecho llevar a Inglaterra 600 sementales andaluces para mejorar la cría de caballos ingleses.

jardines, y entró en el del Obispo por una puerta del muro (1). Una escalera privada daba acceso a la habitación de la Reina; allí vió entonces Felipe a su prometida por primera vez. La habitación era una galería larga y estrecha, en que Gardiner y otros consejeros se reunían anteriormente; al entrar Felipe, la Reina se paseaba con impaciencia. Estaba, como de ordinario, magníficamente ataviada, con muchas joyas sobre su vestidura de negro torciopelo, alto talle y basquiña de argentada labor. Cuando sus ojos se fijaron en el que había de ser su marido, volvióse rápidamente hacia atrás y besó su mano antes de tomar la de él. Felipe dióle galante beso en la boca, según la usanza inglesa.

De la parte de ella, al menos desde el primer momento, fue todo amor. La pobre dama, famélica de amor toda su vida, traicionada y vejada por los que más obligados estaban a mostrarle rendimiento, dotada de un espíritu reconcentrado en sí misma, había encontrado al fin en aquel joven, hermoso, apuesto y diez años más joven que ella, un sér a quien amar sin temor ni falta. Él examinaba el enlace con perfecto espíritu de sacrificio, pues significaba la victoria de la causa a que se habían consagrado él y su padre. Significaba, tarde o temprano, el aniquilamiento de Francia, la extirpación de la herejía y la hegemonía de España en Europa; y aun cuando María no fuese bella, era galán caballeresco, y, decidido a ofrecerse en sacrificio por la causa, se condujo de la más amable manera. Sentados bajo el dosel se hablaban los amantes amigablemente, él en español y ella valiéndose del francés, y tratando de enseñarle algunas palabras inglesas.

El día siguiente trajo nuevos cambios de espléndido vestir, tocando en esta ocasión ropas de grana y oro. Fue aquel mismo día la recepción pública de Felipe por su futura esposa, en el gran salón del Palacio. Allí, en el trono nacional, se

(1) Aunque el palacio está en ruinas, subsiste la puerta de la pared del jardín.

prometieron los novios, bebiendo en la misma copa de vino. Los cortesanos españoles se mofaban de todo lo inglés, y los ingleses ponían mala cara a los españoles. En el día de Santiago, santo patrono de España, la antigua catedral estaba deslumbrante de vívidos colores. Toda la pompa a que la riqueza podía bastar, o el capricho ordenar, debía honrar aquel casamiento que, por las apariencias, iba a decidir de la suerte del mundo por espacio de varios siglos. La Reina, según se cuenta, despedía tal brillo de sus joyas, que cegaba a quien la contemplaba, según estaba en su trono junto al altar, con su larga cola de paño de oro sobre el vestido de negro vellorí, tachonado de pedrería. Felipe llevaba un manto por el estilo, también cubierto de piedras, sobre cuerpo de raso blanco, que casi desaparecía bajo la multitud de cadenas y joyeles. Sobre un tablado erigido en medio de la nave, Felipe y María fueron desposados por el Obispo Gardiner, que, inmediatamente después, anunció a la concurrencia cómo el Emperador había transferido a su hijo el título de Rey de Nápoles.

En el festín de bodas, que tuvo lugar en el palacio del Obispo aquella tarde, María ocupó lugar preferente al de su esposo. Sentóse en el trono más alto y comió en vajilla de oro, mientras a Felipe se le servía en vajilla de plata; los españoles fruncían el entrecejo a la idea de que su Príncipe pudiera ser en ninguna parte el segundo. La opulencia sólida y la abundancia de todo producía estupefacción en los españoles, tanto en el banquete como en el baile y cena que se siguieron. Pero cuanto mayor era la riqueza del país, más grande era su disgusto, pues ya se empezaba a murmurar que el sacrificio de su Rey iba a ser vano. Felipe, en fin de cuenta, no iba a ser el dueño de Inglaterra, y habría menester de convocar Consejos siempre que tuviera que recurrir a la riqueza de los ingleses. Lejos, decían los cortesanos, de ser aquí el señor, ha de bailar al són que le toquen los ingleses: ha de ceder a los caprichos y prejuicios de ellos, en vez de conformarse éstos a los de él, como convendría a vasallos. Por su parte, los ingleses estaban

igualmente malhumorados ante las terroríficas predicciones de los agentes franceses. Durante el viaje de la real pareja a Basing, Windsor, Richmond y Londres, se iba empeorando cada vez más la situación.

Felipe y Renard hicieron cuanto pudieron por suavizar estas susceptibilidades. Todos los actos de clemencia eran ostentosamente asociados al nombre de Felipe, y el Rey se superaba a sí mismo en pruebas de amabilidad y generosidad (1). María, entretanto, estaba satisfechísima de su joven marido, que fue con ella amable y caballeresco, como lo fue también con sus otras mujeres. «Sus Majestades—escribe un cortesano español—son la pareja más feliz del mundo, y están tan enamorados el uno del otro, que no se podría encarecer bien. El no la deja nunca, y cuando van de camino siempre marcha a su lado, la sube a la silla y la ayuda a apearse. Come con ella algunas veces públicamente y van juntos a misa todos los días festivos.» Continúa el mismo escritor: «Estos ingleses son la gente más desagradecida del mundo, y aborrecen a los españoles más que al diablo. Los roban aun en medio de la ciudad, y ninguno de los nuestros osa ir una legua fuera, por miedo a ser insultado. No hay la más mínima justicia para nosotros. Se nos ha ordenado de parte del Rey evitar disputas y resignarnos a todo mientras estemos aquí, sufrir todos sus insultos en silencio... Hásenos dicho que debemos tolerar cuanto se nos haga, por amor a Su Majestad» (2).

Los nobles españoles eran insultados descaradamente en las calles y los sacerdotes apedreados en las iglesias. Mas no era

(1) Bien sé que esta mi afirmación es contraria a la mayor parte de los historiadores ingleses, especialmente de Mr. Froude. La evidencia en favor de la mía resalta de cuanto sobre ello se dice en mi ensayo *The coming of Philip the Prudent*, en *The Year after the Armada* y en otros ensayos históricos. Mr. Froude y sus predecesores se basaban en los relatos, absolutamente infieles y fingidos, enviados a Francia por Noailles, así como en la versión hostil del agente veneciano.

(2) *The Coming of Philip the Prudent*.

esto lo peor. Lo que envenenaba más la cosa era que la convicción de que todo iba a ser inútil iba en aumento. En lugar de un pueblo sumiso y dispuesto a doblar la cerviz ante el nuevo Rey y sus compatriotas, encontraban los españoles un país en que el poder del soberano estaba estrictamente circunscrito, en que la única esperanza de dominación estribaba en la fuerza de las armas. «Este casamiento sería, a la verdad, un fracaso, si la Reina no tuviera sncesión—escribe uno de los chambelanes de Felipe.—Se nos había dicho en Castilla que si Su Alteza llegaba a ser Rey de Inglaterra, nos haríamos dueños de Francia...; pero en vez de esto, los franceses están más fuertes que nunca y hacen cuanto les parece en Flandes. Los Reyes aquí tienen tan poco poder como si fueran súbditos; los que realmente gobiernan son los consejeros, que mandan en el Rey... Dicen claramente que no permitirán a nuestro Rey marchar hasta que ellos y la Reina lo determinen, pues el país es suficientemente bueno para satisfacer a cualquier Rey.»

Mas Felipe porfiaba, ganando ascendiente sobre su mujer e influyendo poco a poco en los consejeros con dádivas y mercedes (1). Las cincuenta horcas que subsistían, como otros tantos testimonios muertos del partido de Wyatt, fueron, por orden del Rey, quitadas de las calles, y las calaveras de los más peligrosos revolucionarios también se hicieron desaparecer del

(1) Escribía Ruy Gómez desde Richmond, en 24 de Agosto de 1554, a Eraso: «El Rey trata a la Reina óptimamente, y sabe muy bien prescindir de lo que no es bueno en ella para satisfacer los sentidos. La tiene tan contenta que, cierto, el otro día, que estaban los dos solos, parecía que ella hacía el amor a él, y el Rey la contestaba en igual modo. En cuanto a esos caballeros (es decir, los consejeros ingleses), su conducta para con ellos es tal, que confiesan no haber habido nunca en Inglaterra Rey que tan pronto haya conquistado los corazones de todos.» (Mss. Simancas. Estado 808.) En Noviembre de 1554, Gonzalo Pérez escribía a Vázquez: «Los ingleses están ahora tan corteses, que apenas lo creería Vuestra Merced. Las benignidades y larguezas que han recibido y reciben del Rey ablandarían las piedras. La Reina es una santa, y creo que Dios ha de ayudarnos por causa de ella. (Ibidem.)»

Puente de Londres, de modo que a la triunfal entrada de Felipe y María en la capital no estorbara ningún mal recuerdo; pero aunque Londres era fiel a María, odiaba a los españoles más que ninguna otra ciudad del reino; y la muchedumbre, que aclamaba a la Reina efusivamente cuando, en 18 de Agosto, iba con su marido en toda pompa desde Southwark a Whitehall, pasando por la City, daba oídos y asenso a los rumores bárbaros y necios de que un gran ejército de españoles venía a apoderarse de la corona de Inglaterra; de que un fraile español sería nombrado arzobispo de Canterbury; que el tesoro inglés iba a ser trasladado de la Torre a las arcas del Emperador, y otras muchas cosas de este jaez que divulgaban los agentes franceses. Así que, los pocos que mostraban rostro amable al Rey, dejaban de parecer gozosos al paso de sus súbditos. Magníficas galas decoraban las calles, y se recitaban salutations pomposas al Rey y a la Reina por niños vestidos de ángeles; porque la Corporación de Londres había recibido exhortaciones de que no omitiera ningún signo oficial de benévola recepción. Pero para mostrar cuánta susceptibilidad había en la Corte y en el pueblo, se cuenta el suceso siguiente:

Se habían pintado en una decoración de la calle de Grave Charch figuras de reyes, uno de los cuales, Enrique VIII, tenía en la mano una Biblia con el lema «*Verbum Dei*». Gardiner, al verlo, entró en furia, pensando que con aquella representación, completamente inocente, se pretendía insultar la idea católica de la Biblia, y, lleno de rabia, mandó llamar al pintor, a quien amenazó con toda clase de castigos.

La paciencia de Felipe fue destruyendo poco a poco todo aquel recelo que contra él se sustentaba. Se pudo ver que adonde su poder alcanzaba se sentían benignos efectos; aunque no se entendía, claro está, que aquella moderación formaba parte del plan profundo del Emperador para adquirir omnímoto poder en la política inglesa. La posición de María era entonces más difícil. Estaba profundamente enamorada de su marido, y deseaba con ardor el engrandecimiento de España, que vendría

a ser el triunfo del catolicismo sobre la herejía y la seguridad de ella en el trono; pero era una Reina inglesa, determinada si podía a gobernar para bien de su pueblo y estrechar la paz con Francia, más bien que meter a su nación en guerra. Cuando Noailles visitó a María para ir a darle sus insinceras felicitaciones por el casamiento que él había procurado estorbar, la Reina le aseguró que su amistad con Francia seguía inalterable, y Felipe, inmediatamente después, añadió su seguridad de que mantendría intactas todas las alianzas contraídas por Inglaterra si para el bien de Inglaterra servían (1).

Después se había hecho comprender a Polo que la restitución plena de sus propiedades a la Iglesia de Inglaterra no había de ir muy aprisa, pues esto originaría la revolución; permitiéndosele venir a Inglaterra como Legado, y el país se reintegró de nuevo al seno de la Iglesia formalmente en Noviembre de 1554.

El mismo día en que Polo llegó, se anunció oficialmente que la Reina estaba encinta; y todos los ingleses, y aún más, los españoles, estimaron aquello como un favor especial otorgado por el cielo. Para Felipe y su padre, importaba mucho ello; porque si nacía un hijo, la influencia de España sobre Inglaterra sería completa por siglos, tan duradera al menos, que bastase a la gran tarea de la unificación de la fe. Este interés, aun anticipadamente, fue utilizado por Felipe, pues durante las fiestas y regocijos que motivó la noticia propuso a sus oradores en el Parlamento que hablaran de la conveniencia de enviar un contingente de fuerzas al Emperador, que estaba en guerra con Francia, y de la consignación que en él había de recaer como Regente de Inglaterra, si el esperado niño sobrevivía a la madre. El celo de Bruner y Gardiner dió con estas cosas en tierra. Habían empezado ya su calamitosa obra de persecución religiosa, y que, acarreado naturalmente una reacción contra España, obligó a la Reina a disolver rápidamente

(1) *Ambassades de Noailles*, vol. III. Leyden, 1760.

te el Parlamento antes de que se expusieran las proposiciones de Felipe.

No sólo era Felipe opuesto personalmente a las persecuciones en Inglaterra, que bien veía el daño que hacía a sus fines, sino que intimó a sus capellanes que denunciaran públicamente la política proseguida por los obispos ingleses. Renard deploraba sinceramente, en sus cartas al Emperador, este exceso de celo de los eclesiásticos ingleses, cuya única idea era, por lo demás, servir a la Iglesia y no a la política de España. Seis meses estuvo Felipe en la brecha luchando contra la marea creciente de las persecuciones; pero su padre sufría impaciencia porque se hiciera cargo de los asuntos de Flandes. Una pesadez mortífera le iba minando, aunque no era aún viejo, como había sucedido a otros individuos de su familia; y ya hacía tiempo que venía pidiendo a su hijo que fuera a aliviarle de sus cargas. Felipe había esperado semana tras semana, con siempre fallida ilusión de que la promesa de descendencia de María se cumpliera; pero al fin, la misma infeliz Reina había acabado por no creer más, y su marido ya no podía alargar el plazo de su partida. En Agosto de 1555, se ordenó que cesaran las rogativas al Todopoderoso por el feliz nacimiento de un príncipe, y el designio espléndido del Emperador y su hijo de asociar la Inglaterra y sus tesoros a su campaña contra Francia y la herejía, fue reconocido como un fracaso.

La convicción de su esterilidad tardó mucho en imponerse al ánimo de María, pues había rogado con tanto anhelo le fuera concedida la maternidad, que apenas podía creer que el cielo la abandonaría de esta manera. En su opinión, un hijo nacido de ella y Felipe habría hecho a Inglaterra, como ella decía, católica y fuerte para siempre, y cuando la amarga verdad hubo de ser admitida, cayó la Reina en la desesperación mortal, aumentada por la certeza de que su esposo amado, si bien se portaba con cortesía y consideración con ella, había de dejarla con el reconocimiento tácito de que su matrimonio había fracasado en el objeto principal. Anhelaba María estable-

cer la paz entre Francia y la nación de su marido. Sabía que la intriga francesa fomentaba activamente el movimiento revolucionario en Londres y en otras partes; que con dinero francés se pagaban multitud de folletos y publicaciones bufonescas contra ella y su fe; y que si no se hacía pronto la paz o se atajaba la agitación, había de lanzarse su país en la guerra o peligraría su trono. Pero sus esfuerzos en pro de la paz encontraban poca ayuda en Francia, pues cada paso que consolidara su posición y diera tiempo a españoles e ingleses para vivir en armonía bajo una ley, significaba la ruina de Francia; y el Consejo de María, y ella misma, aunque con más repugnancia, se vieron obligados a adoptar otra táctica y atacar de frente todo conato de rebeldía contra su poder.

La quemazón de los libros heréticos y sediciosos, entre ellos el libro de oraciones de Eduardo VI, no fue más que el prelude de la quema de personas, y Renard anunció al Emperador que medio año antes de la salida de Felipe de Inglaterra empezaría el holocausto. Poco importa que las persecuciones fueran religiosas o políticas—los apologistas de María y de Isabel se esfuerzan respectivamente en probar que sus víctimas eran delincuentes políticos, y esto es cierto mirando a la letra de la ley;—mas era evidente para Felipe y su padre que, cualquiera que fuese el pretexto para justificar la muerte de ingleses por el Consejo de María, las persecuciones no harían sino aumentar el odio contra España, y dificultarían el empleo de la ayuda inglesa contra Francia. Pero, a pesar de ello, Carlos no podía esperar más por su hijo, y a toda prisa ordenó que se presentara en Flandes.

Felipe acompañó a su mujer en pompa por Londres desde Hampton Court a Greenwich (1), para verificar su despedida, y allí la excitó a moderarse en los castigos, como también lo encargó al Consejo. María era también amable y benigna, pero

(1) Se había anunciado y creído, generalmente, que María había muerto, y los ciudadanos se regocijaron al verla en litera descubierta con Felipe y Polo cabalgando a sus lados.

de la estirpe de los Tudor, y vivía en una edad en que la vida del individuo se consideraba como nada ante la seguridad del Estado constituido. Además, los consejos de moderación provenientes de Felipe de España, patrocinador de la Inquisición, poca fuerza podían tener; aunque en tales circunstancias eran sinceros, pues Felipe era ante todo hombre de Estado, y la persecución en Inglaterra en aquel tiempo era contraria a su política. En todo caso, no se despidió Felipe de su esposa sin hacer cuanto estuvo de su parte para remediar las cosas. Quedó María desolada con su partida, que tuvo lugar en 29 de Agosto de 1555; mas se esforzó en parecer serena ante los espectadores de aquel cuadro. Con fuerte abrazo le despidió, y fué a buscar la soledad a un aposento desde cuyas ventanas se veía el Támesis. En tanto que la embarcación que llevaba al Rey a Gravesend seguía visible, los ojos de María, anublados en llanto, le seguían con enamorado afán; mientras Felipe, cortésmente continuaba agitando su mano y levantando su chambergó de plumas hasta que un recodo del río impidió verla más.

Renard había dicho la verdad. Aún no se había ido Felipe, cuando empezaron a encenderse las hogueras. Hooper, Rogers, Saunders y Taylor fueron abrasados dos semanas después: luego Riddley, y Latimer poco tiempo más tarde, para ser seguidos a los pocos meses de Cranmer y otros menos distinguidos. Gardiner, primer Ministro de María y su único consejero capaz, murió en Noviembre, precisamente en la ocasión de abrirse el Parlamento; y luego con Polo, eclesiástico en realidad extranjero, como su único guía, con el Consejo dividido, y ella misma cada vez más abatida, cayó María cada vez más abajo en la impotencia. Felipe había ordenado, antes de partir, le fueran remitidas copias de todas las reuniones del Consejo; pero vió pronto cuán difícil le era regular las acciones de los Ministros en provecho de su política, desde tan lejos; pues como al poco tiempo pidiera barcos ingleses para combatir contra Francia, halló al Consejo de la Reina tardo en la res-

puesta y no nada propicio; prometiéndosele que lo más pronto posible se enviaría para guarnecer el Canal. Esto no convenía a Felipe. Los barcos habían de ser aparejados prontamente y despachados; no a Dover, como había prometido el Consejo, sino a Portsmouth, para defender el paso del Emperador a España. Esto no eran sino primicias de la boda; lo que realmente necesitaba (y era ya el único beneficio que podía sacar de su casamiento), era que una Armada inglesa estuviese pronta, cuando él lo mandase, a lanzarse sobre Francia. La frialdad del Consejo inglés y sus continuas negativas a las proposiciones de María de darle la Corona matrimonial de Inglaterra cambiaron pronto la actitud de Felipe, y la suavidad con que tan singularmente se había hecho conocer en Inglaterra cedió la vez a aquella su habitual y seca altanería para con los ingleses que antes le había malquistado con los flamencos.

Había encontrado a su padre en el último grado de abatimiento espiritual y físico. Todo le había salido mal, y la pesadez de su tarea, más lejana que nunca de su fin, era mayor de lo que podía nadie soportar. «La fortuna»—decía él—es una cortesana que guarda sus favores para los jóvenes»; y así había determinado transmitir al joven Felipe su poderosa misión de unificar al mundo en la fe cristiana, como medio para alcanzar el predominio español. En Octubre de 1555, escena quizá la más dramática de la Historia, entregó Carlos a su hijo la soberanía de Flandes; y en 16 de Enero de 1556, la Junta de los Grandes de España, en el gran salón del Palacio de Bruselas, reitera el vasallaje de las históricas Coronas de Aragón y Castilla a Carlos V, en pro de su amado hijo único. La desdichada María Tudor fue desde aquel día Reina de España, como lo era antes de Inglaterra. Este título era vano para ella, aunque, por amor de su madre y por sí misma, quería a aquel país que fuera el único en ayudarla durante los días de sus tribulaciones, porque el nuevo estado de Felipe contribuiría a tenerla separada de él más que nunca. Felipe había prometido fielmente volver, y sus cartas repetían la promesa a cada momento. En cierta

ocasión, en que él estaba enfermo, envió María un propio a saber de su salud, pues vivía en zozobra. No era de importancia la indisposición, y ella fue debida a algún exceso que sobre la vida de cada día se permitió Felipe; tranquilizaba, pues, a su esposa y prometía el próximo regreso. El propio inglés, alborozado con estas noticias, dijo a algunos de los caballeros de Felipe que, aunque le llenaban de satisfacción las buenas noticias que podía llevar a la Reina, se guardaría muy bien de informarla sobre el hecho de que S. M. se había expuesto dos veces con aquel terrible tiempo que entonces hacía, ni de que hubiera danzado en unas fiestas, pues la Reina estaba muy alarmada siempre, y vivía tan acuitada por él, que se afligiría mucho (1).

Pero Felipe seguía sin volver, y pronto volvió a recaer María en desesperación al llegar órdenes de Bruselas, mandando que la nobleza y séquito del Rey en Inglaterra se pusieran en camino para España. El pueblo inglés siguió a la corte española, con placer, hasta el puerto, pues el temor de que sobreviniera la guerra era entonces más fuerte que nunca; pero para la Reina aquella partida fue golpe tremendo, pues ello significaba que su marido no volvería a vivir en Inglaterra. Pocos meses después, a principios del 1556, se rompió la alianza del Papa y del Rey de Francia contra el Emperador y Felipe, a causa de haberse formalizado una tregua entre éste y el de Francia, y por algún tiempo pareció que la situación mejoraba para María; pero en el verano de aquel año, la guerra con Francia empezó de nuevo, y Felipe se encontró frente a frente de una poderosa coalición del Papa, Francia y el Turco, o lo que es lo mismo, la guerra contra media Europa, y era entonces la precisa ocasión en que Inglaterra debía ayudar a España. Felipe escribía incesantemente, dando prisa al Consejo para que se le uniera en su guerra contra Francia; pero el

(1) Badoero al Dux: *Papeles de Estado de Venecia*. 15 de Diciembre de 1558.

Consejo contestaba con evasivas. La Reina se consumía en tristezas y disgustos, y trataba de hacer todo por agradar a Felipe. También ella tenía su resentimiento propio contra Francia, pues Noailles y su señor no habían dejado piedra que poner para estorbarla en su camino desde que subió al Trono. Pero su Consejo, y más sus súbditos, consideraban esto como un efecto de su matrimonio con el Rey de España, y sólo les importaba evitar la participación de Inglaterra en una contienda en que se ventilaba, principalmente, el dominio de España en Italia. María, además, estaba en la pobreza más angustiosa, por haberse resuelto firmemente a sancionar medida alguna que reintegrase a la Iglesia los diezmos y primicias; y los empréstitos obtenidos a la fuerza, de las clases pudientes, que sin razón se atribuía a obra de españoles para los fines de su campaña, había causado profundo descontento en el país.

Era evidente que nada se podía lograr de parte de Inglaterra para proyectos de España, a menos de realizar algún esfuerzo particular. Felipe se veía obligado a tomar el asunto sobre sí, e influir personalmente. El gozo de María, al saber que vendría, fue patético en alto grado, por más que Polo le avisara, como había ocurrido otras veces, de que Felipe no podía volver. La esperanza de ver a su marido pareció infundirle nueva vida y animación. Recorría todo Londres, visitaba a Polo en Lambeth y realizaba cuanto podía para conciliarse su voluntad. Desde entonces en adelante, durante muchas semanas, mientras el viaje del Rey estaba pendiente, el Consejo inglés tenía sesión casi día y noche, y no cesaban de ir y tornar correos de Londres, Bruselas y París (1). Los franceses reforzaban sus tropas alrededor de Calais y de Guisnes, y todo amenazaba una guerra entre Inglaterra y Francia, en cuanto Felipe así lo intimara.

El Rey desembarcó en Dover, en 18 de Marzo de 1557, y

(1) Michaeli, legado veneciano (*Calendario de papeles de Estado venecianos*), menciona una jornada extraordinaria de un correo por este tiempo, que fué de París a Londres en veinticinco horas.

otra vez su altanera frialdad dió lugar a signos de amabilidad para cuanto era inglés (1). Con gran placer de la Reina invirtió dos días en calma con ella sola en Greenwich, y luego la acompañó a caballo de Londres a Whitehall, yendo ella en litera. El recibimiento de los ciudadanos fue cortés, pero frío; pues aunque Felipe no era personalmente impopular, la idea de ir en guerra contra Francia por querellas de otra nación, era desagradable en extremo para los ingleses todos. Lo que complicaba la situación infinitamente era saber que Felipe estaba en guerra con el Papa—aquel enemigo capital violento de su casa y nación, el Cardenal Caraffa, Pablo IV,—y Polo, legado suyo, no podía ni aun tratar con el Rey, cuanto más secundar como Ministro una guerra contra el Pontificado de parte de Inglaterra. María también se encontraba solicitada entre su devoción a la Iglesia y su amor al marido. Su plan, como el de su Consejo, era ayudar con un contingente de tropas inglesas a Felipe, sin declararse en guerra nacional, y esto, según el tratado entre Carlos V y Enrique VIII, ya Felipe tenía derecho a reclamarlo, siempre que él fuera atacado por Francia.

Pero el Rey exigía más del país de su mujer de lo que le hubiera bastado a no haberse casado con ella, y así le daba priesa igual que al Consejo sobornado para que le concediesen mucha más ayuda de la que le ofrecían. Por fin triunfó en este punto, aunque se acordó que no habría declaración de guerra contra Francia, y sólo sí empleo de fuerzas inglesas para defender a Flandes y al territorio de Calais. Mandaríase 8.000 hombres de a pie y 1.000 de a caballo, y una flota inglesa con 6.000 combatientes, la mitad a costa de Inglaterra y la otra mita a cargo de Felipe.

Acordado en esta forma, Francia atacó la primera, pues

(1) Refiere el mensajero flamenco Courteville que en su viaje a Canterbury entró en la catedral con espuelas, cosa prohibida; y siéndole reprendido por un estudiante, pagó Felipe la multa, vaciando el oro de su bolso en la gorra del estudiante.

conveníale evidentemente mostrarse en guerra franca, lo que le daba motivo para adoptar represalias en las costas de Escocia, mejor que combatir a contingentes ingleses al servicio de Felipe. Los protestantes ingleses desterrados en Francia fueron para ésta un gran subsidio. El temerario Stafford y la multitud de jóvenes insensatos que le seguían zarparon de Dieppe para Easter Sunday, con intento de apoderarse de la Corona misma de Inglaterra. Stafford capturó a Scarborough; pero él mismo fue apresado y pagó con la vida su tentativa. Aquel suceso conducía a un laberinto sin salida, porque los rebeldes habían partido de Francia, y el Rey francés los había ayudado, claro argumento de su enemistad. En 6 de Junio de 1557 declaróse, pues, la guerra entre Francia e Inglaterra, y Felipe, al fin, veía algún efecto de su matrimonio con la Reina inglesa. Odiaba él la guerra, y sus procedimientos no eran en lo más mínimo de Príncipe belicoso; pero la mejor coyuntura para asegurar la paz duradera consistía en mostrar su fuerza, mientras su influencia sobre la de Inglaterra se mantuviese, y se comprendía, en vista de la salud precaria de María, que esto no había de durar mucho.

A principios de Julio, Felipe caminaba por última vez de Gravesend a Dover por Canterbury, yendo al lado suyo en litera su mujer enferma. En 3 de Julio se despidió de ella a punto de embarcar en el bote que le había de conducir al galeón que aguardándole estaba. María, con la muerte en su corazón, volvióse de espaldas al mar, y fuese desolada a su mansión de Londres.

Los ejércitos congregados en Flandes, al mando del ilustre soldado Manuel Filiberto de Saboya, contaban hasta 50.000 hombres, y el ejército francés, acaudillado por Montmorenci, apenas llegaban a la mitad. Saboya empezó la campaña con varias escaramuzas rápidas que desconcertaron a los franceses, y luego súbitamente asaltó a San Quintín, en donde Coligny, con 1.200 hombres, se disponía a alojar antes que Saboya entrase. Encontrándose cogido en el lazo, pidió Coligny a

Montmorenci viniera en su socorro. Salió fallida la primera tentativa, y en 10 de Agosto, la mayor parte del ejército francés hizo un esfuerzo desesperado para entrar en la ciudad por lanchas sobre el Somme. No pudo ser, y las fuerzas de Montmorenci se vieron sorprendidas y tomadas por la estrategia superior del de Saboya. Dióse la orden de retirada demasiado tarde, convirtiéndose en verdadera desbandada de las tropas francesas. Seis mil franceses fueron muertos, y muchos más hechos prisioneros, con toda la artillería y el mismo Montmorenci, sin que quedara fuerza alguna entre las tropas victoriosas de Manuel Filiberto y las tropas de París. Felipe estaba en Cambray cuando se dió la batalla; y si hubiera sido guerrero, como su primo Saboya o como su mismo padre, hubiera conquistado la capital y tenido la Francia a sus pies. Pero, hízose sordo a las instancias de Saboya, y perdió aquella coyuntura, como otras tantas de su vida, por exceso en la deliberación. Cantáronse *Te Deums*, se prometieron ofrendas votivas, se echaron a vuelo las campanas, pero Felipe no adelantó un paso más. San Quintín estuvo en poder de españoles no más de quince días. Entregáronse al saqueo, asesinato y pillaje las bandas mercenarias de Felipe, y al desenfreno más horroroso, a despecho de las ordenanzas severísimas, no sin grande horror suyo, cuando comprobó tal relajamiento de la disciplina; mas luego, y a causa de aquella su demasiada deliberación que le perdía, acuarteló mansamente sus tropas en el territorio conquistado, en vez de llevar adelante sus victorias.

Los tudescos, descontentos con la parte que les cupo en el botín, agraviáronse y desertaron por millares; y los españoles declaraban que no se sentían con tripas para combatir delante de San Quintín. No animaba a sus corazones la guerra, porque nada les iba en ella, y otra cosa no demandaban sino tornar a sus hogares. En Londres, cuanto se hizo para festejar la victoria de San Quintín, obra fue de la Reina. Quemáronse pirotecnias en las calles, circuló la bebida profusamente, y Polo, en nombre de su Soberana, felicitó a Felipe, entendien-

do ser su triunfo una señal del favor divino; pero el pueblo no había menester ganar batallas en provecho ajeno, y así se negó a mostrar contento. Felipe, como de ordinario, estaba apurado de dinero, y antes que retener el insubordinado contingente de tropas inglesas durante el invierno, prefirió acceder a sus deseos, licenciándolas.

Mientras las fuerzas de Felipe se iban así desvaneciendo, a causa de su inercia, el brioso ejército francés, acaudillado por Guisa, que combatía contra los españoles a las puertas de Roma, fue reclamado repentinamente por Enrique II a la frontera de Flandes.

El Papa se había visto obligado a pactar con Alba, y se retiró de la guerra, dejando los mayores contrarios frente a frente. La fortaleza inglesa de Calais había sido desamparada, y al declararse la guerra, Noailles, de vuelta para Francia, insinuó que con gran facilidad podía tomarse. Guisa y su ejército de Italia aparecieron súbitamente ante la fortaleza, y capturaron el fuerte de Rysbank, en la isla arenosa que forma el puerto de Calais. Estas noticias llegaron a María al día siguiente (4 de Enero de 1558), a la sazón en que la Reina concebía nuevamente esperanzas de sucesión; y las recibió valientemente, despachando al punto socorros para reforzar la ciudad sin perder un día. Ordenósele a Lord Pembroke reclutar una fuerza de 5.000 hombres y pasar a Dunkerke, ciudad del dominio de Felipe. Pero antes de que estuvieran prontos, la situación de la plaza atacada había empeorado enormemente, trabajando la traición dentro y fuera de la fortaleza de Calais. Lord Grey de Witton, en Guisnes, estaba también apurado. «Mándesenos auxilios—decía.—Los he esperado de fuera de Inglaterra y Calais, y no sé cómo hacer para conseguir hombres y vituallas. Ahora no quedan ni unos ni otras para socorrer a Calais y las demás plazas de Vuestra Alteza, sino se nos envía alguna fuerza de Inglaterra mismo o de las tropas del Rey Católico.» El primer intento de asalto a la ciudadela de Calais fue fallido; pero pocos días después vino un gran golpe

de artillería para abatirla. Wentwort, su Gobernador, y Grey, el de Guisnes, enviaron mensajes a Felipe para asistirle; pero el tiempo urgía, y no se pudo improvisar fuerza suficiente para atacar a Guisa. Felipe, desde el principio, había ponderado a los del Consejo inglés la necesidad de ayudar a Calais; pero, como hemos visto, estaban agobiados, sin dinero y sin un jefe capaz. Calais fue abandonada a su destino, y en 8 de Enero de 1558 se entregó voluntariamente la plaza a los franceses. Pocos días más tarde cayó Guisnes también, y el último estribo de Inglaterra en Francia se perdió para siempre.

Tan pronto Guisa se hubo acercado a Calais, Felipe instruyó a su valido, el Conde de Feria, para que a toda prisa fuera a Inglaterra a buscar socorros con urgencia. Antes de partir, ya había sucumbido Calais, y al llegar a Durkerke para embarcar, supo lo de la pérdida de Guisnes; por lo que difirió su embarque para otro día, con el fin de no ser portador de malas noticias. El anuncio de los desastres ingleses había retumbado como un trueno en los oídos de María y sus muñidores; pero no fue para María causa de tanto abatimiento, porque aún esperaba que Dios la enviase un hijo, que haría cambiar el curso de los sucesos para bien. «Quisiera—decía—tener la cabeza de cualquiera de sus consejeros que se atrevían a hablar de paz sin la restitución de las fortalezas conquistadas, y ya se vería cómo Iglesia y pueblo abrirían sus arcas para suministrar recursos con que vengar el honor inglés y proteger el suelo de su Nación.

Feria llegó a Londres en 26 de Enero, y ya había dejado de subsistir la primera causa de su viaje con la toma de Calais. Vió a María en seguida, y la encontró animosa y esperanzada, deseosa de todo cuanto pudiera agradar a su marido, aunque dudaba de la buena voluntad de su Consejo. Dos días después, Feria encontró al Consejo en el palacio de Polo, y expuso las peticiones de su señor. María había dicho al Embajador que tanto el Consejo como el pueblo murmuraban que la guerra era sola incumbencia de Felipe, y pensaba que

sería menester grande audacia para deshacer esta objeción, antes que los Consejeros la utilizaran. Los Consejeros oyeron cortésmente el mensaje del Rey, y reconociendo que en principio estaban conformes con las ideas del Rey Felipe, que eran las de la Reina, pidieron tiempo para meditar la respuesta. Un día o dos después, el Consejo visitó a Feria, y fue el Arzobispo Heath el encargado de comunicar la respuesta. Estaba redactada en lenguaje sumiso hacia Felipe, y, en suma, iba llena de lamentaciones y desengaños. Lejos de poder enviar por los mares tropas de auxilio, estaban ellos necesitados de gente que defendiese el país. Las costas y la isla de Wight estaban a merced de los franceses, y, en especial, las de Escocia amenazadas ya de una invasión. Pero si el Rey Felipe les enviaba tres mil mercenarios alemanes, cuyo sustento podría correr a cargo de Inglaterra, se les acuartelaría en New Castle para proteger la parte Norte, y entonces ellos armarían en el Canal cien navíos con fuerzas suficientes, algunas de las cuales podrían emplearse, caso de necesidad, en servicio de Felipe. Feria declaró entonces que los cinco mil ingleses que había visto en Dover, prontos a embarcar, eran un hato de canallas, inútiles para soldados, y que él y su señor convenían en que nada de provecho podía esperarse de Inglaterra en auxilios de hombres que combatieran a servicio de extranjero.

«El país está en tales condiciones—decía Feria,—que si un centenar de enemigos desembarcaran, harían cuanto les viniera en gana» (1). Apoderóse el desasosiego de todas las clases en Inglaterra, a causa del disgusto que producía una guerra en provecho de España, y por las noticias inquietantes sobre la salud de la Reina. Según cuenta Feria, desde la caída de Calais no iba a la iglesia la tercera parte de las personas que solían antes concurrir; y cuando en conversación con la Reina le contaba el Embajador cómo los nobles españoles, en caso de guerra, estaban obligados a contribuir con crecido número de hombres de a caballo cada uno, la Reina movió tristemente la

(1) Feria al Rey. Mss. *Simancas Estado*, 811.

cabeza, convencida de que aquella práctica sería inaplicable en Inglaterra. «Entre toda la nobleza junta—dijo,—no se podría suministrar un centenar de hombres a caballo.» Reunido el Parlamento, al exponerse la petición de dinero, empezaron a susurrar que ya se mandaría directamente al esposo de la Reina, pues el altivo Embajador se burlaría con menosprecio de la manera mezquina con que los ingleses allegaban fondos para sus soberanos, y se añadía que ya podía darse por satisfecho si bastaban a sacar lo suficiente para la defensa del país, y que su señor no necesitaba para nada de ellos.

Felipe, que en realidad estaba muy apurado, insinuaba a María otros medios de aprontar dinero, fuera de lo que se votara en el Parlamento. En vano intentó Gresham tomar en préstamo 30.000 libras esterlinas en Amberes sobre el crédito de la Reina; los ensayos para sonsacar algún recurso a la Iglesia y a los nobles fueron de poquísimo resultado también. Lo que se obtuvo del acuerdo del Parlamento juntamente con los otros fondos que se pudieron reunir, fue enviado a Flandes para pagar la leva de alemanes al servicio de Inglaterra; a pesar de esto, pronto empezaron a oirse voces iracundas de que aquel dinero se destinaba para cosas de España. Los aprestos de la flota inglesa para la defensa, al parecer, de la costa, se llevaron a toda prisa a su término, porque los Consejeros ingleses, aturdidos, se dejaron engañar con la idea de que se iba a recobrar Calais, merced a un movimiento combinado de mucha importancia; cundió el espanto a la voz de hallarse en Dieppe una fuerte escuadra francesa, y que de las ciudades hanséaticas y de Dinamarca iban a precipitarse sobre la costa inglesa oriental; todo esto se decía para lograr la constitución de una flota poderosa que, aunque no ostensiblemente, en realidad había de servir los planes de Felipe. Pero cuando la flota estuvo pronta, tuvo cuidado Felipe de no permitir que Clinton se valiese de ella, como había querido (1). Y aquellos tan decantados merce-

(1) La flota inglesa fue el principal instrumento de la victoria sobre

narios alemanes, que en número de tres mil habían de venir a Inglaterra, no vinieron nunca, sino que a su debido tiempo se incorporaron al ejército de Felipe. Es digno de verse cuán astutamente Feria y su señor manejaban el ánimo de la Reina en contra de sus Consejeros, y viceversa. Con respecto a los dichos mercenarios, por ejemplo, aunque el Rey mandaba constantemente cartas y mensajes a la Reina, se abstenía deliberadamente de mencionar su propósito de emplear aquellos alemanes por quien ella había pagado. «No pongo nada de esto a la Reina—escribía.—Sería mejor que vos (es decir, Feria) trabajárais con prudencia con los Consejeros para inducirlos a que nos pidieran que les libráramos de esas tropas» (1).

Las esperanzas de María, tocante a sucesión, se vieron una vez más chasqueadas, y ahora, enteramente abatida, empezó a decaer. Polo estaba moribundo también, al decir de Feria; y todos los demás Consejeros, aunque constantemente estaban reclamando mercedes del Rey, iban siendo rechazados del nuevo régimen. «Aquellos a quienes Vuestra Majestad ha galardonado más, son los que sirven menos: Pembroke, Arundel, Paget, Petre, Heath, el Obispo de Ely y el Veedor.» Felipe mismo estaba decidido ahora a alejarse del todo, y para siempre, de su marchita mujer. «Lo que me escribís—dice a Feria—de visitar a Madama Isabel antes de dejar a Inglaterra, por las razones que me decís, me parece muy atinado; y yo escribo a la Reina que os he ordenado ir a ver a la Princesa, y pido a la Reina que os lo mande también hacer» (2). Feria, dejando harto alarmados a la Reina y al Consejo, fué a Hatfield a ver a Isabel, con toda clase de mensajes de amabilidad y significativas insinuaciones de Felipe; y salió de Inglaterra en Julio, dejando como sucesor suyo a un abogado flamenco llamado D'Assonleville.

los franceses y en pro de los flamencos, que se ganó en Tormes en Julio de 1558.

(1) Mss. *Simancas Estado*, 811.

(2) Mss., *Simancas Estado*, 811.

María había perdido toda esperanza: comprendía ahora que nunca sería madre; las persecuciones religiosas, y, sobre todo, aquella guerra en interés de Felipe, la habían hecho impopular personalmente, como nunca antes lo había sido; no tenía un solo hombre de Estado capaz y honrado junto a ella, pues Polo estaba a punto de muerte; tenía, en cambio, una gavilla de codiciosos, que no atendían sino a su interés; y la contristada Reina veía que no sería para ella la gloria de hacer a Inglaterra católica eternamente y conseguir la uniformidad de la Fe en el orbe cristiano. Al llegar el otoño, la situación de la Reina empeoró, y una fiebre constante la iba debilitando. En las últimas semanas de Octubre escribió D'Assonleville a Felipe que la salud de la Reina era desesperada, y se le dieron instrucciones a Feria para que se pusiera prontamente en camino para Inglaterra y permaneciera allí durante el período de transición que había de sobrevenir a la muerte de María. En 7 de Noviembre D'Assonleville escribió de nuevo, declarando que puesto que el Parlamento se había convocado para tratar de la sucesión, era de necesidad suma que Felipe, a ser posible, estuviese presente. Era verdad, pero Felipe tenía infinitas cosas a que atender, y aun tratándose de asunto tan importante como éste, no le era dable ausentarse de Flandes; porque los comisionados de la paz de Inglaterra, Francia y España, estaban en plena negociación, y la paz era para él ahora asunto de vital interés.

Feria llegó a Londres en 9 de Noviembre, y encontró a María postrada en su palacio de Saint-James, con raros intervalos de lucidez. Sonrió tristemente cuando el Embajador le entregó la carta de Felipe, y le saludó en su nombre; pero estaba en extremo débil para leer las líneas que él le había escrito; díjole que le enviaría un anillo suyo de los mejores, como prenda de su amor. La fiel Clarentius y Jane Dormer, su predilecta, que estaba prometida a Feria y fue, en efecto, más adelante su esposa, la asistían día y noche; pero los demás que la habían acompañado en sus días de gloria, preparaban su viaje para

Hatfield, a conquistar el afecto de aquella joven de rostro agraciado, labios sutiles y fría mirada, que tranquilamente se hallaba aguardando la Corona que el destino la tenía reservada. Feria no se descuidó de anunciar en voz alta la aprobación que el señor hacía de que Isabel sucediera en el trono de Inglaterra cuando María muriera, e hizo cuanto pudo para obtener de la primera alguna seguridad de que la fe y el culto católicos seguirían observándose en Inglaterra. Era Isabel fría y diplomática. Sabía bien que en todo caso a ella correspondería la sucesión, y estaba de acuerdo con sus amigos en usar de toda cautela para no comprometerse demasiado para el porvenir; y cuando Feria, dejando a la Reina en su lecho de muerte, se puso en camino para Hatfield para ver a la Princesa, ella empleó toda cortesía, pero rechazó firmemente toda sugestión de reconocerse deudora en lo más mínimo al patrocinio del Rey de España.

María, en sus intervalos de lucidez, aparecía devota y resignada, consolando a los pocos amigos que habían quedado apenados alrededor de su lecho de muerte, y exhortándolos a la fe y a la fortaleza. Era el 17 de Noviembre, en un lúgubre amanecer; la luz porfiaba enconada por abrirse paso entre las nieblas que se levantaban de las charcas entre Saint-James y el Támesis, a la hora en que se celebraba la misa cotidiana en la cámara mortuoria de María. La Reina estaba enferma de muerte ya; pero el Sacramento que ordenó se le administrara por última vez vigorizó la estragada salud de su cerebro, y las nubes que oscurecían su inteligencia se disiparon, cediendo el paso a una luz casi sobrenatural. Repetía las respuestas clara y firmemente, y cuando el celebrante cantaba el *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*, exclamaba ella con clarísima entonación: *Miserere nobis! Miserere nobis! Dona nobis pacem!* Luego, al elevarse la Hostia, se inclinó ella en adoración, cerrando los ojos, que no abrió ya más sobre aquel mundo que tanto la había conturbado.

Y así, con la oración de misericordia y paz en los labios,

y su última mortal mirada fija en el sagrado misterio de su fe, acabó su vivir María Tudor (1). Su vida no fue más que un episodio pasajero en la Reforma inglesa; porque se frustraron sus intentos desde un principio, a causa de su casamiento impopular y la conducta de sus asesores eclesiásticos en lo tocante a religión. Como su madre y su abuela Isabel, no condescendió a pactar con lo que consideraba mal. «Antes perdería diez coronas, si las tuviera, que hacer traición a mi conciencia», eran sus palabras; y, aunque en grado inferior, esta era también la actitud de Felipe. El destino quiso que ambos vivieran en un siglo en que la rigidez de las creencias chocaba con el resurgir de la antigua ciencia y la distinta y más amplia manera de considerar la vida que trajo el Renacimiento. Tenían enfrente rivales cuyas condiciones eran muelles como la cera; pero determinados, no sólo a vencer, sino a aparecer en posesión de lo razonable cuando de sacrificar los principios se trataba; y el combate era desigual. María no podía cambiar—solamente una vez, obligada por la tremenda fuerza de las circunstancias, llegó hasta pretender señalar ella un nuevo camino en cosas de religión,—mientras que Isabel cambiaba tantas veces y tan completamente como cuadraba a sus fines. Felipe tenía un sistema único e invariable de convicciones y modos; sus rivales no tenían ninguno, pero los inventaban y dejaban cuando la ocasión se lo aconsejaba.

Y así fue como fracasó María Tudor: por desventura; pues era naturalmente buena, y hacía cuanto podía por conformarse a los dictados de su conciencia. Pero los defectos de su linaje eran en ella extremados; era Tudor, y, en consecuencia, terca y dominadora; era descendiente de Isabel la Católica, y, por lo mismo, místicamente devota y exaltada, no dándosele nada del dolor humano, si en su consideración entraban desig-

(1) Esta relación de los últimos momentos de María aparece en la *Vida de Jane Dormer, Duquesa de Feria*, escrita por su confesor y secretario, P. Clifford.

nios santos. Era Reina inglesa, enorgullecida con su reino insular; princesa española, casi igualmente enorgullecida con el país de los Reyes Católicos; y, como coronamiento de todo esto, era la esposa de Felipe II, comprometida en la causa por la que él vivía: la unificación de la fe cristiana y la destrucción del poder de Francia. Al año de su muerte, Inglaterra era una nación protestante y Felipe estaba casado con una princesa de Francia.

MARTÍN HUME

JULIO LEMAÎTRE ⁽¹⁾

I

El diletantismo.

Durante la marcha, habíamos discutido largamente, mi compañero de andanzas y yo, sobre los ingenios del Norte, extraños, misteriosos e inquietantes, y los de las razas latina y griega, puros, claros, palpitantes de luz. Al llegar a la cumbre de la colina, el horizonte nos ofreció perspectivas magníficas y contradictorias. Ante nosotros, un lago perezoso languidecía en un azul estremecimiento de sus adormecidas ondas, y el ocaso que duplicaba su esplendor en aquel espejo, dejábale el reflejo de largas franjas de oro de inefables tintas; nada quebrantaba la armonía de tales líneas y tales matices; flotaba allí tanta pureza y tanto halago, que el alma se llenaba de dulzura y gozo. En cambio, si nos volvíamos, surgía un caos de montañas entre la sombra de densas nubes; hubiérase dicho un mar embravecido, paralizado repentinamente entre tinieblas; las líneas se estrechocaban y las tintas sombrías se confundían, y, sin embargo, desprendíase una rara grandeza de aque-

(1) Julio Lemaître, el gran crítico francés, ha fallecido, y como tributo a su inolvidable memoria, publicamos este estudio magistral de Enrique Bordeaux.

lla visión a lo Gustavo Doré; por momentos, aquí y allá, un rayo del sol poniente atravesaba la sombra e iluminaba un prado verdoso o alguna vivienda agarrada al flanco de los montes, y estos oasis luminosos resplandecían en su marco de tristeza misteriosa.

Había allí como una simbolización de los genios; así se nos aparecían en su gloria pura y luminosa los artistas de Atenas y del Renacimiento; así se nos aparecían en su tenebrosa rareza los artistas de Alemania, de Inglaterra y de Noruega.

—¿Recuerda usted—dije a mi compañero—el rayo de sol que, en los *Aparecidos*, de Ibsen, desgarró en la hora suprema las nubes que entenebrecen el drama? La luz que surge en la sombra aumenta su magia, y prefiero esas líneas imprecisas que se mezclan confusamente en una inquietante magnificencia, al uniforme esplendor de ese lago tranquilo y sereno.

—Yo también—me contestó él—he preferido mucho tiempo la belleza que se busca, se oculta y se revela lentamente, como por sacudidas y relámpagos, a la que se ofrece por sí misma e invita al amor. Parecíame que el arte se embellece con el misterio, y que lo infinito de las músicas indecisas o de las tintas desconcertantes nos acercaba a la inefable visión de ese Infinito que atrae a nuestras almas. Las últimas sonatas de Beethoven, las sonrisas llenas de enigma de las mujeres de Vinci o de los prerrafaelistas ingleses, las confusas maravillas de los símbolos wagnerianos, las inquietudes de Hamlet o de Rosmer, me turbaban más profundamente que la clara irradiación de las obras de Mozart, de Rafael, de Racine y de todo el arte de los helenos.

—Así como casi todas las grandes obras—insistí—son tristes, al pronto parecen oscuras, y me agrada esa oscuridad que aparta a las muchedumbres irreflexivas. Nos dan así la sensación de lo Inconocible, la melancólica añoranza de eso desconocido que nos rodea, y cuya grandeza presentimos, el deseo de elevarnos por encima de las brumas terrestres hasta la Idea pura, al fin revelada. Y los relámpagos que proyectan sobre la

vida humana son más resplandecientes que la luz continua emanada de las bellezas demasiado fáciles de comprender.

—Ya no creo en esas cosas—replicó él entonces.—He abandonado, para siempre quizá, los países de las brumas y de los soles pálidos por los países de cálida y bienhechora claridad. Nuestro genio galo, latino y heleno, es, en definitiva, el más puro y más pujante. Y nada vale ya para mí como la inefable pureza de las formas antiguas, simbolizada en mi memoria en un grupo de Niobe y sus hijos, de palpitante gracia, que largamente admiré en los museos italianos. Nada hay, de otra parte, más inquietante que esa pureza, porque en las obras bellas las líneas precisas y los contornos bien delineados se hacen más vagos en nuestro ensueño que los prolonga, y precisamente los poemas más claros pasan a ser en nuestro pensamiento los más misteriosos, los más favorables a los sueños. El cuerpo necesita calor y el espíritu luz. El sol es el fecundo dispensador de vida y claridad: hacia él debemos encaminar todos nuestros anhelos; por él se desarrolla y prospera la vida, y la inteligencia engrandece sin cesar sus visiones.

En las horas en que el alma se forma, nuestro pensamiento, deseoso de saber y amar, va a veces, cansado de las bellezas clásicas y de las formas puras, a pedir a las literaturas decadentes, a los genios confusos y desordenados, el secreto que otros no han sabido decirle. Todos hemos experimentado el atractivo de languidez y de rareza que nos revela un poema de Baudelaire o un cuadro de Gustavo Moreau; pero ni éstos ni los otros satisfacen nuestro espíritu, porque el deseo es por esencia insaciable. Y, siempre descontentos, la mayoría vuelve, como he vuelto yo, a la belleza pura, simple y natural, que dieron alegremente a luz pueblos maravillosamente prendados de la línea y del color, como los de Grecia o de Italia.

—Hay—repuse,—en la presa del genio sobre nuestra alma, un misterio harto complejo a mis ojos para ser resuelto así. ¿Sabemos con precisión por qué tal escritor nos impresiona más que otro, a pesar de su frase inculta o de su pensamiento

oscuro? ¿Sé yo por qué la lectura de Ibsen se apodera por completo de mi alma, de mi alma, que permanece casi siempre indiferente ante los dramas sociales de Dumas, frecuentemente hermano de aquél en rebelión, y por qué la *Sonata patética* me afecta más íntimamente que todas las obras de Mozart, cuyo genio, no obstante, admiro? Raras correspondencias unen nuestros pensamientos a los de los artistas, y somos inconscientes violines de las melodías, frías o entusiastas, que suscita en nosotros el arco paseado por nuestras fibras.

—Es que, en todo estudio de una obra de arte, hay que distinguir dos elementos: el que proporciona el artista y el que suministra el lector, oyente o contemplador, según que se trate de poema, de música o de cuadro. Con arreglo al elemento que domine, la sensación será distinta. Bien sabemos todos que dos o tres libros solamente orientaron nuestro pensamiento en la juventud, y que en todas las obras posteriores no busca más que una satisfacción del diletantismo, o una certeza del espíritu, satisfecho de mirarse en la obra del genio.

—Un gozo sería contemplarse a sí mismo a través de todas las obras de belleza, admirar alternativamente los genios inquietos y confusos y los genios puros y serenos, y sentir la propia vida dominar todas las sensaciones. ¡Qué vital sueño el de comprenderlo todo!

—Y conservar la facultad de gozar de todo—añadió él.— Porque la ciencia del doctor Fausto no le preservó del tedio. Sí, el diletantismo es el sueño de gozar de todas las cosas; por eso es irrealizable.

Mientras que hablábamos, el ocaso había palidecido, y la noche había bajado sobre el horizonte entristecido. Y el misterio de las noches había dejado arrastrar sobre la tierra su velo de impalpable bruma; de suerte que nuestros ojos no distinguían ya sino una confusa visión de cosas, en el puesto de los esplendores recientes. Así, nuestros símbolos de luz y de sombra habían desaparecido, mezclándose en el sombrío cre-

púsculo, como nuestros pensamientos contradictorios se habían mezclado en un solo sueño, indeciso y vago, de abrazar todo el Arte y toda la Belleza...

Este sueño de abrazar toda la eterna Belleza, de gozar de todas las manifestaciones del pensamiento, cualesquiera que fuesen las razas y los pueblos que las hayan producido, ha venido a mi espíritu al leer las obras de nuestros modernos diletantes; y una reflexión me probaba que el diletantismo no se practica más que entre las razas claras del Mediodía, donde la luz incita al goce. Los Julio Lemaître y los Anatolio France, cuya flexible imaginación reviste mil formas y borda sus variaciones sobre todos los temas, no se conciben oriundos de los brumosos países de Alemania o de Inglaterra.

Prefiérase el genio sajón, germano o escandinavo, al genio latino o griego, no es menos cierto que los climas templados dieron a los pueblos que los habitaron una dulzura de costumbres y una gracia de expresión sin iguales. Canta claro, decíase del gallo galo; cantan claro, podría decirse de nuestros modernos escritores galos, de los que han sustraído su estilo a las influencias extranjeras. Solamente, en fin, las razas helena y latina saben divertirse y saben expresar sus alegrías sencillas; un Rabelais no pudo nacer sino en Galia, lo mismo que un Beaumarchais o un Meilhac. Allí es donde la felicidad parece ser el único fin del hombre y donde la existencia tiene por base el placer. Y, sin embargo, allí también los grandes Inquietos de nuestro tiempo, los Flaubert, los Leconte de Lisle, los Loti, los Bourget, arraigaron profundamente, llamando a la nada o a la luz, penetrando en lo más íntimo de nuestro sér. Hasta tal punto parece que la vieja tierra de los galos es a la vez la patria de la Alegría triunfante y del Deseo irrealizable.

Dos razas de artistas se han desarrollado, sobre todo, en nuestra Francia moderna: la de los Diletantes y la de los Inquietos. Ha pasado o no ha llegado aún la hora de los creyentes, y, si Zola se obstina en una fe en la Ciencia, que le ha en-

gañado por completo; si Melchor de Vogué contempla en lo futuro la Cruz salvadora, sobre el edificio de la Ciencia, la mayoría de los escritores busca la estrella que guíe su arte, vacilando en las encrucijadas de los caminos harto numerosos, y sin saber sobre qué base fijar su voluntad. Demasiada inteligencia e insuficiente voluntad; tal parece ser su estado de alma. Los unos toman el partido de flotar sobre las cosas sin poder fijarse; otros se obstinan en la dolorosa pesquisa de una verdad que sin cesar se oculta; y esta diferencia que los separa es de una esencial importancia.

Todo hombre que reflexiona sobre la existencia, se constituye en sueños una vida ideal que hubiera deseado. Julio Lemaître, al analizar este deseo, formula así su opinión: «En suma, hay tres vidas dignas de ser vividas (aparte la del perfecto budista, que no pide nada): la vida del hombre que domina a los otros hombres por la santidad o por el genio político y militar (Francisco de Asís o Napoleón); la vida del gran poeta que da realidad a representaciones más bellas que la realidad misma, y tan interesantes (Shakespeare o Balzac), y la vida del hombre que conquista y subyuga a todas las mujeres que encuentra en su camino» (Richelieu o Don Juan). Y con ese pesar que da un sueño de amor, añade: «Este último destino no es el menos glorioso ni el menos envidiable.» En esta enumeración, no ha olvidado más que la existencia que él se había elegido: la del diletante, que quiere gustar de todas las cosas y respirar su dulzura. Tal vez la omitió a propósito, por haber sentido la vanidad de ella, como hubiese sentido la vanidad de los otros destinos si los hubiera recorrido.

Comprender es el reflejo de crear. Por la comprensión revivimos la creación de una obra y adquirimos conciencia de nuestra inteligencia creadora. Pero, para que nuestro goce sea intenso, es preciso que no abdicemos nuestra propia personalidad; importa que nos recobremos en seguida, a fin de tener el retroceso necesario para juzgar mejor la obra. El diletante pone, pues, en juego varias facultades; Julio Lemaître las

enumera así: «Hay en el diletantismo un deseo de comprenderlo todo, y un dón de pronta *simpatía*, con el deliberado propósito de reaccionar por el temor de ser engañado. Compónese, pues, al mismo tiempo, de imaginación simpática y de desconfianza intelectual..., y así puede ser la peor cosa, o la mejor; todo depende de la dosis de los dos elementos componentes, y esta dosis depende a su vez del temperamento de quien lo practica...» Sobre la ligereza de intelecto que prontamente hace familiares todas las acciones y sensaciones, necesita el diletante la *simpatía*, que deja eternamente a las cosas su encanto de atractivo, y aleja el cansancio tan penoso y tan deprimente y también la facultad de desprenderse de la cosa amada, luego de haber saboreado sus delicias. Este dón supremo lo definía Paul Bourget: «un arte de transformar el escepticismo en instrumento de goce».

El diletante es evidentemente escéptico; pero de un escepticismo refinado y voluptuoso, que se complace en él mismo y halla en él su dicha. El escéptico que no tiene apego a sus ideas, y sabe deslizarse delicadamente sobre los sentimientos y pensamientos, desarrolla en sí todas las gracias amables, frívolas y dulces. No trata de convencer, le basta con agradar; fácilmente, con una negligencia llena de encanto, aplaude todas las opiniones, con tal de que estén bien expresadas, y se place en las contradicciones de los espíritus, cuyos opuestos razonamientos saborea.

Sutil y ligero, dulce a las personas y simpático a las cosas, está maravillosamente dotado para gozar de la vida. Triunfa en la conversación, porque, indiferente a su propio pensamiento, tiene los dones que encantan en la charla: la tolerancia y el arte de no insistir.

Cuando Bourget, en un admirable estudio sobre *Renán*, definía el diletantismo: «una disposición del espíritu, muy inteligente y muy voluptuosa a la vez, que nos inclina alternativamente hacia las diversas formas de la vida, y nos conduce a prestarnos a todas esas formas sin entregarnos a ninguna»,

daba una definición general aplicable a la vida, más bien que al arte. Frente a esta frase podía evocarse a los prodigiosos artistas del Renacimiento, cuya vida se multiplicaba en sensaciones poderosas y palpitantes aventuras, que podían libremente desplegar sus energías intactas, y conocer de la existencia lo más alegre y lo más trágico, juntamente: el Tiziano, Benvenuto Cellini, Leonardo de Vinci, Rubens, parecen haber sentido todo y expresado todo, uniéndose en ellos la inteligencia y la voluntad, el poder de sentir y la facultad de crear.

Lo que era frecuente entonces se ha hecho raro hoy. La vida está demasiado trabada, encauzada, reglamentada, para que renazcan esos despliegues de energía, y los convencionalismos sociales se alzan inevitablemente contra el artista de caprichos desmesurados, de sueños raros. Hoy el diletante puede tratar de dar variación a su vida con el cosmopolitismo: la diferencia de cielos y paisajes cautivará su vista; pero a su espíritu presentará la vieja Europa fatigada la identidad de costumbres. Quédale abierto un campo más vasto. Al recorrerle, conocerá en lo pasado y lo presente las diversas sensibilidades de los hombres, y sus sueños de belleza y de metafísica; con esto, multiplicará su vida y dará a su *yo* todas las encarnaciones del deseo. De todas las obras de arte, recogerá la suavidad de un perfume delicado o la caricia de un sueño sutil. Y mientras que admira contradictorios esplendores, tendrá la alegría de sentirse sobrevivir a la muerte de sus sensaciones; burlará la brevedad de la vida al engrandecer su intensidad, y su *yo* se ensanchará hasta el punto de sostener todo el universo que refleja.

Pero el diletantismo se traza a sí mismo los límites. Su dominio es el goce: más allá se extiende la inquietud. El diletante jamás se entrega por entero a la obra de arte que admira; así es, que a veces no llega hasta el alma de esa obra. Por esto, los Inquietos, que se entregan de corazón a su nostálgico deseo de hallar una certidumbre, experimentan, al contacto

de ciertas palabras o de ciertas músicas, misteriosos estremecimientos que no sentirán nunca los diletantes. Leed a los más sutiles y maravillosos de estos, Anatalio France y Julio Lemaître; estudiad sus sensaciones de estética frente a Shakespeare, Ibsen, Tolstoi: comprenden quizá todos los matices; pero no están *subyugados*, no lo estarán nunca, y aquí se halla su inferioridad. Lemaître confiesa que no le gusta de los autores extranjeros sino aquello en que se nos parecen. Ibsen le interesa sencillamente como una curiosidad, y después de haberse sorprendido admirando *El poder de las tinieblas*, parece temer el ridículo, y toma en broma al viejo Akin, al que llama el «pocero místico», y de quien debería meditar la frase: «Hay que tener un alma.»

Hay que tener un alma para creer o para llorar sobre la creencia muerta o el deseo de creer. El diletante no ve en su alma sino la dificultad de comprender y de sentir; el inquieto de la vida presiente en aquélla una conciencia superior a las vanas curiosidades y a los placeres intelectuales. Sufre con esto, porque no puede fijar su incierto pensamiento; pero tiene, cuando menos, ese raro dón de penetración que le hace descubrir, hasta el sufrimiento, la esencia de una obra de belleza. Basta comparar los estudios críticos de France y de Bourget, para percibir la diferencia que separa a un diletante de un inquieto—hasta en igualdad de inteligencia—en la comprensión de una de esas obras que hacen largamente pensar.

Puede haber, sin embargo, grados de escepticismo de los diletantes. El de France es deliberadamente agresivo y de una ironía un poco desdeñosa; el de Lemaître está penetrado de simpatía y de indulgencia; es, por decirlo así, moral y, sin perjuicio de ser alegre y hasta impertinente, está lleno de buena fe y de dulzura. Hay en él un hombre honrado con principios para la conducta de la vida, y un saltarín curioso de arte y de ideas, que se acomodan como pueden para vivir juntos; pero, como la existencia está llena de contradicciones, hacen buenas migas. Así, pues, se puede buscar en Julio Lemaître la

encarnación del diletantismo moderno, con sus alegrías, su invasión del espíritu, y hasta esa rara tristeza que a veces le acompaña, porque cansa incluso el gozar, y la frase de Próspero de Renán es eternamente verdadera: «Una copa es por esencia agotable.» Además, los escritores muy inteligentes de una época han recorrido todas las ideas de ella, y ofrecen en sus obras el reflejo; por lo tanto, aun cuando otros artistas nos sedujeran por una mayor potencia creadora, siempre serían los aludidos de un interés más directo para la historia intelectual de su tiempo. En fin, el autor de los *Reyes*, que de otra parte atrae irresistiblemente por la gracia de su ingenio y la calidad exquisita de su sensibilidad, ha simbolizado diferentes veces en sus libros, en un personaje, el alma de nuestro diletantismo contemporáneo.

II

La alegría del diletantismo.

Con una falta absoluta de respeto a la musa provinciana, Julio Lemaître, en un artículo que causó pena al infortunado Josefino Souлары, compara justamente el famoso soneto de los *Dos cortejos* a esas cromolitografías en las que se ve, de un lado, el *sobrino atrapado por el tío*, y del otro, *el tío atrapado por el sobrino*. Me he acordado de esta comparación al leer consecutivamente el primer estudio de Lemaître acerca de Renán, y los estudios siguientes que le consagró; en el primero, el crítico, que, aun cuando fino y delicado, tenía aún algo de provinciano, se asombraba de muchas cosas y, sobre todo, de la alegría de Renán, que se le antojaba imposible de conciliar con su doctrina de desencanto, y, astutamente, hacía el balance de las contradicciones; en los otros, ya no se asombra de nada: construye agradables paradojas y exalta al Maestro, al que declara escéptico por haber abrazado demasiadas certezas. Y emparenta tan directamente con el gran filósofo, a pesar del

giro bien personal de la frase y del pensamiento, que involuntariamente se piensa en el tío Renán, atrapado por su sobrino Lemaître en flagrante delito de contradicción; luego, en el sobrino Lemaître pillado por su tío en el mismo estado.

Julio Lemaître es, en efecto, uno de los espíritus más flexibles y más varios de este tiempo. Como el de Renán, con menos música e imprecisión en la frase, su pensamiento es difícil de coger, no en sí mismo, porque es siempre de una claridad maravillosa, sino en toda su obra, en el que aparece complejo, múltiple, diverso. Habla en una de sus páginas de los escritores cuyo encanto es difícil de fijar en una fórmula: él mismo es uno de éstos. Ninguna fórmula podría encerrar toda su seducción y toda su alma cambiante. Agrada, seduce, atrae; pero se desliza, huye, se desvanece, dejando la impresión de un sueño delicioso, que no hubiera surgido sino para disiparse en seguida. Recuerdo una pantomima de un teatro de ferias—lo que no es para desagradar a un enamorado del *Gato Negro* y de las marionetas,—en la que unos gendarmes trataban de prender a un ladrón, que se les escapaba sin cesar cuando creían atraparle, dejándoles sucesivamente una docena de chaquetas y otras tantas de chalecos. De igual suerte—a pesar del gusto deplorable de esta comparación—no puede uno apoderarse sino de la apariencia del pensamiento de Lemaître, que siempre se escapa cuando se le cree cogido. Pero, ¿sería diletante, si fuese de otra manera?

Alternativamente, poeta, crítico, cuentista, novelista, autor dramático, se ha contemplado en todo y se ha encontrado muy interesante: así ha escrito en doce volúmenes de crítica la historia de sus sensaciones; esto, para hacer rabiar a Brunetière, el defensor reconocido de la crítica impersonal, y para aumentar, en la medida de sus fuerzas, la parte de goce literario de la humanidad. Como es el hombre-Proteo, cada cual puede hallarse en él, a condición de ser muy delicado; como sabe extraer de una cosa todo el placer que pueda ella ofrecer, nos hace amablemente participar de su dicha.—No es serio, dicen algu-

nos. ¿Cómo queréis tener confianza en un crítico que ha expresado el deseo de releer seriamente en la segunda mitad de su vida los libros de que haya hablado en la primera?—Es paradójico, dicen otros, y nunca se sabe si se burla de las cosas o las admira.—Todo esto importa poco; posee los dos mágicos poderes que seducen a los hombres: agrada y hace reflexionar. El uno le es natural, el otro ha nacido sin pensarlo.

Por añadidura, muéstrese alegre o triste, serio o frívolo, hable de él o de los otros, desconcierta el análisis, en una época en que se han encendido tantas luces, que ya no se ve nada. Leed los filósofos: veréis que optimismo y pesimismo es en el fondo la misma cosa, que los términos contrarios son igualmente justos, y que blanco y negro son idénticos. Leed los críticos: veréis que las cosas más claras son las más complicadas, y os enteraréis, por ejemplo, de que Alceste y Filinto, que habéis creído opuestos, son en el fondo el mismo personaje, y que Filinto no es sino un Alceste tranquilizado. Leed los novelistas: veréis que no se ama sino a uno mismo en los otros, y que cuando se cree amar, se engaña uno. Verdaderamente, la existencia se hace difícil a los que piensan: no se comprende nada de nada; tal es la conclusión lógica de nuestra época de análisis, que ha querido revelarnos todo y percibirlo todo, y casi se compartiría la desesperación de aquel pobre hombre que había pensado formarse exactas nociones de todas las cosas, y que, ante tantas complejidades y contradicciones, volvíase hacia la muerte, exclamando: «Decididamente, la vida es demasiado complicada para mí, y me voy.»

No es necesario comprender, diría, sin duda, el autor de la *Rôtisserie de la reine Pédanque*, basta gozar. Y, en realidad, la frase de Julio Lemaître es una amable compensación de los cambios de su pensamiento: éste se agita, brinca, bulle, da cabriolas; pero en esas cabriolas halla medios de evocar los ritmos universales que rigen las cosas, como esas mujeres que no buscan sino el agradar, y que, no obstante, llevan en ellas como un reflejo de la eterna y misteriosa Belleza.

El escepticismo de este diletante es de una deliciosa e ingenua dulzura; está formado por una rara alianza de candor y de refinamiento, de candidez y de sutileza. Así se preserva de la sequedad y de la decepción: conoce esa filosofía práctica que enseña a no pedir a las cosas nada más que lo que puedan dar, y a prescindir, para gozar del presente, de la añoranza de una pasada vida o del deseo de un futuro ineludible. Sabe así interesarse vivamente en todos los espectáculos, sin comoverse nunca con exceso. En suma: refiriendo a sí mismo todas las cosas, se constituye en centro del universo; con gracia lo confiesa así: «Yo no amo sino a mí, sea en mí, sea en los otros. Esto quiere decir que yo soy como todo el mundo.»

Para gozar mejor, mántiense alejado de las sensaciones demasiado intensas, que se hacen dolorosas, y de los espectáculos demasiado profundos que cansan y enervan el pensamiento. Como no comprende bien sino lo que puede sentir, las pasiones demasiado vivas le son antipáticas. El fanatismo le es extraño, ha dicho. ¡Ah!, sí, ciertamente, y la creencia también, aunque a veces parece que la mira con un poco de melancolía. Los artistas que han tenido demasiada fe o demasiado escepticismo, son prontamente derribados por el crítico. El *Cid* de héroes apasionados e ingenuos le parece singular, magnífico y lejano; hace títeres sin miramientos con el príncipe Hamlet, como si éste fuese su enemigo personal, y presentía en él al viviente Dolor del pensamiento, y la Censura de su escepticismo; al místico rebelde, que es Poliuto, prefiere Severo, que es algo renaniano; y, si le gusta un Dumas, el observador agudo y el moralista sin piedad, no puede dejar de parecerle algo fastidioso con su pretensión de dirigir las conciencias, y le llama un Jeremías *boulevardier*, un profeta de Israel que hace frases.

Es que los hombres de fe son contundentes en sus juicios, incommovibles en sus concepciones y hasta un poco ridículos en su intransigencia. Todo es verdad y todo es mentira en la tierra; luego los que afirman, pecan siempre por algún lado; tal

parece ser la regla habitual de los diletantes. El miedo al ridículo es la gran preocupación de Julio Lemaître. Si ve que se desbordan sus admiraciones y entusiasmos, contiene prontamente tales desbordamientos, por medio de hábiles *quizás* o *casi* salvadores. Termina una parrafada moralista con una carcajada, como aquella deliciosa conferencia acerca de la *Hedda Gabler* de Ibsen, en la que predicaba la bondad y la sencillez del corazón, y terminaba así su requisitoria contra la extravagante noruega: «Hace algunos años, yo no hubiera sin duda visto en ella sino un tipo francamente curioso de mujer aburrida y rebelde, y hubiera pasado por inteligente. Pero he querido ser moral porque se debe serlo, porque hablaba a muchos hombres y mujeres reunidos, y porque esto agrada a Paul Desjardins.» Notad que el autor del *Deber presente*, de inquieta conciencia, es aquí la última preocupación de Lemaître; ha sentido hasta el alma el peligro de la harto aguda celebridad que pintaba en su personaje el autor noruego, y ha comprendido que el atractivo de esos seres raros y neuróticos podía desviar de la contemplación del verdadero fin de la vida; pero le ha parecido divertido atenuar el alcance de sus palabras, porque se iba a olvidar tal vez de su escepticismo.

Su inteligencia palpitante de sensibilidad se asusta ante la idea del menor paso en falso. De aquí sus vacilaciones, sus timideces, sus retrocesos. Necesítase un poco de ignorancia para ser atrevido; él no ha conservado ninguna; se conoce demasiado a sí mismo, y, al dudar de él, duda de todos. Sus cualidades favoritas son el buen gusto, el tacto, la delicadeza: perdería la cabeza antes que renunciar a ellas. Y puede juzgarse de su adhesión a lo discreto y las ideas templadas por la energía que despliega, allí solamente, contra el espíritu jacobino y la vulgaridad. Carecer de gusto y de tolerancia, es a sus ojos el crimen más imperdonable. Conocidos son su odio legendario contra Jorge Ohnet, al que quemó a fuego lento, ayudado por su cruel cómplice Anatolio France, y su hermo-

sa defensa de la libertad de pensar, cuando la prohibición de *Thermidor*.

Hombre honrado, ha combatido varias veces la desmoralización de los humildes y de los que sufren, y mostrado las leyes de bondad y de caridad necesarias para la vida social; pero siempre se detiene a tiempo para disimular sus buenos sentimientos, como si fuese ridículo abogar por la virtud. Si combate el vicio, es riéndose, y si defiende las creencias, es volviéndoles la espalda. No se entrega nunca. Ahora bien; es necesario entregarse para indignarse y ser elocuente. Pero la elocuencia no es inteligente a sus ojos, indica un fondo de brutalidad y de énfasis que no podría aprobar un diletante; desordena la armonía de los sentimientos y turba los corazones tranquilos; así, pues, conviene evitarla cuidadosamente.

Hay en Lemaître un fondo de rebeldía contra los convencionalismos y las hipocresías. Teme revelarlo, porque tiene miedo de excederse; pero no se incomoda porque otros combatan esos convencionalismos e hipocresías. Por eso guarda un rincón de su corazón para los artistas sinceros, aunque falten a las reglas y a los miramientos que él usa: Villon y Verlaine, ese dúo de bohemios que se dan la mano a través de los siglos, le agradan íntimamente, y tiene debilidad por los audaces que dicen lo que él no se atreve a decir.

En cuanto a sus contradicciones, no hay que contarlas. Todo buen escéptico participa de buen grado de las opiniones más diversas, lo que no hace sino dar mayor encanto y variedad a sus palabras, añadiéndole cierto despego de las cosas eminentemente filosófico. Al mismo tiempo de escribir un pensamiento, el contrario se aparece con igual precisión, y el encanto de su frase flota entre las bellezas misteriosas de las ideas contradictorias, ofreciendo simultáneamente sus esplendores. Alternativamente, exalta y combate al amor con el mismo ingenio, y concluye por no comprender nada..., por haber comprendido demasiado. En arte, se preocupa muy poco de la teoría, y derriba alegremente las barreras del idealismo y del

realismo: «Me gusta todo—dice,—porque todo es verdad, incluso los sueños. Cualquiera que sea la visión de las cosas, propia de cada artista, es mía, con tal de que la forma que revista lleve el sello de la belleza...»

Todo tiene su lado bueno y su lado malo; en todo hay el pro y el contra. Y es agradable presentar alternativamente el pro y el contra con la misma ligereza de espíritu y la misma seguridad de expresión. Los sofistas de Grecia, y más adelante de Bizancio, debían también de complacerse así en el juego de las ideas combatientes. De otra parte, Lemaître confiesa ingenuamente que no tiene apego a su opinión, y, por lo tanto, no hay que mirar con rigor sus evoluciones. A veces—cuando la contradicción es demasiado evidente, cosa rara, porque él sobresale en los matices y medias tintas,—se sirve de una ingeniosa estratagema, de un *truco* muy habilidoso: imagina un interlocutor que formula ideas contrarias, y cuya opinión combate.

Pero de este delicado instrumento de escepticismo que lleva siempre consigo, hay que hacer, según frase de Bourget, un instrumento de goce. A esto contribuirá su saber. Su erudición duplica, en efecto, su facultad de gozar. Un espectáculo agradable evoca en él el recuerdo de otras sensaciones gratas que le procura el pasado, estudiado y comprendido. Nuestra alegría se embellece con todas las alegrías pasadas, y las generaciones desaparecidas trabajaron para aumentar nuestra dicha. Esa ciencia—de la que se bromea gustoso—da un singular sabor a su estilo, y le permite refinar sus impresiones: gracias a ella, ciérnese él sobre las épocas, sin haber guardado de cada una sino deliciosas emociones, mezcla todos los tiempos, todos los pueblos, todas las literaturas; franquea las fronteras, los siglos, las jerarquías, y juega complacientemente a la vez con las cosas más serias y más frívolas. El dón de remontarse sin cesar a las ideas generales, le permite hacer uso de todo su rico conocimiento de las literaturas y de las metafísicas; así acrecienta el campo de su pensamiento, hasta hacerle sin lí-

mites, hasta contener toda la humanidad de las diferentes edades con sus sueños, sus incertidumbres, sus deseos y sus inquietantes amores.

Su diletantismo gusta de vagar entre los sueños humanos. Cansado de haber reflexionado, trata con impertinencia a los que han creado sueños de belleza demasiado magníficos, y han desarrollado así en nosotros los irrealizables deseos. Gusta de ellos sin duda, y, no obstante, maltrata sus obras sagradas, porque es de una intensísima voluptuosidad romper los ídolos y reirse de sus restos. Tal vez la satisfacción de destruir vale lo que la satisfacción de crear; satisface en igual proporción nuestro deseo de dominación sobre las cosas. Julio Lemaître maltrata con una franqueza divertidísima a los Sófocles, los Shakespeare, los Corneille, los Hugo, que acostumbramos a venerar; diríase que se desquita de haberlos frecuentado demasiado en otros tiempos, porque nada se odia tanto como a los antiguos amigos.

El escritor refiere en uno de sus libros una curiosa anécdota referente a Barbey d'Aurevilly. Decía éste un día a una joven amazona de circo cosas tan raras y chocantes, que la amazona, no sabiendo cómo manifestar su alegría, cogió en brazos al buen señor (sus músculos de gimnasta le permitían este ejercicio), le sacudió en el aire como un polichinela, y luego le dejó en el suelo riendo a carcajadas. Barbey d'Aurevilly no se inmutó por esta audacia; pero, conservando su aire de impasible dignidad, dijo con indulgencia a Paul Bourget, que le acompañaba: «Es un poco familiar...» Lemaître es igualmente un poco familiar con los grandes genios; los sacude y los agita sin remordimientos. Pero ellos no deben enfadarse, porque saben que ese juego oculta un antiguo afecto.

Las cosas serias tienen el dón de atraer su verbo burlón. En cambio, las cosas frívolas tienen el dón de atraer sus meditaciones y los grandes sondeos de su pensamiento. Halla más filosofía en una pantomima del Nuevo Circo que en un libro de sabias disertaciones. A propósito de *Cocard y Bicoquet*, una

bufonada sin trascendencia, cita versículos de la *Imitación*; y, al escuchar la *Bella Elena*, recapitula muy seriamente todo Homero para resucitar a aquella cuya belleza hizo correr tantas lágrimas de sangre. La mala parodia de *Orfeo en los infiernos* le evoca igualmente la antigua religión órfica, a la que envía un tierno recuerdo, porque su espíritu se hubiera adaptado gustoso a aquella ley flexible y dulce: «Es una trasposición gala de una fábula antigua—dice de esta opereta,—que os induce a ensueños de exégesis religiosa, mientras que se escucha música parisiense y los ojos se recrean en graciosos cuerpos femeninos. Se disfruta oscuramente de treinta siglos a la vez, porque no hay muchos menos entre el tocador de lira Orfeo y el compositor Offenbach.»

Reserva todas sus facultades de metafísico para los bailables, las pantomimas, los juegos del Circo y del Gato Negro, de suerte que ya no le quedan para el análisis de las grandes obras. El bailable simboliza a sus ojos la eterna belleza de la que nuestro anhelo se obstina en apoderarse, y que huye lejos de nosotros, dejándonos el esplendor de su visión confusa, y también el sentimiento de no haber podido fijar ese esplendor frágil. De la danza oriental de ritmo grave, lento y voluptuoso, dice que es toda una filosofía: «... Ese baile no es sensual, es triste, casi espantoso, porque expresa algo fatal, universal y misterioso.» En el café concierto, cuando comulga con la idiotez de las multitudes, experimenta la necesidad de que le apruebe Sakya-Muni; y en el Gato Negro, «ese santuario en que lo vacuo y lo místico han hecho siempre buenas migas», las sombras chinescas de Caran d'Ache y de Rivière le evocan una *Leyenda de los siglos* más vasta y más sugestiva que la de Víctor Hugo; hasta tal punto es cierto, que las cosas más pequeñas contienen los mayores símbolos. Consuélese, en fin, de admirar el circo y la pantomima, deduciendo que eso es tal vez el final inevitable de las antiguas literaturas.

Así tienen tanta importancia a sus ojos una tragedia antigua o un poema del Gato Negro. Porque el espectáculo no está

en lo de afuera, sino en su alma misma. Lo que él nos dice no es el análisis de una obra más o menos bella, es el sentimiento profundo o frívolo, triste o alegre, que palpita en su corazón; es el dulcísimo y ligerísimo sueño de un instante que pasa a través de su pensamiento, es la serie cambiante y presentada al azar, mezclada en un grato desorden, de todas las ideas de su inteligencia, maravilloso reflejo del universo de escenarios diversos y leyes misteriosas.

El escepticismo y el gay saber no son los solos dones necesarios del diletante. Necesita también la pronta simpatía que embellece todas las cosas, y le permite renovar incesantemente su pensamiento al contacto de los espectáculos del mundo. Ahora bien; esta exquisita facultad que nos acerca las almas y las obras bellas, se revela en cada página de Julio Lemaître. Ama la vida, y esto es más raro de lo que se cree; sabe que aporta con ella inquietudes y sufrimientos, pero que, a pesar de todo, es la vida. Su filosofía, hecha de un dulcísimo pesimismo y de un benévolo optimismo—todo se mezcla ahora,—le ayuda a soportar todas las miserias, y su diletantismo le permite saborear todas las alegrías y aspirar todos los perfumes de la vida. Una lectura de un autor delicado, una velada estival en los Campos Elíseos, le hacen comprender la dulzura de existir, y la amplia parte de felicidad esparcida entre los mundos para los hombres de buena voluntad. Es preciso ser bueno para tomar así la vida; hay que ser indulgente con los seres, y dejarse mecer por el encanto palpitante de las cosas.

Sabe la alegría de comprender, gusta de divertirse, y hasta esto solo es lo que verdaderamente le importa. Y en su sueño de felicidad no querría tener alrededor sino caras felices y satisfechas. Con estas disposiciones de espíritu abre un libro o va al teatro: tras esto, no hay que asombrarse de su benevolencia y de su sensibilidad, siempre las mismas, a pesar de la variedad del espectáculo o de la lectura, porque siempre oye cantar en él las misteriosas canciones, alegres o melancólicas,

de sus eternos ensueños. Está seguro de no aburrirse nunca consigo mismo, y este pensamiento le es consolador.

Todo lo que le simbolice la vida, esa vida que atrae irresistiblemente a su amor, le seduce y le fascina. Adora el presente, que tiene sobre el pasado la ventaja de ser todavía. Le entusiasma nuestra época de pasiones, de fiebre, de inquietud cerebral, de delicadeza, de refinamiento, y al hablar de los Goncourt, a quienes quiere porque son bien de su tiempo, porque son singularmente inquietantes por su nervosismo, la nota aguda de sus percepciones, y el encanto dislocado, ardiente, contorsionesco de su estilo, trata de definir, con frases palpitantes, la seducción de ese modernismo, cuyo raro encanto tortura la frase de los Goncourt, inquieta el pensamiento de Bourget, afila el lápiz cruel de Forain, enternece las parisienses fantásticas y tan gráciles de Villette, acaricia las fantasías de Meilhac y languidece una melodía de Massenet. En todas las páginas de Lemaître flota ese raro encanto, y los ensueños que inspira son dulces y frágiles. París es el nido de amor de este modernismo: en él se siente a su gusto y vaga libremente entre las calles desbordantes de ruido y de alegría, recreándose en los rizos de las mujeres elegantemente ataviadas, metiéndose en los teatros, en las exposiciones de pintura, y descansando en las bulliciosas terrazas de los bulevares. La vida intensa de París, en donde las impresiones se agolpan y se multiplican, estaba hecha para seducir a ese enamorado del vivir que se llama Julio Lemaître. Mejor que nadie saborea esa fascinación, y no se cansa de ella. En unas cuantas líneas seductoras analiza el parisianismo: «Son, dice, ciertas combinaciones de sentimientos que nos son propios, cierta atenuación del egoísmo, por el deseo de agradar, el dón de mezclar ternura o ironía a lo que si no sería un crudo libertinaje, la especie particular de bondad que engendran el escepticismo y el hábito de diversiones en que la ironía tiene siempre un puesto; lo que Oswaldo y la señora Alving, en el drama de Ibsen, llaman la alegría de vivir; pero sin arrebatos ni feroci-

dad, con un deliberado propósito de apartamiento burlón, un propósito de no ser trágico, ya en el dolor, ya en la voluptuosidad..., en el fondo, como veis, un yo no sé qué.» Es, en efecto, difícil definir el parisianismo, porque no se podría precisar la gracia desconcertante y la misteriosa seducción que impregnan el aire de París, y hacen que se ame a esa ciudad en donde la felicidad se esparce como una mujer de raros atractivos.

Este deseo de vida ha llevado a Lemaître hacia el teatro. Ha querido dar vida él también a personajes, a fin de verlos en escena. Pero en varias de las obras que compuso asoma el diletante, y aparece perfectamente desligado de los seres que creó. De aquí dimana también su curiosidad de la observación real, que le ha llevado a estudiar el mundo fuera de los libros y a contemplar, como divertido espectador, las costumbres modernas, y hasta las políticas, como lo demuestra *el Diputado Leveau*.

Así, el diletante gusta de la belleza y de la vida, y el arte y la existencia le renuevan sin cesar la dulzura de sus impresiones. En el arte y en la vida, parece buscar la salud que prolonga la alegría y rechaza a la muerte. El buen equilibrio de las fuerzas y la armonía de la razón le parecen aportar la duración de la dicha. Las sensaciones demasiado exacerbadas, los sueños torturadores de una belleza enfermiza, turban la serenidad del corazón y del espíritu, y es preciso no sentirlos sino de paso, como perversas fantasías que sazonan la existencia a dosis pequeñas y la envenenan a dosis violentas. El juicio—esa arma preciosa que preserva de los extravíos de la imaginación—sabe mantener el sabio equilibrio intelectual. Lemaître así lo hace respecto a las ideas. «Nosotros, los burgueses de París y de provincias, tenemos, a pesar de todo, un extraordinario afecto al buen sentido. Es un antiguo gusto de la raza. Lo tenemos casi todos, más o menos, Malherbe, Boileau, Voltaire y Thiers, en la medula.» Hace aquí el valiente, y se olvida de que su corazón tiene mucho que hacer para de-

fenderle de los impulsos de su simpatía, que gustosamente le arrastraría hacia los sueños de belleza singulares y sutiles.

Su misma lengua es muy sana y muy clara. Sabe siempre emplear la expresión justa, la palabra exacta, y no se detiene en complicaciones amaneradas, en afectaciones inútiles. Es sencilla, de una sabia sencillez que conoce todo su valor.

Así, Julio Lemaître encarna la alegría del diletantismo moderno. Tiene el escepticismo amable, la condición seductora, la delicada simpatía y el amor a la vida, que hacen perdonar el rebuscamiento egoísta del placer y el hábito de complacerse en las propias sensaciones. Muy desligado de todas las cosas, gusta de proclamar la vanidad de ellas; sabe multiplicar y embellecer su existencia con la variedad de los espectáculos que contempla o que se da a sí mismo.

¿Es el diletante en toda la acepción que se puede dar a esta palabra? ¿Es aquel cuyo pensamiento ha comprendido todas las artes y todas las literaturas, cuya inteligencia ha sondado todos los misterios de la vida y de la belleza? No, ciertamente; por haberse detenido demasiado entre las obras literarias, no ha tratado de penetrar en los esplendores pictóricos y musicales, y, si le gustan las magnificencias de la Naturaleza, nunca es sino de paso y sin dejar en ella un poco de su corazón. La pintura le es extraña, a lo que parece; nunca se encuentra en sus libros una sensación de cuadro. Y en cuanto a la música, confiesa ingenuamente que se ha quedado en las romanzas; no es esto, sin duda, más que una bravata, pero es cierto que el genio de un Beethoven o de un Wagner le deja indiferente.

Es un espíritu puramente literario. Aquí está el secreto de su talento, y también el de su debilidad. Fácilmente hubiera sido un alma libresca, si no le hubiese preservado su escepticismo. Su inteligencia, demasiado culta, se hubiera complacido en suscitarle interesantes recuerdos de sus lecturas, si no hubiese poseído el arte de no gustar más que suave y pasajera-mente de los escritores.

Lo que domina en toda su obra es un delicadísimo sentimiento de la belleza. La belleza es la sonrisa de la vida, llena el alma de luz y de alegría; es bella, y esto basta para transformar la existencia, ahuyentar el tedio y la tristeza, acariciar los seres y las cosas.

Así, una gran parte de su obra es alegre y desbordante de vida y de salud. Podría simbolizarse en esa comedia caprichosa de *Flipote*, en que la vida exterior se muestra en plena luz, y que fue escrita—nos dice su autor—en medio de la felicidad. Por la alegría que aporta el diletantismo parece ser así la facultad de gozar de todas las cosas.

III

La tristeza del diletantismo.

Una antigua tradición atribuye a Virgilio estas profundas palabras: «De todo se cansa uno, menos de comprender.» Hay aquí como un llamamiento melancólico a la inteligencia consoladora que salva de los sufrimientos del corazón y de las tristezas de la vida. Pero la inteligencia no ha respondido a esta abjuración suprema, y he aquí que los diletantes se nos muestran fatigados de gozar de las cambiantes sensaciones, y piden a su cerebro que olvide todas esas cosas y guste del reposo que gustan los sencillos y los creyentes. Anatolio France proclama la inutilidad del pensamiento y el bien de la ignorancia, y Julio Lemaître murmura dulcemente: «Los que tratan como yo de entrar en todas partes, es, a menudo, porque no tienen casa propia, y hay que compadecerlos.»

No en vano ve el hombre en la vida un único fin de goce; siempre se mezcla a la felicidad un poco de amargura; y si el Amor y la Muerte marchan juntos a través de las edades, la alegría y el sufrimiento parecen misteriosamente unidos. La Belleza, que nos transporta a cielos superiores, tortura también

nuestras almas, sobrecogidas de una angustia indefinida y vaga, en presencia de esplendores demasiado intensos para nuestra debilidad, y experimentan ese doloroso estremecimiento que nos causan caricias demasiado suaves. La complejidad de nuestros orígenes nos ha entregado para siempre a los incansables combates de las influencias pagana y cristiana que se disputan nuestro corazón, y no podemos gozar de los placeres de la tierra sin presentir en nosotros el deseo de las supremas delicias y la obsesión de la inquietud divina.

Hace un momento, Lemaître se nos presentaba como la encarnación de la alegría del diletantismo; ahora nos parece encarnar la tristeza de éste en su alma cambiante. En él se reflejan, ya lo he dicho, todas las ideas y los sueños de su época, y es un maravilloso campo de experimentación para el estudio de esa alma moderna, tan flexible y tan atractiva, tan difícil de fijar en sus múltiples evoluciones.

El escritor no lanza en su obra esas lamentaciones que repercuten a través de los siglos, llevadas hasta las edades lejanas por los poemas de belleza. La ironía de un Heine, el corazón roto de un Musset, el espíritu rebelde de un Ibsen, pueden proferir esas requisitorias contra lo malo de la vida y la muerte inevitable de nuestros sueños y nuestros amores. El es de otra raza de espíritus; no es ni un fuerte ni un rebelde; por eso permanece hostil a la emoción violenta y a la elocuencia inútil. Sólo flotan en su obra dulces murmullos de pena, tristes y fugitivos como esas blancas gaviotas que rozan apenas las aguas de los lagos tranquilos. Son prontamente olvidados, o bien su autor tiene el pudor de ocultar sus heridas a la multitud indiferente, como esas enamoradas que disimulan en sus pálidas sonrisas la melancolía de sus amores rotos. Pero esta exquisita sensibilidad, que un roce asusta y que oculta una especial aptitud para sufrir, conserva la profunda huella de los dolores velados, y por mucho que la frase caracolee con gracia y chispee alegremente, adivínase en ella el misterioso secreto de las vanas ternuras y de los sueños irrealizados.

Las campanas no son alegres sino en apariencia, y el alegre saber sería muy pronto el triste saber, «si no permaneciese superficial y ligero, si se adentrase un poco en el corazón humano». El diletantismo enseña bien a aspirar las flores sin cogerlas, pero los perfumes se volatilizan y las flores se marchitan. En medio de sus placeres de arte, la vanidad de todo contrista al crítico, desesperanzado de pronto, al pensar que escribe nada sobre poca cosa. Piensa así en el *Gato Negro*, viendo desfilan las sombras chinescas, porque, por un raro contraste, siempre en los lugares alegres es donde se ve más acusado por la metafísica: «Puesto que no podemos conocer sino ínfimas parcelas del universo, y no podemos influir en él sino en una medida completamente insignificante, hagamos en nuestro rincón, bajo nuestra lámpara, un sueño que nos absorba, y procuremos morir en ese sueño. Y dejémonos desaparecer lentamente, como pobres y pequeñas sombras chinescas que somos.» ¿No hay en estas frases intencionadas y suaves como un deseo de detener un dulce sueño de diletante y de impedirle que huya desesperadamente como todas las cosas hacia las regiones desconocidas, de las que nunca se vuelve?

Siempre habrá un sufrimiento inexplicado en el mundo, y una prueba de esto es el cansancio del diletante. No se puede dar una razón precisa, sino que todo es vanidad, y que el fondo de todas las cosas es triste, formado por esos furtivos pesares, esas breves inquietudes, esos dolores súbitos que rozan al ser rezagado en las caricias de la vida y del arte, al que no pide precisamente a las cosas sino que no le hagan sufrir. En nosotros mismos, este principio de amargura es el que perturba toda sensación de felicidad. ¿Por qué el esplendor de un oca-so de empalidecidas tintas, de un rosa delicioso y de un oro inefable, nos llena el pensamiento de una misteriosa tristeza y nos evoca el fantasma de la muerte? Una velada de fiesta, una noche espléndida de animado baile, lo grato de las músicas entre el follaje primaveral, nos inundan de una inquietud profunda que encierra una rara voluptuosidad y, en esta vida en

que chocan todos los contrastes, los días alegres son los que a menudo nos turban hasta el fondo de nosotros mismos y suben a la superficie las melancolías enterradas en nuestra alma.

Una danza rápida y curiosa basta para evocar la muerte en el pensamiento de Julio Lemaître, y la risa macabra le da un estremecimiento interior. «Y en el fondo, dice, esa misma risa misteriosa e indefinible es la que el pintor Villette presta a sus parisinas; esa risa de la muerte es la que hace brotar, bien blanca, entre los entreabiertos labios de aquéllas y la que les da, no sé cómo, un aspecto de estrigias y de abismos inocentes...» Y en otra parte, este mismo pensamiento de la ilusión breve de la vida que la muerte se apresta a devorar, le atormenta mientras que contempla una brillante pantomima en el Nuevo Circo: «No existiendo más que un punto del tiempo, escribe, el resto es una negra noche que poblamos por una fantasía de la que ni siquiera somos dueños. ¡Ah! ¡No somos nada!, como habla Bossuet. ¡El sueño de una sombra!, que dice Píndaro. La idea que hemos vivido tantos años—porque esto lo atestiguan las fechas,—y nosotros no lo sabemos sino por ellas; que esto es, pero que de ello no comprendemos nada; que toda esta vida vivida es irrevocable, y que esto es horrible, bien que sea la más vana de las vanidades... Si queréis, hablaremos de otra cosa.» En vano se esfuerza el diletante en querer echar las visiones tristes que hacen melancólica su vida: vuelven siempre obstinadamente. Nada puede evitar su presencia; aparecen en todo momento, como fin inevitable de toda reflexión, unas veces vaporosas, fluidas, apenas perceptibles; otras veces muy próximas, muy precisas y dulcemente afectuosas.

Además, la Belleza, de la que el diletante es el amante fiel, se reviste fácilmente a los ojos habituados a su contemplación de un misterio frágil y doloroso. Las miradas que la han visto demasiado conservan el reflejo de un esplendor inalcanzable e imposible, y ella conserva igualmente siempre esas líneas indecisas que acusan la imposibilidad de conocerla por entero.

E. M.—*Setiembre 1914.*

Julio Lemaître ha sufrido esta rara impresión, como todos los refinados de arte que, a su pesar, y a pesar de las formas puras y claras, se van a buscar, cada vez más lejos, la sensación de la Belleza inalterable y perfecta, y se detienen a veces en las gracias lánguidas y en las exquisitas fantasías. Esta belleza de neurosis, hecha de encanto lánguido y de grácil armonía, le atrae muchas veces; las literaturas decadentes, los caprichos de artistas dolientes, le prenden un poco de su pensamiento. Sin duda, el equilibrio de sus facultades intelectuales y morales, la salud espiritual de que parece gozar, le preservan de incursiones demasiado frecuentes al país de los sueños sutiles y de los ensueños vagos, pero le mira en ocasiones como una tierra de promisión, donde gustaría a veces de goces aún ignorados. Un baile de espectáculo le suscita esa evocación de pálidos fantasmas deslizándose suavemente entre perfumes enervantes. «Me imagino, en un decorado de cristal, un baile muy lento y todo blanco, de una melancolía misteriosa, bailado por muchachas pálidas, de cabellos de lino; un baile de almas, un baile *swedenborgien*, un sueño de Seraphitus-Seraphita...» Y su imaginación enfermiza vaga entre esas formas indecisas aparecidas como un sueño.

Así, su sueño de belleza, que parecía alegre y sonriente, se entristece al estímulo de imposibles y misteriosos deseos. Si el arte no le da toda la felicidad anhelada, la vida no puede tampoco satisfacerle. Su conciencia de hombre no ha abdicado por completo ante la busca del placer. Se da cuenta de la existencia de esta ley: la humanidad no vive de dudas, sino de creencias. Y si él se halla incapaz de creer, desea a los otros la fe que no supo guardar.

Lo que le interesa en Ibsen, este genio inquieto, es que piensa en alta voz y lleva a las ideas nobles. La preocupación de la solidaridad humana viene a veces a burlar su egoísmo, y para apartarle se repite a sí mismo que el escepticismo no hace daño a tercero, y que, de otra parte, los escépticos pueden ayudarse entre sí, y endulzar la vida con la bondad y la toleran-

cia. Pero sabe bien que se engaña, y que el escepticismo no bastará nunca para consolar a los hombres ávidos de afirmación y no de incertidumbre.

En un simpático análisis del alma de Bourget, ese otro inquieto, cuyo pensamiento sufre dolorosamente por no poder fijarse nunca, y que parece, sin embargo, encaminarse cada vez más hacia la creencia, estudia la preocupación moral que acompaña siempre al autor de *Cosmópolis*, y de la que él mismo padece en ciertas horas de tristeza: «... Esto no impide, añade, vivir como los otros, gozar, llegado el caso, del cielo, del aire puro o hasta de la sociedad de los hombres y las mujeres; pero, en los momentos en que se piensa, no se puede en modo alguno, fuera de una fe positiva, ser optimista: hay demasiados sufrimientos inútiles y absurdos, y, por todos lados, una negra muralla harto espesa... Sin duda, la ausencia de creencia positiva y el espíritu de análisis pueden, en algunos, degenerar en negligencia (véase Montaigne); pero no en aquellos cuya sensibilidad para el bien y el mal moral está excepcionalmente desarrollada.»

Ya no se trata aquí de gozar y de tomar de las cosas su parte de placer; el escritor toma al fin la vida muy en serio, y confiesa que el diletantismo no es sino una negligencia del espíritu y del corazón, imposible para los que tienen demasiada sensibilidad moral. En cuanto a él, se da cuenta de los deberes de la vida con los demás y con uno mismo: la conciencia es su guía. Pero ¿está bien seguro de esta conciencia en toda ocasión, y no es esta misma conciencia un patrimonio de las generaciones creyentes que le han precedido?

Esta preocupación moral ensancha el campo de su pensamiento: si le aporta más tristeza, le da también mayor grandor y nobleza. El ironista que hay en él sale pronto al encuentro del inquieto pronto a surgir. El diletante que quiere ser, rechaza lejos de sí estas melancolías de un instante que turban la pureza de su cielo: acusan, sin embargo, la persistencia en su alma de la primitiva creencia que fortifica y consuela.

De igual suerte, la religión ha conservado su atractivo para él. No son raros los artistas contemporáneos que han conservado el gusto de la piedad y del misticismo, sin perjuicio de haber perdido toda fe. En vano quiere explicar Julio Lemaître que la curiosidad por las religiones es uno de los sentimientos más distinguidos de nuestra época refinada: una simple curiosidad no bastaría para justificar esa obsesión de la idea religiosa, que experimentan hasta los más orgullosos, incluso los más incrédulos.

Oid a Lemaître celebrar las creencias de su alma de niño: «Amamos la religión de nuestras madres, porque es perfectamente misteriosa, y se encuentra uno cansado, en ciertos momentos, de la ciencia, que es clara, ¡pero tan corta!, y de la que se desliga uno un poco al ver la suficiencia de que llena a los espíritus mediocres.» Hojead su obra; encontraréis en ella frecuentemente estas quejas del corazón, deseoso de fe y de piedad, y amante de la religión sin creer en ella.

Tal vez el diletantismo no sea más que una falta de energía, una abolición de la voluntad que, a fuerza de apartarse de una elección definitiva, entre los diversos sueños de arte, entre los varios principios de vida, se ha suprimido totalmente, y se ha apartado para siempre del poder de efectuar esa elección. En todo caso, mezcla en una rara unión la libertad de espíritu que flota sobre la religión y la filosofía, contemplándolas con una simpatía idéntica, y el deseo de acabar de una vez con su incertidumbre, aunque sea a costa de sus más caras ideas.

La mayor parte de las obras creadas por Lemaître, fuera de sus libros de crítica, lo fueron, sin duda, en horas de exquisita melancolía, por tener el snave reflejo de una tristeza interior. Casi todos sus cuentos, sus dramas, *Rebelde* y *Boda blanca*, y sobre todo, su novela *Los Reyes*, palpitan de un sufrimiento profundo, que nos acusa las heridas de su alma por las que corre su diletantismo.

Tiriru, sabio de Bagdad, no puede soportar la vista del su-

frimiento; no quiere socorrerlo sino de lejos, sin verlo, por medio de intermediarios que transmiten sus limosnas, porque odia a los miserables, por su envilecimiento y su fealdad; es decir, por cosas de que no son responsables. Después de su muerte, para expiar este sentimiento, revive en Turiri el mendigo, y Krika, la mujer compasiva que le cuida, le hace comprender la bondad; la caridad consiste en servir a los pobres, pobremente, en entrar en «sus almas de pobres», en amarlos por su resignación y sus miserias. «Porque, añade el cuentista, el fin del universo no es la producción de la belleza plástica, sino de la bondad» (1).

Este tema, que recuerda el sublime *Mikail* de Tolstoi, es raro en un diletante. Pero el escritor, cuando crea, deja hablar a su corazón y hace callar a su espíritu: «Es, por lo tanto, cierto—dijo el viejo Calixto, al pensar en Myrra la cristiana,—que llevamos en nosotros sentimientos y pensamientos ignorados por nosotros mismos, y que el alma más límpida y más pura tiene sus tinieblas...» Así, el autor de *Los Reyes* tiene en su alma rincones desconocidos, en donde se ha conservado intacta una sensibilidad que palpita al contacto del sufrimiento.

Mirad el desfile de sus heroínas, toda una teoría de blancas vírgenes de ojos profundos y cándidos, de almas dulces y compasivas; la piadosa Hellé, hija pálida de Temístocles,—y la virgen Myrra, feliz con sufrir el martirio para rescatar el alma de Nerón, de quien esta inconscientemente enamorada,—y Lilith, la hija de Herodes, que va a adorar a Jesús en Belén,—y Serena la cristiana,—y Elena la Rebelde,—y esa grácil Simona de *Boda blanca*, tan exquisita con sus sueños de moribunda, su tenue egoísmo de enferma y su encanto de fragilidad y pureza.

La complicada inteligencia de Lemaître se complace en animar almas sencillas, como ese fraile Norberto, salvado de

(1) Diez cuentos: *Caridad*.

la muerte por un milagro, el hermano del *Juglar de la Virgen*, que tan lindamente celebra Anatolio France. Gusta también de las almas dolorosas, las que estaban hechas para amar y no conocieron el amor; tal la huerfanita Lidia, cuyo amor sencillo y recto hace resaltar el diletantismo de su novio; tal la *mayor*, cuyo corazón se rompe hasta morir. Los dolores secretos y silenciosos le afectan más que los sufrimientos trágicos: «... Nada hay más digno de compasión, dice, que esos corazones inquietos y solitarios, ávidos de darse, y que nadie ha querido tomar, que han prodigado tesoros inadvertidos y estériles, y a los que la muerte arrebató, exteriormente intactos, pero desgarrados por dentro, porque se han devorado a sí mismos.» Dos virtudes le atraen más que todas las otras, porque tienen un delicioso encanto de blancura inmaculada: la pureza y la caridad.

—¿Es usted pesimista, señora?—dice un personaje a Elena, en *Rebelde*.

—Sí, señor—contesta ella,—aunque me molesta mucho. ¡Hay tantos imbéciles que lo son! Verdad que hay muchos también que no lo son.

A Lemaître le molesta mucho también ser pesimista; por eso lo disimula con tanto cuidado. Así como *Flipote* encarna la alegría de su diletantismo, dos mujeres muy diferentes pueden encarnar su tristeza: Elena la Rebelde y la Frida de *Los Reyes*. Elena es una hermana de Froufou, en cuya alma se han amasado el rencor de su abandono de la infancia y el odio de la desproporción entre su sueño y la realidad; es de la familia de las Hedda Gabler y de las Nora de Ibsen, con menor encanto extraño y singular atractivo. La figura de Frida de Thalberg, grácil y dolorosa, es más viviente y cautivante que la de Elena. También ella es una rebelde, pero es una creyente y una enamorada, y la gracia frágil de su belleza conmueve y seduce dulcemente. Una noche de su infancia, es perseguida en el convento por sus crueles compañeras, que saben la condena del abuelo de aquélla, desterrado a Siberia, y esta

injusticia le llega al alma, y llena su espíritu de rebelión contra la vida mala... «Pensó que ella era, en efecto; *como su abuelo*; que era perseguida como él, porque tenía un alma diferente de las demás, y pensamientos desconocidos de los que forman en todo país la *sociedad regular*. Se exaltaba en un sombrío orgullo. Esbozábale en ella una insurrecta. A través de la inmensidad de las estepas, comulgaba con el abuelo, que sufría allá, en la casa de los muertos, y, desde lejos, le enviaba un gran beso de amor...» Desde aquel momento tuvo una inmensa piedad amarga, por el incontable número de los dolientes de todos los países y todos los siglos. Con todo el poder de su pálida belleza diáfana de madona niña; con toda la seducción de sus ojos, que son «del color de los lagos en que se miran pálidos verdes»; con toda la dulzura acariciadora de su espíritu y corazón, influye en el príncipe Hermann para que repare las injusticias sociales y consuele el dolor de los humildes y de los desheredados; y cuando muere su sueño, el amor invade toda su alma, y ya no sabe más que amar hasta la muerte...

Así la tristeza domina al diletantismo; la alegría no va sin sufrimiento, y aunque el diletantismo rechaza la inquietud de la belleza y de la vida, y se complace en su despego de las cosas, no logra alejar la idea de que todas las sensaciones son vanas, y de que la existencia tiene quizá un fin serio e ineludible que llena de melancolía al soñador retrasado en la contemplación de sus sueños. Haber querido abarcarlo todo, comprenderlo todo, sentirlo todo, no deja en el corazón sino un vacío inmenso, y el diletantismo, que es el sueño de gozar de todas las cosas, es irrealizable, como los son todos los sueños...

IV

Símbolos del diletantismo moderno.

Si yo hiciese crítica literaria, y no un estudio de las ideas modernas y de las relaciones entre la vida y el arte contempo-

ráneos, hubiera podido señalar la estética pautada, clara y armoniosa de Julio Lemaître, sus hábitos un poco singulares e indolentes de crítico, y también el entorpecimiento que padecía su pensamiento creador en los tiempos de sus primeros cuentos y sus primeras comedias; el diletante parecía ahogar en él al autor que le costaba trabajo dar vida a sus personajes, y que no se desligó sino lenta y penosamente del trato con los libros y de la influencia de éstos. Pero tales defectos literarios confirman el análisis de su estado de alma, y prueban la fuerza del diletantismo, capaz de contener el impulso del pensamiento y la emoción del corazón, que son los que hacen grandes a los escritores y emocionantes a las obras. Artísticamente, *Los Reyes* es su mejor libro, aunque a veces le perjudican la gacetilla y lo novelesco; pero la frase es viva, las almas sufren, los seres se quiebran bajo el inevitable destino, y un encanto indecible e inquieto flota sobre todas estas páginas.

Así como no se comprende bien lo que se puede experimentar, así gusta sobre todo evocar a los seres que se nos parecen como hermanos, y en los que podemos encarnar algo de nosotros mismos. Tres veces, inconsciente quizá, ha simbolizado Lemaître el diletantismo, que es la esencia de su alma, y las tres veces lo ha hecho con una tristeza y una inquietud que acusan el desencanto de su sueño y la vanidad de su alegría. Sereno, Jacobo de Thievres y el príncipe Hermann llevan los tres en la frente el signo de la melancolía, por no haber podido elevarse a las creencias puras: la duda ha entrado en sus corazones para siempre, y la vida les demostrará la inutilidad de su buena fe y la debilidad de su voluntad. Estas tres figuras están dibujadas con esa expresiva dulzura que indica la obra preferida del escritor; en ellas parece haber resumido su pensamiento sobre las cosas, y por esto son ellas maravillosamente sugestivas.

Sereno es un romano de los primeros tiempos del Cristianismo. Su padre era un ejemplo de las contradicciones del carácter: ambicioso y convencido de la vanidad de las cosas,

voluptuoso y pronto a sentir la amargura que yace en el fondo de los placeres carnales, amante de la vida que menosprecia, lleno de deseos y vacío de ilusiones. El hijo fue un muchacho inteligente, impresionable, dulce, reflexivo y sin alegría: de su infancia guardó la profunda impresión de los cristianos quemados por Nerón, y también la de Séneca el estoico, de alma de héroe.

Su alma tornadiza se prenda alternativamente de las diferentes concepciones de la vida. Después de haber practicado el estoicismo, ama a Lycisea, y se desquita de los placeres que había despreciado; pero conoce el disgusto y el cansancio de las voluptuosidades, sin haber gozado su embriaguez, porque quiere observarse a sí mismo y pierde todo gozo por el análisis. Después de quince años de libertinaje, en los que conserva una dulzura ingenua, languidece en un inmenso tedio, y resuelve morir. Combina un suicidio de refinado, que le falla por completo, merced a la intervención de su hermana Serena, la cristiana.

Esta le lleva a los discípulos de Cristo. El los admira, pero no puede determinarse a creer: le molesta que aquellos hombres desprecien tan rotundamente la sola vida de que estemos ciertos... «Me chocaba, dice, que aquellos santos estuviesen tan seguros de tantas cosas, y de cosas tan maravillosas, cuando, por mi parte, había buscado tanto sin encontrar, tanto dudado en mi vida, y puesto, finalmente, mi orgullo en mi incredulidad.» Si no entrega toda su alma a la fe, halla, por lo menos entre los cristianos, «la bondad de los corazones sencillos, la resignación de los miserables, el amor del sufrimiento, la castidad sin tacha». Por simpatía, pero sin creer, recibe el bautismo, en espera de ser tocado por la gracia. En fin, encarcelado con otros cristianos, rehuye el martirio, por temor, no a la muerte, sino al dolor y la fealdad que producen los suplicios, y toma un veneno después de haber escrito estas palabras: «He buscado sinceramente la verdad, me he esforzado, en mi adolescencia, en alcanzar la santidad tal como yo

la concebía. Y si he sido perezoso, voluptuoso y débil, si he hecho poco por los otros hombres, los he tenido siempre mucha indulgencia y piedad.» Muere, pues, en la incertidumbre, no habiendo hallado la paz, ni en la voluptuosidad ni en el renunciamiento.

El cuento debería terminar aquí, y conmovería grandemente por la buena fe y la tristeza de ese espíritu dolorido; pero el ironista reaparece al fin con la historia de una resurrección de yegua operada por las reliquias de Sereno, el pretendido mártir. Y esta broma vulgar atenúa el alcance de la obra, que se halla lejos, como armonía de la frase y elevación del pensamiento, del *Testamento de Silvano*, en donde M. de Vogué encarna la lucha del cristianismo y del paganismo bajo las magnificencias del cielo oriental.

Así, el escéptico Sereno no puede creer, y lo lamenta dolorosamente. Esta incertidumbre de su pensamiento hace sufrir a su alma, ávida de amar y de descansar en la fe definitiva. La alegría es difícil para el que no tiene creencias, y el sentido de la vida le es oscuro y triste.

El segundo personaje en que Julio Lemaître simbolizó la inquietud que se disimula bajo la careta del diletantismo, es el Jacobo de Thievres de esa *Boda blanca*, que es una obra exquisita de un arte un poco enfermizo, y que no fue comprendida por el público de la Comedia Francesa. Jacobo es un ocioso que se aburre, un vividor hastiado, que ha abusado de las sensaciones de la vida, y que no ha conservado en el naufragio de sus ilusiones y de su voluntad sino un espíritu curioso de sensaciones raras y un corazón indulgente y bueno. Sueña con llevar la felicidad a una pobre tísica, a la que la muerte amenaza, y que tiene sed de ternura, haciéndola creer en su amor, y casándose con ella castamente. «Saldrá de esta vida, dice él aludiendo a la grácil Simona, sin haber conocido de los hombres sino lo más puro y mejor que hay en ellos: la simpatía sin deseos y la casta piedad.»

Pero Jacobo se conoce bien cuando dice de sí mismo: «Yo

no soy más que un egoísta y un curioso, que no tiene por toda virtud sino un poco de indulgencia y de dulzura.» No hace, en suma, sino un experimento de hombre hastiado, contento con descubrir una nueva sensación, y hacer un poco de bien satisfaciendo su propia curiosidad. Y su experimento se vuelve contra él, y Simona muere, porque ha visto y comprendido que el pretendido amor de Jacobo era mentira, habiendo conocido de la vida y del amor lo suficiente para sufrir por ello hasta adelantar su muerte.

La verdad de este drama doloroso, en el que están frente a frente un alma toda blanca y toda inmaculada, y un espíritu artificial y corrompido por la busca de la sensación, es sencillamente la condenación del diletantismo. Así lo ha comprendido su autor, cuando, en su defensa de *Boda blanca*, escribía: «Y la moraleja del cuento, es que un voluptuoso y un curioso difícilmente puede ser completamente bueno, serlo con eficacia; que lo que pierde a Jacobo es el acometer un acto de caridad propiamente evangélico con un alma que no lo es; que un antiguo D. Juan, o sencillamente un diletante, no tendrá nunca en él sino una cantidad muy pequeña del espíritu de San Vicente de Paul, que se puede hacer mucho daño al ser bueno con espíritu harto artificial, con demasiada complacencia secreta, si acaso puede esto llamarse ser bueno; que la verdadera caridad toda sencillez, y que entraña el olvido de sí, es poco compatible con la actitud de despego de un hombre, para quien el mundo es ante todo un espectáculo...»

Difícil es mostrar más claramente lo malo del escepticismo y del diletantismo, o más bien, no su mal, sino su imposibilidad de producir el bien. Son frutos del egoísmo, y la caridad y la bondad requieren el olvido de sí mismo; no tienen nunca más que una simple apariencia y una pureza convencional; están esterilizados para siempre, y no pueden engendrar ningún consuelo de la vida, ninguna solidaridad humana, ninguna piedad activa y práctica. No serán nunca más que distracciones del espíritu, dedicado a recrearse con los

espectáculos del mundo y negándose a tomar parte en ellos, a unir su esfuerzo con los esfuerzos de la pobre y doliente Humanidad.

Pero el sufrimiento es la redención del mundo, así como la propagación de la idea es el rescate de la sangre derramada en las transformaciones sociales. El diletantismo no está exento de tristeza, porque el espíritu que reflexiona conoce demasiado la vanidad de sus alegrías y diversiones. Si no tiene la voluntad necesaria para marchar en derechura y rechazar las dudas de su alma, conserva la inquietud de vagar dolorosamente a través de los deseos y los sueños, sin detenerse nunca. El príncipe Hermann de *Los Reyes* es el símbolo de esta eterna inquietud del pensamiento, y su figura melancólica acusa la dulzura y el encanto de su espíritu doliente entre las incertidumbres de su voluntad, las fragilidades de su corazón lastimoso y las gratas ternuras de su amor. Busca la verdad, durante su vida de rey celoso de su pueblo; cuando cree abrazarle en su sueño de bondad y de piedad, reconoce que todos los esfuerzos de los hombres son vanos e inútiles, y que el destino maltrata su pobre corazón doloroso y su deseo supremo, y muere en los momentos en que buscaba en el amor el único refugio para su alma rota.

¡Ah! Los que hayan leído esta obra o la hayan visto representar, han debido de sentir pasar por ellos, en ciertas páginas turbadoras, ese misterioso estremecimiento que recorre toda el alma palpitante, y que es como la revelación de la belleza superior y el reconocimiento de ese Inconocible por el que anhelamos. Es el drama sombrío de la incertidumbre, y el príncipe Hermann es el hermano en inquietud y sufrimiento de Hamlet, el brumoso príncipe de Dinamarca; que el drama se desarrolle en un alma en lucha consigo misma, o en un alma en lucha con la idea social y el bien de la Humanidad, es idéntico, y en ambos, *la conciencia hace del hombre un cobarde* al revelarle las concepciones contrarias del pensamiento y aboliendo el poder de la voluntad.

—Los reyes se van porque ya no tienen fe, dice el rey Cristián. Han reconocido que no eran más que hombres, y sufren como todos los hombres. Y, en una entrevista entre Cristián y su hijo Hermann, formúlanse netamente la antigua y la nueva concepción de la realeza. A su padre, que le adjura a creer en su derecho real al cederle la corona, contesta Hermann que su voluntad y su juicio no tienen apoyo fuera de sí mismo; quiere «preparar un estado social en el que esté disminuido el sufrimiento de los individuos, y para esto, disminuir por de pronto la desigualdad de los derechos.»—«¿Crees, dice entonces el anciano rey Cristián, que se suprime el sufrimiento con leyes e instituciones? No se le suprime, puesto que el hombre, a medida que su condición material mejora, descubre nuevas maneras de sufrir. El verdadero objeto de la monarquía es el mantenimiento de una jerarquía querida por Dios, por la que el orden subsiste, ese primer bien de los pueblos, y en la que cada uno tiene su puesto, obedece, se sacrifica y trabaja por sí mismo, para su salvación eterna.»

Pero el príncipe Hermann se obstina en ver en la bondad la mejor solución de los eternos problemas sociales. Trata de tocar el corazón de su pueblo, con su buena voluntad y su amor; pero las más nobles intenciones sucumben bajo los golpes del destino, y el pueblo receloso, sin comprender tal llamamiento, desvanece para siempre las ilusiones que en él puso su príncipe; contra el dolor de su alma que sufre, contra las dudas de su espíritu inquieto, Hermann no tiene nada para defenderse, y se siente desamparado como barco a merced de las olas, y le entristecen todas las lágrimas que ha hecho derramar al querer evitarlas, y todas las lágrimas secretas que él mismo ha derramado durante la noche de su pensamiento incierto. Por este sufrimiento, que es grande y que se apodera de nuestra alma; por este encanto, torturador de melancolía y de piedad, nos atrae hasta su corazón de hombre prematuramente roto por el curso ineludible de las cosas.

Entre sus dudas y sus tristezas se le aparece aquella virgen

pálida y grácil, Frida de Thalberg, a la que ama, porque es su único consuelo, y la cual le corresponde a su amor, porque él encarna a los ojos de ella sus sueños de piedad y caridad. Un amor muy puro y muy frágil entristece estas páginas reflejando ya el mal del pensamiento. Y este amor, que ocupa demasiado puesto quizá en el alma de Hermann, liga aún más al príncipe a la pobre Humanidad, cuyo corazón y cuyo espíritu se estremecen entre las tinieblas de la muerte.

La obra no termina, y esta falta de final aumenta su tristeza. Se lo han censurado, sin embargo, al autor. Pero ¿concluye siempre la vida? ¿No es una mezcla de bien y de mal, de voluntades débiles e intenciones estériles, de sueños y de amores, de goces y tristezas? De otra parte, Julio Lemaître, como su héroe, el príncipe Hermann, no podía elegir entre las diversas concepciones modernas de la vida social: su corazón le atrae a los humildes y a los dolientes, y su espíritu le revela la vanidad de todos los sistemas aptos para hacer la felicidad de todos. No hay conclusión porque no podía haberla, y porque todas son buenas, o pueden ser buenas según la vida y según los hombres.

En esta figura del príncipe Hermann, Lemaître ha dejado desbordar toda la simpática piedad de su espíritu y de su corazón. No ha tenido aquí el valor de disfrazar de ironía o de alegría la tristeza de su diletantismo, que se trueca en esa inquietud eterna, cansada de vagar incesantemente, y deseosa de ternura y de reposo. A medida que avanza en la vida, comprende más que la duda no trae consigo sino un cortejo de penalidades y de errores, que no puede nunca producir el bien ni consolar las pobres almas de los hombres...

Hay en los *Aparecidos* de Ibsen una escena final que causa espanto. Osvaldo, al sentir que la locura entenebrece su cerebro, mira al sol que desgarrá pálidamente las brumas del horizonte, y mientras que su madre, con las manos crispadas en la cabeza, se pregunta con terror mudo si debe cumplir la promesa hecha a su hijo, y salvarle del mal terrible aportán-

dole la muerte liberatriz, el loco, inmóvil en su butaca, pide el sol, aquel sol aparecido de repente como un símbolo de la alegría de vivir... De las más nobles de las obras modernas se alza confusamente una queja idéntica: diríase que también sienten descender sobre ellas el mal de la duda, de la inquietud y de la impotencia; con sus gemidos elocuentes o discretos, reclaman ese sol que da la alegría de vivir y consuela de existir; reclaman esa certeza definitiva—sea la fe o sea la nada,—de la que el hombre no puede prescindir para vivir, y cuyo misterioso secreto no conocerá sino en la eterna visitante, la Muerte de caballo pálido del apóstol San Juan...

ENRIQUE BORDEAUX

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

I

Hacia Francia.

Desde algunos días, las nubes que empañaban el cielo de la política se habían disipado nuevamente, y, por fortuna, se hallaba conjurado todo peligro de guerra.

Tal era el tema de todas las conversaciones.

Así, pues, ya no nos quedaba más que hacer a nosotros, los oficiales, que instruir a nuestros reclutas, ejercitarnos en el servicio de guarnición y formar en las paradas, cuando en nuestros ensueños nos habíamos representado ya a la hermosa Francia, y cuando nuestra imaginación nos había dejado ya entrever lo que podían ser los horrores y las glorias de una campaña.

Y ni siquiera nos atrevíamos, en medio de aquella nueva orientación de los asuntos, a dejar que asomara nuestro despecho, sin granjearnos fama de ligereza juvenil. Así fue que dos de mis compañeros y yo decidimos hacer una excursión a Oberammergau, para ver representar allí la Pasión.

Dicho y hecho; pedimos un permiso de tres días, y sin tardanza, nos encontrábamos, una hermosa mañana, sentados en la diligencia que había de llevarnos al mismo pie de los Alpes de Allgau.

A los veinte años no hay decepción que dure, cosa tanto más cierta cuando se trata de un teniente mozo de reciente promoción.

Por la noche, un ordenanza de telégrafos se presentó inopinadamente en la hospedería donde nos habíamos albergado, y nos trajo la sorprendente noticia de que, a pesar de todo, la guerra iba a estallar: el rey de Prusia había sido ofendido en Ems por el ministro de Francia.

Al oír a aquel hombre, sentimos como si se nos incendiaran las venas. ¡Cómo! ¿La guerra? Era necesario precisar algo más.

Y el ordenanza nos obedeció y precisó; oímosle con la atención extremadamente tensa, y cuando hubo terminado, nos pusimos a discutir acerca de cuál podría ser la verdadera situación.

Hay que decir de paso que en el país en que estábamos, en aquellas estribaciones de los Alpes, las gentes no tenían nada de belicosas; incluso unos modestos burgueses que se encontraban en nuestra hospedería, se manifestaban muy mal dispuestos y no querían creer, a lo sumo, sino en una neutralidad armada.

Pero nosotros, que éramos soldados, no debíamos dudar un instante de la guerra; bien porque se está dispuesto a creer lo que se desea, o bien, y esto sobre todo, porque conocíamos demasiado a nuestro augusto soberano, porque le conocíamos mejor que todas aquellas gentes, cuya lectura diaria se reducía a *El Correo del Pueblo* o de *La Patria*, periódicos a cual peor.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a volver inmediatamente a Kempten?

—Claro que sí; el coche de mañana por la mañana nos llevaría demasiado tarde.

—¡Patrón! Necesitamos en seguida un coche para Kempten. ¿Cuánto nos costará?

—Quince gulden.

—Muy bien; haga que enganchen a escape.

E. M.—Setiembre 1914.

A la media hora estábamos en camino, y a eso de las tres de la mañana llegábamos a nuestra guarnición.

No hablaré de la semana que siguió; fue toda de trabajo, día y noche; pero no nos cansábamos, llenos de entusiasmo y de alegría, y de un humor que triunfaba de todas las dificultades.

El 29 de Junio, a las diez de la mañana, todo el batallón estaba formado en el patio del cuartel; leíanse en todas las miradas la seguridad de vencer y la más absoluta confianza en la persona de nuestro jefe, el teniente coronel Schmidt, quien, a su vez, podía estar orgulloso de sus cazadores.

Conocíalos bien, y sabía que podía contar con todos sus hombres, desde el primero hasta el último.

Severo, pero justo, los había curtido en tiempo de paz en una ruda escuela; pero había sabido también ganarse sus corazones, merced a una incansable benevolencia.

No se encuentra a menudo un jefe así...; pero no es este el momento de retratarle.

Séame sencillamente permitido decir que el 1.º de Diciembre siguiente, es decir, en una época en que ya la guerra nos había endurecido, muchos cazadores estaban a punto de llorar, cuando el que nos mandaba, nombrado coronel de un regimiento de infantería, se despidió de nosotros; séame permitido decir que, de costumbre, siempre que se quería honrar a un jefe y calificarle de caballeroso, evocábase a nuestro antiguo teniente coronel; séame permitido decir que hoy todavía, en todos los lugares en que entonces se reclutaban los cazadores, se pronuncia y se recuerda siempre el nombre de aquél..., y se comprenderá fácilmente que tal hombre se granjease el afecto y la estimación de todos sus subordinados.

No lamentábamos sino una cosa en él: su rápido ascenso, que había de privarnos harto pronto de semejante jefe.

¡Nos hubiera agradado tanto conservarlo! Las palabras

que nos dirigió aquel día fueron las que debían ser, viniendo de él, breves, enérgicas, entusiastas, inflamables.

Y cada cual pensaba para sí: «No te engañas; iremos a donde nos lleves, y quedarás contento de nosotros.»

Se cumplió la palabra: Schmidt tuvo la alegría de ver cubrirse de gloria al 1.º de Cazadores.

Nos pusimos en marcha a las doce cincuenta y cinco de la tarde; la música tocaba la «Guardia del Rhin»; los habitantes nos enviaban su último saludo; lindas muchachas nos decían adiós con la mano; más de un beso fue hurtado al paso, lo que en otra ocasión se hubiera tomado a mal, pero que en aquel día se perdonó en seguida.

Toda la noche fuimos traqueteados por el tren, para no apearnos hasta Mekelsheim, localidad situada entre Bruchsal y Heidelberg.

Desde allí, una marcha fatigosa nos llevó hasta el Rhin, pasando por Wiesbach, marcha que nos permitió darnos cuenta de lo que podían ser las primeras penalidades de una campaña.

Hacía un calor sofocante, que, sin embargo, no me molestó personalmente; ¿no era joven y vigoroso y no me hallaba, sobre todo, estimulado hasta el extremo, por una repentina aparición que había de tenerme anheloso? La catedral de Spira se me había aparecido a lo lejos, y cada paso ahora me iba acercando a ella.

Porque Spira era mi país natal; iba a poder abrazar una última vez a mis padres y a mi hermana, a quienes no había vuelto a ver desde hacía más de un año; y el solo pensamiento de aquel «volver a ver» me ayudaba a sobrellevar animosamente todas las fatigas.

Establecimos nuestro vivac precisamente frente a la ciudad; ante nosotros el Rhin brillaba espléndido, y en la orilla opuesta la antigua iglesia imperial proyectaba en las ondas

sus cúpulas y sus torres, que el sol poniente incendiaba con amplios rayos de oro.

Apenas instalados, vinieron a anunciarme la llegada de mis padres.

Los reconocí de lejos; acercábanse haciéndome signos cariñosos, mientras que mi hermanilla corría a mí, todo lo de prisa que le permitían sus piernas.

Fue un encuentro inolvidable; por desgracia duró harto poco, pues llegó una orden para que saliesen inmediatamente del vivac todas las personas extrañas.

Al día siguiente, nuestro batallón se puso al frente de la brigada y atravesamos la población para dirigirnos hacia el Oeste.

Mi pelotón formaba la punta de la columna; he de decir que nunca me sentí más orgulloso que aquel día en que, por primera vez, pasaba por mi ciudad natal al frente de mis cazadores, mientras que todos los habitantes nos dirigían curiosas miradas y nos contemplaban con interés creciente.

Todos naturalmente me reconocieron; señalábanme con el dedo, me lanzaban miradas significativas, enviábanme besos.

Más adelante, se me permitió una vez más dejar mi acantonamiento para volver a Spira a dar un postrer adiós a la casa paterna.

No había de volverla a ver hasta el 8 de Enero de 1871, cuando me llevaron a ella para curar mis heridas, inanimado de dolor y frío, en los huesos, con el brazo roto, las carnes abiertas.

El 4 de Agosto, antes de amanecer, dejábamos el campamento de Germersheim; no tardamos en oír los primeros cañonazos que venían de Wissemburgo.

Hubiérase dicho el lejano fragor del trueno; y esto nos producía el efecto de un imán poderoso que nos obligaba a andar más de prisa, hasta al punto de que casi llegábamos a tomar el paso de carrera.

Pero todo fue estéril; en vano nos apresuramos; estaba escrito que habíamos de llegar demasiado tarde, y que no seríamos de la partida en aquel día famoso en que, prusianos y bávaros, en fraternal alianza, iban a recibir el bautismo de sangre.

Llegamos a tener celos de nuestros compañeros del 11.º cuerpo bávaro más felices que nosotros, a los que les había sido dado ya recoger los primeros laureles, ante los mismos ojos del príncipe imperial, que mandaba el tercer ejército, jefe queridísimo entre todos, hacia el que estaban vueltos todos los corazones de la Alemania del Sur.

De concierto, hay que decirlo, con los cuerpos V y XI prusianos, habían infligido tal derrota a nuestros enemigos, que, con la mejor voluntad del mundo, no nos quedaba otra cosa que hacer sino poner un freno a nuestra impaciencia.

Así fue, que estábamos de muy mal humor aquella noche del 4 de Agosto, cuando, cerca de Langen-Kandel, nos obligaron a instalarnos en un vivac húmedo e ingrato.

Llovía a torrentes y sin cesar, hasta el punto de que el agua nos corría por todo el cuerpo y se metía en las botas.

Esto no me impidió, sin embargo, dormir muy bien y pasar una excelente noche; tampoco tuve demasiado frío, gracias a la solicitud de los campesinos de las cercanías que, al traernos más paja de la que estaban obligados, lograron hacer muy aceptable nuestro campamento.

Todas aquellas buenas gentes eran, en general, de una generosidad como nunca he encontrado en ninguna región de Alemania.

Cierto es que tenían razones muy especiales para felicitarse de nuestra presencia; el enemigo se hallaba apenas a nueve kilómetros de allí, y aquellos desdichados lo hubieran pasado mal si, por desgracia, le hubiésemos dejado llegar hasta ellos.

El 5, por la mañana, hacía ya mucho tiempo que estábamos preparados, cuando nos llegó la orden de marcha.

Aguardábamos con ansiedad el momento de ponernos en

camino, impacientes por acercarnos al campo de batalla de la víspera, y, con la esperanza de ver todavía al enemigo, intentar un último ataque que nos pusiera frente a él.

No tardamos en ver, desde las alturas de Schweighoffen, la ciudad y la región de Wissemburgo, teatro de la batalla de ayer; la emoción era grande en nuestras filas cuando entramos en aquel hermoso e interesantísimo país.

En el recodo de un camino, dentro de un vasto jardín, había 500 prisioneros franceses, custodiados por cazadores bávaros del batallón núm. 10; eran, en gran parte, turcos; puede imaginarse con qué curiosidad los contemplaban nuestros hombres.

—¡Valientes diablos negros!—declaró un bávaro;—tienen cabezas de mono, y diríase verdaderamente que no son seres humanos.

Eran numerosas las reflexiones de este género; la vista de aquellos prisioneros absorbía tanto a nuestros soldados, que nos costaba un trabajo ímprobo el hacerlos andar.

En aquel momento, nos parecían todavía cómicas todas aquellas figuras de regiones lejanas, y aún no conocíamos su valía y su bravura; más adelante, cuando los encontramos frente a frente en la batalla, aprendimos a juzgarles como se merecían.

Pero he aquí que, de repente, llega un largo grito desde la vanguardia de la columna, recorriéndola toda ella, como un estremecimiento.

—¡La frontera! ¡Aquí está la frontera!

Entonces, espontáneamente, mil voces se ponen a entonar la canción famosa que se eleva al cielo:

«Repercutió un llamamiento como el rumor del trueno»,

y continuamos acompasadamente nuestra marcha sobre Altenstadt.

El poste fronterizo de Francia se encontraba precisamente apoyado en la primera casa del pueblo.

«¡Hurrah, hurrah, hurrah!» Con estos gritos, agitando nuestros cascos, y saltando de gozo, desfilamos ante él..., y de nuevo, en nuestras filas, se alzó vigorosamente el glorioso canto:

«Patria querida, descansa tranquila
fiel y fuerte vela la guardia del Rhin.»

Y allá abajo, a nuestra izquierda, en ondas brilladoras, rodaba nuestro viejo Rhin; rodaba chispeante, y en aquel momento solemne le juramos cumplir con nuestro deber, para que siga siendo alemán, y no le franqueen nunca los franceses, como no sean prisioneros.

Todos hemos cumplido nuestra palabra.

Por el camino que seguíamos, habían debido pasar, poco tiempo antes, tropas prusianas, a juzgar por los numerosos restos de paquetes de cartuchos que se encontraban diseminados.

Eran, sin duda alguna, los batallones y regimientos alemanes que, el día antes, habían ido al combate de Wissemburgo.

Durante mucho tiempo todavía después, todos aquellos bravos, que por primera vez iban al combate, debieron de oír resonar en sus oídos la voz de mando de ¡carguen!, pronunciada precisamente frente al poste fronterizo.

Reinaba el mayor desorden en Altenstadt, desorden como tuvimos ocasión de encontrar a menudo durante la campaña, en las poblaciones situadas en los campos de batalla o en sus cercanías.

En la mayor parte de las casas había heridos; por todas partes, banderas blancas con la cruz roja indicaban que tal o cual vivienda había sido convertida en ambulancia, y debía permanecer al abrigo de las requisiciones.

Y, sin embargo, Altenstadt me seducía por un encanto particularísimo que me hacía preferir esta localidad a las otras

de las que he conservado el recuerdo; una muchacha, una judía, bella como la aurora, estaba en una ventana entreabierta, y, por su gracia, era el objeto de la admiración general y el punto de mira de todas las miradas.

No me chocaría que Makart se sirviera de ese modelo encantador cuando pintaba su *Judit*.

Pero he aquí que por primera vez aparecía ante nuestros ojos la espantosa realidad de la guerra; varias víctimas de la batalla de la víspera, a las que no se había tenido tiempo de enterrar, estaban allí, ante nosotros, en todo su horror. Eran hombres del regimiento 47, que diez y ocho horas antes se habían mostrado tan bravos en el asalto del Geisberg.

El espectáculo de esos primeros muertos que se encuentran en un campo de batalla os produce una espantosa emoción; están allí tendidos, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente al cielo, con las manos crispadas por la convulsión, y como queriendo rechazar el dolor, con el pecho agujereado..., y quisiérase socorrerles, quisiérase ocultar la horrible imagen y devolver los cadáveres al reposo de la tierra.

Pero no se tiene tiempo; hay cosas más apremiantes; es preciso seguir adelante y marchar al enemigo sin perder un minuto; para otros es el cuidado de desembarazar el campo de batalla...

Llegamos a Ingolsheim por la tarde, después de una marcha penosa y bajo una lluvia torrencial.

Tomamos una posición de espera al Sureste de la población, en un campo de patatas, especie de papilla indefinible.

Apenas nos paramos, llegó la orden de vivaquear allí; preciso era obedecer; pero ¡qué vivac!

La lluvia caía a cántaros, mientras que chapoteábamos en un verdadero fangal, en el que teníamos el temor de dejarnos las botas; al mismo tiempo, el agua nos corría por todo el cuerpo, como bajo una ducha.

A todo esto, no había una gota de agua que beber: los pozos habían sido completamente agotados; en cuanto al arroyo, había sido ensuciado por los caballos de la caballería, de la artillería y de la impedimenta, y no era más que un pantano fangoso.

Quedaba todavía una fuente en el patio de la alcaldía; pero estaba reservada para uso de los heridos, y unos centinelas prohibían su acceso.

Hubo, pues, que organizar un servicio de agua y mandar nuestros cazadores, ya extenuados, a más de una hora de allí, mientras que la lluvia seguía cayendo, como por ironía.

Para remate, cuando pedimos paja para tumbarnos, nos contestaron que no quedaba una brizna. Toda la existente había sido requerida por los prusianos de los cuerpos V y XI, que vivaquearon allí la noche anterior, y no dejaron tras sí nada más que un lodazal inservible para todo uso.

Lo mismo ocurría respecto a leña.

Habíamos cortado algunas ramas de los numerosos árboles frutales de los alrededores; pero apenas ardían y daban más humo que calor.

Para colmo de desdichas, el pan que traía yo guardado todo el día, no era ya sino una masa nauseabunda, con la que iba a mezclarse un resto de chocolate, procedente aún de mi madre.

Y, sin embargo, a pesar de todas estas contrariedades, estábamos alegres y de buen humor. El sentimiento de hallarnos en Francia; la satisfacción causada por la victoria de nuestros compañeros; la esperanza de alcanzar, a nuestra vez, prontamente los laureles, nos hacían olvidar todo. Hasta nos divertía bromear y reír en varias ocasiones.

Así no me olvidaré nunca de un oficial de la landwehr, que se tumbó a lo largo en el fango y no podía consolarse de ver su brillante uniforme manchado para toda la campaña.

Permanecimos toda la noche sentados alrededor de una gran hoguera encendida a duras penas; un buen vino caliente

nos servía de cama, y sustituía ventajosamente a nuestra harto desagradable alcoba.

Y continuamos charlando hasta el día, a pesar de todo, satisfechos y gozosos al ver realizarse la primera parte de nuestro sueño: nos encontrábamos en país conquistado, estábamos en el suelo de Francia.

II

La jornada de Wörth (6 Agosto 1870)

—¿Quién quiere apostar a que vamos a entrar en fuego hoy?

—¿Hoy? Ni por pienso. En primer lugar, los franceses, después de la derrota que han sufrido en Wissemburgo, se han eclipsado; y, además, nuestro cuerpo de ejército resulta ser el último en el orden de marcha; en fin, me duelen tanto los pelos por el ponche que ingerimos en el vivac de ayer, que me encuentro más bien dispuesto a dormir que a batirme; y como no podéis batiros sin mí...

—Evidentemente son razones serias, y estoy seguro de que nuestro Kronprinz y su digno adversario el mariscal de MacMahon se servirán tenerlas en cuenta; pero, tranquilízate; apuesto, a pesar de todo, que tu gruesa corteza de tocino recibirá algo hoy.

—Y tu cabezota también.

—Tanto mejor; eso indica que cada uno tendremos lo nuestro; lo que no impide que me encuentre más que nunca convencido de que tendremos faena en grande antes de la noche.

—Te digo que no hay cuestión; ayer mismo decían los señores del estado mayor que ya no se encontraría al enemigo antes del 7 de Agosto.

—No opino yo así; ¿apostamos una botella de champaña?

—Muy bien; a condición de que tú te ocupes de hallarla, porque a mí no me gusta buscar.

—Choca, convenido; si nos batimos, tú pagas; si no, pago yo.

Tal era nuestra conversación en la mañana del 6 de Agosto, mientras que seguíamos, sobre un lodazal sin fondo, la carretera que va de Ingolsheim a Wörth; y tal era el lenguaje de dos jóvenes tenientes: el uno, conde de Reigesberg, grueso y redondo; el otro, un servidor de ustedes, alto y delgado, ambos del primer batallón de cazadores bávaros.

¿Era posible llamar «marcha» a los movimientos que hacíamos aquel día para avanzar? Seguramente no, porque más bien chapoteábamos que andábamos.

Llovía continuamente desde hacía algunos días; ayer, mientras que vivaqueábamos, no cesaron los aguaceros, y hoy el Dios de la lluvia se complacía también en regarnos superabundantemente.

Todo esto no nos daba, a buen seguro, aspecto de parada, de la misma manera que el vivac sobre el fango de Ingolsheim no hubo de abrillantarnos nuestros uniformes nuevos.

Pero hacíamos buena impresión, no obstante, y estoy íntimamente convencido de que a más de una guapa muchacha le hubiera agradado estrechar bien fuerte entre las suyas una de aquellas manos sucias, y hasta dejarse robar un beso por alguno de nuestros mocetones, si hubiera estado segura de no ser vista por nadie.

Lo que nos daba tan buen aspecto, es que en nuestras miradas lucía la esperanza de la victoria, es que nuestros pechos estaban llenos de orgullo por la idea de encontrarnos en país conquistado, hasta el punto de que ya no se veían las manchas de lodo que ensuciaban nuestros uniformes y nuestras botas.

¡Qué sentimiento tan particular el de esa confianza inquebrantable en el éxito final!

No habíamos combatido nosotros mismos en Wissemburgo; pero nos había fascinado hasta tal punto la victoria, que fácilmente hubiéramos tratado de loco al que se hubiese atrevido a pretender que todavía la suerte podía volvérsenos en contra. Todo soldado y, con mayor razón, todo suboficial, todo oficial comprendía muy bien que esta vez, a la inversa de lo ocurrido en 1866, iban a llevarnos derechamente al fin, sin detenerse en consideraciones políticas; todos sabían que no habría reposo hasta que los franceses no fueran completamente derrotados, hasta que no pidieran merced.

Sostenidos por tales sentimientos, se comprenderá que nos era fácil soportar todas las fatigas y conservar, no obstante la lluvia, nuestra provisión de buen humor.

Pero, a pesar de todo, no puedo afirmar que aquella mañana fuese suculento nuestro desayuno.

En aquella época no eran conocidos aún los tejidos impermeables; mi buen asistente llevaba mis provisiones en un saquito que, hasta aquellos últimos días, se había comportado bastante bien, pero que empezaba a parecerse a una de esas bailarinas que de noche encantan al público, y que a la mañana siguiente se nos presentan sin afeites, sin postizos, sin dientes, sin otro encanto que sus cuarenta y cinco años.

El desgraciado saquito se había convertido, poco a poco, en el punto de cita de varios arroyuelos. Mi fiel Sancho (se acabará ciertamente por tomarme a mí por un Don Quijote) decidió conservar mi pan con el suyo, y formar un solo pedazo grueso en vez de dos pequeños, a fin de que no se ablandase tan pronto.

Su idea podía ser buena, pero la lluvia, en su obstinación, había estropeado también el pedazo grueso de pan, y a pesar de que Sancho hubo tomado la precaución de esconderle bajo un montón de utensilios de todo género que nadaban en mi maletín. Entre estos objetos había una caja de betún, que se juzgaba indispensable en aquella época, pero que parecería bien superflua hoy; su contenido, bajo la influencia del agua, se

convirtió en una especie de papilla; luego, en una salsa muy clara que, al derramarse sobre el pan, formó una mezcla indefinible.

Mi abnegado compañero se quedó naturalmente con la parte más estropeada de nuestro mendrugo, y me dejó lo de dentro; decir que aquello no sabía absolutamente nada a betún, y que no se necesitaba para digerirlo un buen apetito, y sobre todo un buen estómago, sería tal vez exagerar; pero lo esencial es haberlo soportado y no haberse resentido por ello.

Al frente divisábamos Schönenburgo.

—Oye—al asistente,—tal vez podrías comprar allí un pedazo de pan.

—Lo intentaré, mi teniente.

Hay que decir que en aquella época los asistentes no llevaban fusil, sino sencillamente sus bártulos y los de su oficial; así podían dejar más fácilmente la columna para ir en busca de provisiones.

Pero aquella mañana no hubo nada que hacer; y, en efecto, antes de llegar al famoso embeleco que se veía ante nosotros (así es como el soldado de 1.^a clase, Wögele, llamaba indistintamente a toda localidad francesa, tratárase de Londonville, pueblecillo del Perche, o de París), nos obligaron a inclinarnos hacia el Oeste, haciéndonos pasar por un camino de labradío espantoso, para concentrarnos hacia Keffenach.

El suelo era cada vez peor; necesitábamos hacer ahora grandes esfuerzos para sacar nuestras botas de un fango espeso y arcilloso; en cambio, el cielo se tornaba más clemente; era Júpiter, que no tenía probablemente más cubos que echarnos, y se contentaba con vaciar unas regaderas, que al fin se sirvió no mandar agua alguna.

Contentos con este cambio de temperatura, avanzábamos más alegremente, y no tardando, nos encontramos en una elevación al Oeste de Keffenach.

—¡Ah! ¿Qué ocurre? Mirad a ese oficial ayudante que llega a rienda suelta, salpicando todo a su paso.

Al mismo tiempo, desde la vanguardia, llegó la orden de acelerar la marcha.

—¿Pero qué pasa?

—No lo sé.

No veíamos ni oíamos nada de particular, y, sin embargo, una gran agitación se apoderó de nosotros ante la idea de que se necesitaba una seria razón para imponernos un andar tan rápido.

—Allí, por la derecha, hay truenos—exclamó uno de nuestros hombres.

—Imbécil—le contestó un compañero;—trueno en la tierra, y el ruido que oyes es el del cañón; hasta me parece que la cosa es gorda.

Debo decir que el sonido no llegaba muy a menudo, a causa de que la lluvia no había cesado de caer por nuestro frente; pero empezábamos, sin embargo, a comprender mejor lo que podía ser el estrépito que percibíamos; ya no había duda, era el cañoneo.

A partir de aquel momento, fue inútil animarnos para hacer que avanzáramos.

Los hombres parecían súbitamente engrandecidos; habían cesado de charlar, prestaban oído y trataban de ver si por encima de las cabezas atrapaban al vuelo una palabra lanzada por algún ayudante, y avanzaban, avanzaban sin cesar...

Habían comprendido que era preciso apresurarse para llegar lo antes posible, y mostraban tanto más ardor, cuanto que tenían la suerte de hallarse a la cabeza de la brigada, es decir, los primeros para el ataque en el caso que éste se realizara.

El teniente coronel no pronunció un largo discurso, nos dijo sencillamente: «Hay una gran batalla allí; apresurémonos y tal vez tengamos la satisfacción de podernos batir todavía.»

Conocía bien a sus hombres. Ya no andábamos, corríamos, y pronto dejábamos rezagado al regimiento de infantería que venía tras de nosotros. Los de línea no podían seguirnos ya, no habían sido adiestrados por el viejo Schmidt.

Entonces me acordé de la censura que nos habían á menudo dirigido, y a mí en particular, por exigir demasiados esfuerzos de parte de nuestros hombres.

Es evidente que cuando yo era inspector de gimnasia y de esgrima de los suboficiales, los hacía trabajar duro; pero sabía muy bien con quiénes trataba: baste decir que pertenecían al batallón de Schmidt, y no hubiesen vacilado en sacar el diablo de su infierno si el «viejo» lo hubiera deseado.

Recuerdo todavía que, poco tiempo antes, hice, con todos los suboficiales del batallón, el trayecto de ida y vuelta de Kemplen a Kottern en cuarenta y ocho minutos, sin que un solo hombre saliese de filas, ni siquiera el cabito Zuchs, el cual, sin embargo, renqueaba ya en aquella época.

Así estábamos en condiciones de apreciar los resultados de esta ruda escuela en tiempo de paz: desconocíamos la fatiga, y puedo decir que si el teniente coronel y sus oficiales no hubieran cuidado de moderar nuestro paso, nos hubiéramos lanzado a la carrera para llegar más pronto junto a aquellos mozos y darles noticias nuestras. Pero nuestros jefes trataban, con justa razón, de calmarnos, porque sabían muy bien que el cuerpo, aun sostenido por la voluntad y la moral, no es capaz de soportar un esfuerzo exagerado.

Por nuestro frente, el cañoneo se iba haciendo más ruidoso. Ya no llovía; extendíase a nuestros pies un riente paisaje, iluminado por un sol espléndido.

Comenzábanse a distinguir humaredas: unas, muy lejanas, provenían de pueblecillos incendiados; otras, más próximas, nos revelaban la presencia de una poderosa artillería desplegada sobre las alturas delanteras de Preuschorf.

A las cuatro y media de la tarde habíamos llegado a los alrededores de Lampertsloch.

Ya no sentíamos en el cuerpo la sensación de humedad que hacía poco nos venía de afuera; gracias al sol, gracias, sobre todo, a la rápida carrera que habíamos realizado, nues-

tros uniformes iban a mojarse de nuevo por la abundante transpiración.

Sobre la altura de Lampertsloch oímos, por primera vez, la crepitación de las ametralladoras; avanzamos entonces contorneando la linde de un bosque.

—¡Mirad, allí están!

—¿Quiénes? ¿Los franceses? No pueden ser, bien veis que tiran hacia el otro lado; son los nuestros.

Eran, en efecto, los prusianos del cuerpo V, cuyos disparos iluminaban con sus fogonazos las alturas de Diefenbach; podía observarse la eficacia de su tiro por las llamas que se elevaban de las casas incendiadas de Fröschwiller y de Elsasshausen.

—Y más allá, ¿no son franceses?

—No, son también alemanes; porque de otro modo, cogrían de flanco a la artillería que tenemos delante; todavía no podemos ver nada del enemigo.

—¿Qué son esas nubecillas de humo que se ven en los aires?

—Son schrapnels; no son peligrosos cuando estallan a esa altura; esos están lanzados por los franceses, evidentemente; los nuestros no subirían tan arriba.

—Mi teniente, mire usted franceses. Veo perfectamente los pantalones encarnados.

Me paré un instante, empuñé mis gemelos y miré; luego volví a mi sección.

—Tiene usted razón, Rief; son efectivamente franceses esta vez, pero son prisioneros.

En aquel mismo momento llegaba un oficial de Estado mayor de la división, que se presentó al teniente coronel y le comunicó una orden.

A nuestra izquierda había un campo libre.

La gruesa voz de nuestro jefe resonó tan fuerte, que todos los hombres le oyeron claramente.

«¡Por el flanco izquierdo! Columnas de compañías de frente, al pueblo que tenéis delante; paso gimnástico, ¡marchen!...

»¡Alto!...

»¡Mochilas en tierra!...

»Las mantas en bandolera; atad en ellas las marmitas.

»Cuatro hombres por compañía a la guardia de las mochilas, bajo la vigilancia del sargento mayor y de un cabo de la cuarta compañía...

»Reunirse en el camino...

»¡Listos! ¡pronto!»...

Todas estas órdenes fueron ejecutadas con la rapidez de un relámpago; no era cosa de alinear sabiamente las mochilas, como nos habían enseñado en el ejercicio; estábamos en la guerra.

Así, pues, cada sección—la compañía en aquella época se componía de cuatro—puso un hombre para custodiar las mochilas; yo elegí, por mi parte, un viejo cazador de la landwer que jadeaba.

Lloraba casi por no poder acompañarnos; pero no se atrevió a insistir; hizo bien, porque la reciente marcha forzada no había sido sino juego de niños al lado de lo que nos estaba reservado.

«Paso gimnástico, ¡marchen!»

No se oyó más que el tintineo de las marmitas, que golpeaban en las bayonetas y en los fusiles, produciendo un estrépito ensordecedor; pero no le hacíamos caso, no nos interesaba más que el ruido de la fusilería, y corríamos, corríamos en loca carrera, a través de Preuschorf, de Mitschorf y de Görsdorf.

Vimos de pronto lo que ocurría en la vertiente opuesta del Sauerthal, al Este de Fröschviller; era como un hormiguero vuelto del revés; prusianos y bávaros iban y venían en todos sentidos; en medio de ellos algunos franceses aislados, que eran conducidos a la retaguardia; había también muertos y heridos

como si los hubiesen sembrado, y allí también reconocíanse muchos más alemanes que franceses.

Llegábamos demasiado tarde para asistir al combate de infantería; la gran batería que estaba al Este de Wörth había también cesado de tirar, y el cañón no tronaba más que del otro lado del Sauer, menos fuerte, sin embargo, que antes.

»No llegaremos para la carga, pero quizá todavía para la persecución si vamos de prisa.

»Paso gimnástico, ¡marchen!»

Algunos viejos cazadores de la landwer, que no estaban habituados a semejantes trotes, tuvieron que dejar las filas; pero ¿qué nos importaba la ausencia de una veintena de sofocados, puesto que éramos todavía 980 los que podíamos llegar al enemigo y participar de aquella victoria tan espléndidamente preparada por las felices tropas que teníamos delante?

Y seguíamos corriendo.

A nuestra izquierda estaba el general von Kirschbach con su estado mayor; me hubiera alegrado, en otra ocasión, contemplarle a gusto, pero verdaderamente no tenía tiempo por el momento.

Torcimos a la derecha pasado Görtsdorf, y bajamos, siempre a la carrera, la vertiente Este del Sauerthal; allí habíamos de encontrar los primeros soldados muertos, cazadores del 4.º batallón y soldados de línea de los regimientos, 1, 2 y 11 de la guardia; pero no nos conmovimos con exceso.

¿Nos habría ya endurecido hasta tal punto la marcha forzada a través del campo de batalla de Wissemburgo? Seguramente que no; pero no teníamos tiempo de compadecernos de los muertos, y nuestro pensamiento, como nuestro paso, se dirigía adelante.

Sólo rápidamente, y de paso, echamos una mirada a nuestros compañeros yacentes; tal vez podríamos ocuparnos de ellos algo después.

Mientras tanto había atardecido; habíamos llegado al fondo, bastante amplio, del Wiesenthal, donde de pronto el Sauer

nos cerró el paso; era un arroyo sumamente profundo, con riberas muy escarpadas; el agua era de apariencia páfida.

Las compañías formaron en columnas.

—¿Podemos pasar?

—Sí, pero con la mayor precaución; varios hombres de la 1.^a división se han ahogado.

—Los nadadores delante—ordenó el capitán.

Yo era de éstos; me había criado a orillas del Rhin, y no en vano había pasado en las aguas de ese río gran parte de mis veranos.

De un salto estuve en medio del arroyo; era de apenas diez pasos de ancho, pero tan profundo, que con gran asombro mío me llegaba el agua por encima de los hombros; llegué, sin embargo, prontamente a la orilla opuesta, demostrando así que se le podía cruzar á pie.

«Calen bayonetas. Quitad las cartucheras y sujetadlas en la bayoneta, y cuidado que no se mojen.

»Pasad exactamente por donde he pasado yo.»

Los hombres obedecieron.

Como el arroyo era más profundo de lo que parecía, cada sección tuvo que elegir un sitio conveniente para atravesarle.

Algunos privilegiados dieron con una especie de puentecillo, del que no nos dimos cuenta sino más adelante.

Por lo demás, me era completamente indiferente la mojadura; poco me importaba que mi ropa se calase en un sentido por el sudor o en otro por el agua del arroyo; la sensación me era muy agradable, y me figuraba tomar un baño, nada más.

Lo más penoso fue que no tardaron en obligarnos a hacer alto, y vinieron a anunciarnos que nuestro batallón no tomaba parte en la persecución del enemigo, y que se limitaría sencillamente a proporcionar sus médicos y camilleros para atender a los heridos.

¡Cómo! ¡Después de habernos hecho trotar todo el día como mercenarios, por caminos abominables; después de haber recorrido los cinco últimos kilómetros, como si se tratara de la

salvación de nuestra alma; después de habernos hecho tomar un baño en el Sauer, venían tranquilamente a decirnos que no nos necesitaban!

Debo renunciar a escribir las palabras que pronuncié entonces, porque estos veinticinco años de paz me han civilizado de nuevo; pero ¡cuánto echo de menos la otra época, seguramente menos corrompida que la presente!

Puede haber en la guerra momentos penosos; háblase en ella ciertamente un lenguaje rudo; pronúncianse palabras más violentas; pero en la guerra se encuentran los más hermosos sentimientos, los más nobles, los más elevados.

En la guerra se engrandecen las virtudes más puras; el entusiasmo en lo más grande que tiene, el valor intrépido, la bravura, el instinto de sacrificio, el compañerismo más fiel, el sentimiento del deber, la abnegación, el amor de la patria y de su rey; en la guerra se forjan los hombres.

Pusiéronse las armas en pabellones; los soldados formaron grupos, los oficiales hicieron lo mismo, todo el mundo se tumbó; luego las conversaciones se entablaron sobre los acontecimientos de la jornada.

Era cierto para todo al mundo que nuestro tercer cuerpo de ejército había alcanzado de nuevo una brillante victoria; ¿podía ser de otro modo, y no era una evidente prueba de ello nuestra presencia en el campo de batalla abandonado por el enemigo?

Media hora después, estábamos descansados; no tardaron en ir apareciendo poco a poco los otros regimientos de la brigada, a los que habíamos precedido por el Sauerthal.

Mireloj marcaba las siete; seguía andando, a pesar del baño forzoso que le hice tomar.

Avanzaba la noche, una de esas noches como no había de volver a encontrar en mi vida, la más admirable, ciertamente, que sea posible contemplar en la tierra; noche cuyo esplendor

era realzado todavía por nuestro gozo de haber sido favorecidos por la suerte.

El aire estaba puro, como ocurre siempre después de una prolongada lluvia; la temperatura había agradablemente refrescado, el sol desaparecía tras el bosque de Langensulzbach.

Pronto apareció la luna, y proyectó sobre todo el valle y las lindes de los bosques su luz chispeante y mágica.

Al principio aisladas, luego numerosas, cada vez más numerosas, encendiéronse luces en los campamentos; hubiérase dicho que eran otros tantos gusanos de luz, rojizos, serpenteando en medio del verde húmedo de los collados.

El cielo, al oscurecerse, hacía más visibles todavía las llamas que se elevaban de los pueblos incendiados de Froschwiller, Elsasshausen y Eberbach, iluminando los alrededores con su terrible resplandor.

En el valle, el ruido de la lucha y el estrépito de la batalla habían cesado; raros disparos se oían de vez en vez a orillas del bosque: sin duda, algún turco gravemente herido, que, arrastrándose, acababa de matar al camillero que se le acercaba;—¿era capaz de comprender aquel desgraciado negro que pudiera llegar a él un enemigo con otra intención que la de rematarle o torturarle? ¿Conocía acaso el convenio de Ginebra, el derecho de gentes, la compasión, el respeto a los vencidos? Seguramente que sus amos franceses no le habían enseñado nada de esto a aquel pobre diablo, que se hubiera mostrado menos sanguinario y menos decidido a asolar a Alemania; ahora bien, no era ciertamente esto lo que deseaba esa gran nación, colocada al frente de la civilización.

Se engañó, gracias al cielo, en sus esperanzas de conquista, porque el azar puso, afortunadamente, la suerte de nuestra parte.

No es menos cierto, sin embargo, que más de un árabe condenado y fusilado sostendría hoy tranquilamente a su familia, si antes de la guerra se hubiera tomado alguien el tra-

bajo de enseñarle a conducirse lealmente en el caso de tener la desgracia de ser herido o hecho prisionero.

De pronto, en un regimiento del quinto cuerpo, rompió a tocar una banda la «Guardia del Rhin».

Fue como un reguero de pólvora: en todas partes, en los altos, en los valles, allí donde había tropas alemanas, las músicas siguieron aquel ejemplo; las notas de la soberbia melodía resonaron majestuosamente, mientras que mil voces, elevándose del campo de batalla hacia el cielo estrellado, cantaban la victoria.

A la «Guardia del Rhin» siguió el «Salud a nuestro Rey», homenaje de las tropas a su jefe supremo; luego la «Oración», testimonio de gratitud al Gran Director de las batallas que, al sostener el buen derecho, había apoyado el destino de Alemania.

Nuestra charanga tocó admirablemente.

Nosotros escuchábamos, de pie, los graves acordes de aquellos himnos, con la cabeza descubierta, profundamente recogidos, y debo decir que nunca, en ninguna iglesia, me sentí tan conmovido como en aquel momento, en la noche de la batalla, en plenos campos, ante la magna Naturaleza...

.....

Nuestro reposo no fue de larga duración; a las 7,45 recibimos orden de marchar adelante, al Oeste de Fröschwiller, y de estar preparados a todo evento.

Hubimos de pasar por la altura donde, pocas horas antes, se había reñido el combate más encarnizado de la jornada; numerosos muertos y heridos sembraban el suelo; pero no podíamos verlos por la oscuridad de la noche y el terreno ya despejado en parte; oímos, sin embargo, muy claramente quejidos y lamentos, porque nuestros hombres habían dejado sus cantos, atentos al camino para no tropezar; llegábanos gritos espantosos de los heridos y súplicas de los moribundos, ya en francés, ya en alemán, ya en árabe; pero ¿qué podíamos hacer nosotros? No teníamos que perder tiempo, y nuestro deber es-

taba en otra parte; aquellos desgraciados no estaban, por lo demás, completamente abandonados; teníamos la prueba de esto en el ir y venir de todos aquellos médicos y enfermeros que distinguíamos perfectamente a la luz de sus linternas, en concienzudo cumplimiento de su fúnebre misión.

En Fröschwiller, el espectáculo era aterrador: el incendio se apagaba poco a poco, pero no lo bastante, sin embargo, para que se nos ocultasen todas las miserias de la guerra.

A través de la claridad de las ventanas percibíanse, más o menos iluminados, médicos que, sin descanso, se entregaban a su trabajo; y en las calles no había más que camilleros, que traían heridos en camillas ensangrentadas, buscando para aquellos infelices un sitio en las casas atestadas.

En medio de todo esto, los habitantes corrían de un lado a otro por su pueblo en cenizas, y renunciaban a hallar a los suyos, a los que no habían visto desde el principio de la batalla y a quienes creían para siempre perdidos.

Nos congratulamos de salir por fin de aquella miseria y sentirnos de nuevo en pleno campo.

Inmediatamente llegó la orden de que formáramos en orden de batalla, cosa que nos satisfizo mucho; todavía esperábamos el poder tomar parte en la persecución; pero, ¡ay!, fue en vano, y a eso de las diez una nueva orden nos prescribía volver al lugar en donde dejamos las mochilas y acampar allí.

De nuevo tuvimos que atravesar Fröschwiller; tomamos luego la derecha por Wörth y Diefenbach, y llegamos a la carretera, entre Preuschorf y Sampersloch; allí debíamos detenernos.

Era media noche; encontramos paja en abundancia, gracias al celo de nuestro oficial de administración, hombre despierto y enérgico si los hubo; pudimos tumbarnos en seguida y descansar.

Pero antes de nada me pareció indispensable acudir al saco de mi asistente; saqué ropa interior todo lo seca posible,

y luego me desnudé, sin preocuparme de los que me rodeaban, hasta no quedarme sino la piel por traje; hice que mi hombre me friccionara concienzudamente, y me puse la ropa pseudo-limpia; por fin me metí en el lecho de paja que me habían cuidadosamente preparado.

Me dormí prontamente como un bienaventurado—no con el sueño del justo, sería una pretensión,—pero con un sueño exento de agitación, el sueño de un joven extenuado, que reposaba tan gratamente al aire libre como en la cama mejor de su casa paterna.

CAPITÁN «TANERA»

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: El caso de Luis II de Baviera.—CUESTIONES SOCIALES: Los proletarios intelectuales.—IMPRESIONES Y NOTAS: Perturbaciones producidas por el abuso de la cocaína.—Los españoles en Nantes.

HISTORIA

EL CASO DE LUIS II DE BAVIERA.—Pronto hará veintisiete años que en las olas del lago Starnberg se representó el último acto de una tragedia, cuyo protagonista fue un verdadero rey, Luis II de Baviera, tan querido de su pueblo, que los buenos montañeses bávaros, apartados de las intrigas políticas de la corte, estiman todavía, envolviendo su historia en romántico misterio, como una especie de moderno caballero del Santo Graal.

En la historia de los últimos reyes de Baviera hay, como dice Luis Ganzamuber, un rasgo psicológico común: la inclinación al romanticismo. Luis I se retiró de la vida política porque no podía olvidar que un motín popular le obligó a abandonar a la mujer que amaba, Lola Montes. En cuanto a Luis II, no era más que un niño de diez y ocho años cuando subió al trono en 1864, habiendo sido educado por sus padres, y especialmente por su madre, en una vida de las más retiradas y de sencillez casi burguesa. Tratado severamente, no le habían permitido ninguna de las distracciones de la infancia, ni el uso de ningún juguete. Un aya francesa ejerció sobre él lastimosa influencia; admiradora de Luis XIV, quería hacer del

príncipe un émulo del Rey-Sol, recomendándole las fórmulas absolutistas del gran monarca: «El Estado soy yo. Tal es nuestro gusto.» No es extraño que con estas máximas Luis se creyese con derecho para maltratar a su hermano Otto (el rey actual, de nombre sólo, pues sabido es que hace cuarenta años está loco), de apoderarse de sus juguetes, no tolerando siquiera que un antiguo amigo de su padre se permitiera cogerle en brazos para evitarle una caída peligrosa. Otro de los principios del sistema de educación adoptado por los padres de Luis era el de la economía, llevada al extremo de no dar a su hijo más que una peseta por semana. A pesar de esto, Luis era muy generoso, pero tenía una noción muy vaga del valor del dinero; con motivo de su décimo octavo, cumpleaños su padre le había regalado un ejemplar de cada una de las monedas corrientes del país; el joven príncipe, que nunca se había visto con tanto dinero, se creyó rico, y fué a una joyería para comprar un medallón a su madre, eligiendo, sin vacilar, una alhaja que valía, naturalmente, mucho más que todo el dinero de que disponía.

Es importante anotar que Luis no tuvo en su infancia más que un solo compañero de juego, el conde de Holstein, el mismo que más tarde, después de haber recibido de él toda clase de favores, le hizo ignominiosamente traición.

Cuando fue llamado al trono, poco después de cumplir los diez y ocho años, su carácter estaba poco preparado para sufrir aquella brusca modificación de su existencia.

Una legión de aduladores le rodeó, abusando indignamente de su confianza, y sólo por su culto apasionado por el arte y la música, le permitió salir con bien de los primeros desencantos de su juventud.

Poco después de su advenimiento, en efecto, hizo llamar a Ricardo Wagner, entonces desconocido, y cuyo triunfo final quería facilitar. Luis tenía personalmente pocas dotes musicales, pues, según el maestro que le dió lección de piano, no tenía oído.

Las óperas de Wagner le sedujeron seguramente más por el romanticismo de sus asuntos que por su valor musical. Pronto se estableció íntima amistad entre el soberano y el artista, y ese fue el origen del primer conflicto entre Luis II y la opinión pública.

La amistad de Wagner fue denunciada como perniciosa; se criticó el lujo exagerado del artista y el abuso que hacía de la generosidad de su real protector, temiéndose que la enervante música del porvenir trastornase al joven soberano, siéndole tan funesta como el baile lo había sido para su abuelo. La nación exigía que su monarca se ocupara más de dirigir la nave del Estado que la barca de Lohengrin; Luis II cedió, y rogó a Wagner que saliera de Baviera.

A los veintidós años, dotado de una figura verdaderamente encantadora—amable y galante con las mujeres, pero tan reservado, que afectaba ignorar las numerosas pasiones que encendió en muchos corazones, cediendo a los deseos de su pueblo y a las instancias de su madre,—Luis se desposó con la princesa Sofía, que más tarde fue la duquesa de Alençon, que tan trágicamente murió en París en 1896, en el incendio del Bazar de la Caridad; pero aquellos desposorios quedaron rotos en condiciones todavía no bien conocidas; desde entonces el bello sexo no representó sino un papel insignificante en la vida de Luis, y hasta se le puede considerar como un verdadero misogino. ¿No era él quien decía a Ricardo Wagner: «Verdad que no hacéis ningún caso de las mujeres? ¡Son tan fastidiosas!» En los años siguientes, el rey fue perdiendo su contacto con el mando interior, restringiendo hasta sus relaciones con su familia. La locura incurable de su hermano Otto le impresionó profundamente, y desde entonces temía ser víctima del mismo mal, haciéndose cada vez más intratable, y desconfiando de sus más fieles servidores, alejándose hasta de su madre cuando ésta se convirtió al catolicismo.

Nunca había tomado gusto a las ceremonias oficiales, y acabó por substraerse a ellas completamente huyendo de Munich,

refugiándose en los sitios románticos de sus montañas. Allí vivía en medio de sus queridos montañeses, que le adoraban, y su desconfianza era tal, que acabó por desentenderse de todas las personas cultas, no tolerando a su lado más que gentes de clase inferior.

Al principio de su reinado, Luis II, que dudaba todavía de sí mismo, había abandonado completamente a sus ministros los asuntos de Estado, pero no tardó en ocuparse personalmente de ellos y sus decisiones enérgicas excitaron el entusiasmo del pueblo bávaro. En sus relaciones con Bismarck desde 1860, ora fue su enemigo, ora su aliado, sacando en definitiva de la restauración del imperio alemán el reconocimiento de la autonomía bávara, no sólo en la administración interior, sino en lo militar y en lo diplomático.

Poco después de la guerra franco-prusiana, empezaron a difundirse los rumores más extraños sobre las extravagancias y las manías del rey. Se decía que no tenía relaciones personales con los ministros; que todos los asuntos se despachaban por correspondencia; que siéndole desagradable la vista de su presidente del Consejo, Ziegler, éste hacía sus informes oculto detrás de una pantalla; que habiendo el rey encontrado un gendarme, se le llevó, le hizo comer a su mesa y le despidió, regalándole un armónium; que un simple soldado de caballería, invitado a comer por el rey el día de su cumpleaños, recibió de regalo una finca después de haber visto al rey vestir en su honor el uniforme de su regimiento; que había hecho de su peluquero Hoppe su más íntimo asesor, encargándole de formar Ministerio, etc. Al lado de estos rumores completamente fantásticos había incidentes exactos, pero exagerados y deformados. Después de una de las representaciones que se hacía dar por la noche para él solo en el teatro de la Corte, Luis II dió orden a los actores de repetir la obra; uno de los artistas, fatigado, le rogó respetuosamente que le dispensara; el rey insistió, y como el actor se negase de nuevo, Luis II se encolerizó tanto, que arrojó un vaso de agua a la cabeza del oficial que

le trajera la respuesta, hiriéndole gravemente. Luis II era realmente irascible y extremado en sus simpatías y antipatías; le gustaban especialmente los individuos de hermosa prestancia y de voz sonora; y como su ayuda de cámara carecía de estos dones, tenía que aparecer ante el rey enmascarado, y hasta por no verle, le daba las órdenes por escrito; aquellas órdenes, casi siempre con lápiz en pedazos de papel, fueron una de las armas de que se apoderaron para declararle loco los enemigos del rey.

Luis II, contra todas sus apariencias de robustez, era de salud delicada. Comía mucho, pero había que vigilar su alimentación. Como tuvo que dejar de montar a caballo por motivos de salud, no hacía el ejercicio que requerían sus nervios. Cuando se enteró de las locuras de juventud cometidas por su padre, pensó que todos sus males eran fruto de la herencia fisiológica, y cuando se cometió el atentado contra el emperador Guillermo y el asesinato del Czar, sus causas de depresión se vieron acumuladas por la manía persecutoria. Luis II, con su modo romántico de vivir, con sus paseos nocturnos en coche al resplandor de las antorchas, su teatro personal y su desconocimiento del valor del dinero, se veía cada vez más apurado y tuvo que recurrir al préstamo. Pero como todo el mundo conocía su situación, nadie se decidía a contratar con él, o si lo hacían era en condiciones onerosísimas. Como intermediario se servía, entre otras gentes subalternas, de Hesselsckwerdt, el furriel de Palacio. Entre las personas a quien éste se dirigió, estaba el conde de París, que, para obligar al rey, puso como condición *sine qua non* la neutralidad de Baviera, en caso de conflicto franco-alemán. Hesselsckwerdt no se atrevió a hablar de esta condición a su amo, pero puso en conocimiento de la cosa al príncipe Luitpold, que de hecho llevaba la dirección del gobierno. La cosa metió tanto ruido, que la Cámara de Diputados entabló un debate sobre la crisis del Gabinete y el estado mental del rey. Entre las pruebas de locura, se presentó un billete que decía: «Mi querido Meyer: Os encargo que ma-

téis a todos los oficiales de justicia y a todos los ministros.» Era falso, pero produjo su efecto. El expediente de locura fue sometido a cuatro alienistas bávaros, que sin hablar ni siquiera ver al rey, le declararon loco, lo que prueba que la perdición de Luis II estaba resuelta de antemano. En consecuencia, se decretó la deposición y la reclusión del rey y se instituyó una regencia. El rey no sabía nada.

El 8 de Junio, después de cenar a media noche, Luis II quiso dar su paseo habitual; a punto de montar en el coche, vió en los almohadones un papel que decía: «Majestad, traición; tened cuidado.» Luis II no quiso salir ni se atrevió a acostar hasta las seis de la mañana; se durmió luego hasta las dos, y pasó el resto del día leyendo clásicos franceses. La noche siguiente, hacia las cuatro de la mañana, el monarca oyó ruido en su antecámara; era el cochero Osterholzer, que, precipitándose a sus plantas, le gritó: «Majestad, están abajo; ¡salvos!» La comisión de Estado acababa, en efecto, de llegar de Munich. En ella figuraba el conde Holstein, que tanto debía al rey. Como Luis II había dado orden de no dejar entrar a nadie en el palacio, la comisión no logró llegar hasta el monarca, pues habiendo dado la voz de alarma algunos servidores leales, la gendarmería, los bomberos y gran multitud del pueblo acudió para proteger al soberano, teniéndose que volver la comisión por donde había venido con los coches que habían traído, entre ellos el destinado al rey, entre cuyos almohadones se habían hecho agujeros por donde habían de pasar las cuerdas con que había de atarse al destronado monarca. Luis II dió orden de prender a los miembros de la comisión; y aunque éstos se resistieron al principio, acabaron por someterse y fueron vueltos a palacio. La cólera del rey pasó, y tres horas después todos fueron puestos en libertad. El conde Durckheim, llamado por Luis II, pensando que se trataba de una revolución de palacio, apremió al rey para volver a Munich; pero Luis II, fatigado por tanta emoción, dilató el resolver; ni este paso ni la fuga a la frontera austriaca, que hubieran podido cambiar

la faz de las cosas, llegaron a realizarse por las indecisiones del rey. A las pocas horas de estar en Hohenschwangan el conde Durckheim recibió orden telegráfica del ministro de la Guerra de salir inmediatamente para Munich; por consejo del rey, el conde pidió autorización para quedarse, pero le fue negada; tuvo que partir, y al llegar a la capital fue preso.

El fracaso de la comisión obligó a la regencia a proceder de otro modo; el 11 de Junio se proclamó en todo el país el establecimiento de la regencia, y hecho esto, se relevó la guarnición de Hohenschwangan, y el rey quedó así prisionero en su castillo. Cuando Luis se dió cuenta de su situación, se sometió sin resistencia a su suerte, y cayó en tal postración, que sólo pensaba en morir. Pidió a Hoppe que le proporcionase cianuro de potasio; pero el peluquero se negó a ello; luego tuvo la idea de precipitarse desde lo alto de la torre del castillo al barranco de Poellat; pero no acababa de decidirse. En esto llegó una nueva comisión de Estado. Aquella noche, el rey, sobrio de ordinario, bebió mucho cognac y vino, y después de comer pidió a Mayr, su ayuda de cámara, la llave de la torre; éste advirtió a los individuos de la comisión que estaban en la antecámara, y al volver al rey le anunció que la puerta de la torre estaba abierta.

El Dr. Gudden quería, al salir el rey, que los guardias se le echaran encima y lo llevaran; pero cuando se abrió la puerta y el monarca apareció, el encanto mágico de su imponente majestad produjo el efecto de siempre; nadie se atrevió a tocarle. El Dr. Gudden fue el primero en rehacerse, y dando un paso hacia adelante, dijo estas palabras históricas: «En nombre del príncipe Regente, Vuestra Majestad es mi prisionero.» Luis lanzó un grito de espanto, y dirigiéndose al médico alienista, le dijo: «¿Cómo puede usted firmar un acta que me declara loco, cuando usted no me ha visto ni me ha hablado?» Los guardias quisieron cogerle por el brazo, pero los rechazó, añadiendo: «Inútil, ando voluntariamente.» Dos horas después, fue llevado el rey al castillo de Berg.

A pesar de las instrucciones enviadas de Munich para que se tratara con consideración al soberano enfermo, no le ahorraron las más humillantes vejaciones. Luis II, profundamente penetrado de la dignidad de su carácter soberano, no podía soportar aquella caída; pero como su orgullo le impedía quejarse, fingió resignarse a todo para engañar a sus vigilantes. La noche del primer día que pasó en Berg, Luis II, por orden del Dr. Gudden, se acostó pronto y logró dormir hasta las dos de la mañana; pero cuando se despertó y quiso levantarse, los guardias le rehusaron sus vestidos. Sólo a fuerza de súplicas consintieron en darle las medias, y así, en camisa de dormir, pasó el pobre prisionero largas horas dando vueltas en su alcoba. Al día siguiente, Domingo de Pentecostés, Luis II quiso ir a misa; no se lo permitieron, por el justificado temor de que, a la vista de su soberano, se amotinase el pueblo para libertarle.

Aunque no podía sufrir al Dr. Gudden (era el que había tratado a su hermano Otto), el rey quería adormecer sus recelos; por la mañana había dado un paseo, a pesar de la lluvia, en compañía del doctor y de un guardia; por la tarde salieron de nuevo al parque; pero aquella vez, a instancia del rey, el guardia fue despedido. Lo que entonces pasó no ha tenido testigos, y sólo pueden hacerse suposiciones. Parece que el rey, aprovechando un momento de distracción del doctor, se quitó su levita y se precipitó en el lago para alcanzar a nado la otra orilla donde vivía, no sólo el duque Ludwig, su primo y fiel partidario, sino también la emperatriz Isabel, que le profesaba viva simpatía. El Dr. Gudden se lanzó a su vez, y en las olas del lago se entabló una lucha encarnizada, una lucha a muerte, que parece haber sido de violencia horrible, a juzgar por las huellas encontradas en los dos cadáveres, que fueron descubiertos unas horas después.

CUESTIONES SOCIALES

LOS PROLETARIOS INTELECTUALES.—El mal apenas se remon-

ta a unos cincuenta años, y ya hace hablar de él cada vez que la sociedad moderna se ve amenazada de un trastorno radical. El fenómeno de la existencia de los proletarios intelectuales, como dice en *La Revue* su ilustrado director, Juan Finot, paraliza la marcha normal del progreso, poniendo en peligro sus más nobles conquistas.

¿Qué es un problema intelectual? El hombre que después de haber trabajado cierto número de años en amueblar su cerebro con toda una serie de conocimientos vagos o útiles, carece, al llegar a su madurez, de medios de vivir. Puede tener títulos universitarios, o no tenerlos; para el caso es lo mismo. Sus apetitos, frecuentemente legítimos, pero casi siempre exasperados por la miseria y las privaciones, le hacen coger tirria a la organización nacional que le oprime y le hostiga; ve en ella la causa de sus propias desgracias y de las de todos sus semejantes; y como la instrucción le ha suscitado ciertos prejuicios morales, políticos y religiosos sin haberle inculcado los deberes más elementales para con la patria y con el prójimo, llega hasta querer hacer saltar el edificio social sin preocuparse de las víctimas inocentes o culpables.

Los anarquistas más temibles surgen ordinariamente de entre los proletarios intelectuales. El militarismo contemporáneo que dirige casi todos los recursos de las naciones hacia los armamentos improductivos, no hace más que desarrollar ese malestar social. Pero como la anarquía internacional hace imposible por ahora todo sueño de desarme, el proletariado intelectual sigue en aumento. El desquiciamiento mundial, sin estar muy próximo, se hace cada vez más amenazador. Bajo el empuje de esos numerosos desclasificados, el odio y la desconfianza, entre ricos y pobres no hace más que aumentar, y la armonía social, gravemente comprometida, amenaza romperse, cediendo el puesto a la violencia y a la injusticia.

Está fuera de duda que los proletarios intelectuales son mucho más peligrosos para la sociedad que los manuales. Estos se someten o se resignan fácilmente a la miseria; pero

los agitadores intelectuales hallan ordinariamente maneras de entenderse con la sociedad, en detrimento de sus tropas indignamente engañadas y explotadas, y de ese modo renace la paz aparente, aunque la tempestad siga rugiendo en el fondo. ¿Qué hará la sociedad cuando los proletarios lleguen a ser un ejército de hambrientos o de revoltosos? A eso vamos a paso de gigante en casi todos los países civilizados. En todas partes se oyen los mismos gritos:—¡Hay demasiados médicos, abogados, periodistas, ingenieros y profesores! En Francia, por ejemplo, hay unos quince mil médicos, y de los tres mil que ejercen en París, la mitad no llega a ganar quinientos francos al mes. Salvo unos cientos de médicos que tienen probabilidades de alcanzar la gloria o la fortuna, el resto se ve condenado a una vida de privaciones y miseria. Y, sin embargo, nuestras Universidades siguen arrojando anualmente al mercado 1.200 licenciados nuevos. Y si esto sucede con la carrera más socorrida, ¿qué no ha de suceder con las demás? ¿Y qué decir de los funcionarios franceses? Sus sueldos apenas han aumentado, mientras las exigencias de la vida y los precios de todo se han triplicado. En Francia había, en 1846, 188.000 funcionarios; en 1873, pasaron a ser 285.000; en 1896, llegaron a 416.000, y hoy pasan de 600.000. Para poderse dar uno cuenta de la estrechez en que viven, baste decir que su sueldo medio anual es el de 1.500 francos. Un auditor del Consejo de Estado, puesto de tanto relieve, cobra 2.000 francos al año. Y para todos los cargos hay siempre miles de postulantes que aspiran, en vano, a esos cargos de revienta-hombres.

Durante largo tiempo se ha soñado con el título de ingeniero, como el abrigo más seguro contra la miseria social; pero, a pesar del desarrollo gigantesco de la industria, la situación de los ingenieros sigue empeorando; los ingenieros de politécnica, lo mismo que los de la Escuela Central, se encuentran hoy reducidos a sueldos de 200 a 300 francos mensuales, dándose por muy felices cuando consiguen encontrarlos, teniendo con frecuencia que aceptar, desalentados, condiciones subal-

ternas o expatriarse. Y, sin embargo, para las 250 plazas que quedan vacantes en la Politécnica, todos los años se presentan 2.000 pretendientes.

La carrera artística está lo mismo, y el alcoholismo, que tantos estragos hace en los artistas, contribuye a rematar en desesperaciones y desencantos, vidas de ilusión sin mañana. París cuenta con veinticinco mil o treinta mil pintores y escultores, de los que apenas un millar logra ganar convenientemente su pan cotidiano. Basta ir al Hotel Drouot, para ponerse en contacto con la miseria de nuestros artistas: en la salita del entresuelo se ven lienzos con marco, cuyo precio varía entre 3 y 20 francos; los pintores que los llevan no cobran de ordinario más que de 1,50 a 5 francos, de cuyos precios hay que bajar el coste de la tela, la esencia y los secativos, que importan el 75 por 100 del precio de venta, quedando reducido el jornal de los artistas al salario de los más miserables de los obreros manuales.

¿Cómo extrañarse del malestar de todas esas clases hambrientas y de sus gritos de odio contra una organización social que los condena a todas las humillaciones y a todos los sufrimientos? ¿Cómo, por otra parte, remediar esa grave enfermedad del proletariado intelectual?

La cuestión es de las más complejas. Sería preciso quizá, ante todo, reconstituir la enseñanza superior sobre nuevas bases, y, por otra parte, proporcionar al Estado recursos casi ilimitados para poder salvar a las víctimas del actual orden de cosas. Pero como el militarismo absorbe tantos recursos, habría que prescindir de los Poderes públicos para pedir soluciones a la iniciativa privada. El ejemplo de los Estados Unidos provoca beneficiosa emulación en algunos poseedores de grandes fortunas de Europa; pero su ignorancia hace que esos emprendimientos no tengan la aplicación que debieran. En Francia, por ejemplo, hay la tendencia deplorable de dirigir la mayor parte de los donativos hacia el Instituto de Francia. La Academia Francesa y las demás secciones del Instituto no

saben qué hacer con tantos legados intelectuales, que provocan artificialmente un exceso de producción, multiplicando los parásitos literarios y desmoralizando cada vez más a los donantes y a los beneficiados con un maná que transforma en escritores, hombres y mujeres, que de otro modo no hubieran jamás tomado la pluma.

Entre los esfuerzos hechos para remediar el proletariado intelectual se encuentra una iniciativa que merecería, según Finot, ser aplicada en mayor escala e imitada en otros países. Se trata de una especie de colegio práctico, destinado a ofrecer a los sin trabajo medios para rehacer su vida. La idea fue de varios ingenieros extranjeros, que, con un programa sencillo que no exige más que siete meses de estudio, permite a los matriculados asegurarse una existencia tranquila. El colegio se fundó bajo la protección de un Mecenaz inteligente, y Finot nos ofrece una impresión de su visita. Conducido a las aulas por el ingeniero director, se encontró con alumnos de aspecto inusitado: si el más joven había pasado de veinte años, el más viejo debía tener sesenta, por lo menos. Todos trabajaban con perseverancia y energía; eran unos cuarenta, algunos con diplomas superiores; otros con estudios de politécnica; dos eran abogados y uno era un aspirante a médico que no había conseguido salir con bien de sus exámenes. A todos les han bastado de seis a siete meses de trabajo asiduo para convertirse en electricistas prácticos o para poder ejecutar ciertos trabajos de cerrajería complicada; todos encuentran colocación en París, y ganan de nueve a doce francos diarios. Como, en vista del éxito, el número de alumnos ha podido aumentarse de cuarenta a sesenta, y como los cursos se renuevan dos veces al año, el colegio en cuestión salva de la miseria anualmente 140 familias. El colegio lleva el nombre de Escuela de Electromontaje Raquel, y el Mecenaz que provee a sus necesidades es Leonardo Rosenthal. Las lecciones son gratuitas, y hasta cierto número de alumnos reciben además una comida diaria. Como la mayor parte de ellos son pobres y vienen de barrios

lejanos, más de la mitad toman esa comida gratuita, la única que hacen en todo el día.

La Escuela comenzó en 1911 con 12 alumnos; la cifra subió en seguida a 23; en 1912 fueron 54; en 1913, 71 por semestre, y el año próximo, 1915, se admitirán hasta 150, o sean 300 al año. Los gastos suben hoy a 100.000 francos, suma realmente pequeña en relación con los resultados que de su acertado manejo se obtienen.

Finot quiere que esa institución modelo sirva de ejemplo, y que con arreglo a ella se funden otras escuelas de electricistas, de agricultores, etc. Pero ¿bastaría esa multiplicación de escuelas y esa consiguiente multiplicación de hombres prácticos para salvar de su miseria al proletariado intelectual? Sinceramente creemos que no. El mal tiene raíces más profundas, y ese remedio es demasiado superficial. Hay que ir por otros caminos; es preciso acabar con el favoritismo, que tantos desalientos produce y tan menguados ejemplos siembra; hay que castigar el atesoramiento, obligando al capital a no estar parado; hay que poner término a toda mano muerta; hay que infiltrar en todas las almas el espíritu sublime que irradia del Sermón de la Montaña, y que supo engendrar los San Francisco de Asís.

IMPRESIONES Y NOTAS

PERTURBACIONES PRODUCIDAS POR EL ABUSO DE LA COCAÍNA.— Tras el opio, la morfina, y tras ésta, la cocaína. ¡Pobre Humanidad! Vallon y Beissière nos informan, en el *Encephale*, de las «Perturbaciones mentales de origen cocaínico»; y en verdad que el cuadro es alarmante, pues entre los artistas y los literatos, y entre los noctívagos de Montmartre, el abuso de la cocaína constituye una epidemia terrible.

Las primeras picaduras de la cocaína son poco agradables; pasa lo que con el tabaco: sólo al cabo de cierto tiempo se goza con la absorción del humo. En la embriaguez cocaínica

pueden distinguirse dos fases: la primera se caracteriza por el aumento del dinamismo, traducido, por una parte, en una sobreexcitación intelectual, siempre estéril, pues sólo aumenta la locuacidad, la verbosidad; y por otra, en cierto prurito de gasto muscular, sin alteración sensible [en la regularidad de los movimientos. La segunda fase, a la que no todos llegan, está caracterizada por cierta indolencia psíquica, con ensueños agradables en que el cocainizado se complace conservando su inmovilidad, como si tuviera miedo, al moverse, de que el encanto se disipara. A veces, en medio de esa calma se producen descargas nerviosas, en forma de movimientos bruscos, impulsivos, pero precisos.

Esta euforia inicial dura, sin embargo, poco. Se acostumbra uno a ella rápidamente, más pronto que con la morfina; y entonces, para hallarla de nuevo, hay que aumentar las dosis, llegando a absorber dos y hasta tres gramos diarios de la droga. En algunas semanas, el organismo se altera profundamente y se llega a una verdadera caquexia. Al mismo tiempo, las facultades mentales son atacadas, y la memoria se debilita, la voluntad se afloja y toda energía desaparece; los sentimientos afectivos se alteran y el cocainizado se hace indiferente a todo. Pero el más dañado es el sentido moral; de ahí las estafas, los robos, la prostitución, el asesinato para proporcionarse el veneno. Por último, se llega al insomnio completo, absoluto, entrecortado por pesadillas voluptuosas o aterradoras, como las de los alcohólicos crónicos.

Entonces suele presentarse la psicosis cocaínica. Su forma *lenta* presenta un período de perturbaciones sensoriales con alucinaciones de todos los sentidos, y otro período de ideas delirantes, en el que el enfermo cree en la realidad de todas esas alucinaciones, y tiene celos y manías persecutivas, hipochondría, etc. Si todavía se sigue usando la cocaína, viene la psicosis *aguda*, con confusión mental y agitación y toda la gama de la demencia.

*
* *

LOS ESPAÑOLES EN NANTES.—¡Cómo cambian los tiempos! En sus «Notas sobre los españoles y los portugueses en Nantes», Julio Mathorez nos presenta la Bretaña, y sobre todo Nantes invadida por los españoles, que tenían en su mano el comercio y la banca de la región. Ana de Bretaña estaba rodeada de españoles; los duques de Bretaña habían apreciado y favorecido siempre la inmigración española, y España tenía en Nantes toda una barriada, la más rica, la más respetada en la población. La colonia española era numerosa, y España en aquel tiempo—siglo xv y principios del xvi—proveía de banqueros a toda Europa. La mayor parte de aquellos españoles, bien tratados, queridos, colmados de privilegios y hasta ennoblecidos, se naturalizaban en el país, llegando a los más altos cargos; de allí vienen los Ruys (Ruiz), los Spinose (Espinosa), los Rocaz (Rocas) y tantos otros.

Naturalizados y todo, aquellos españoles nunca olvidaban su origen, de que se sentían orgullosos. Así, en las contiendas políticas interiores o exteriores, cuando se ventilaban intereses que afectaran directa o indirectamente a España, los hispano-nanteses estaban siempre del lado del Rey Católico. En las contiendas de la Liga, cuando Mercœur necesitó fuerzas para apoyar las pretensiones de la casa de Lorena y apeló a los católicos del Loire, todos los españoles de Nantes, antiguos y nuevos, se alistaron bajo las banderas de la Liga; la combinación, que tendía a llevar al trono de Francia una infanta, no tuvo mejores partidarios que los españoles de Nantes. El mismo Enrique IV, cuando fué a Nantes, quiso halagar al elemento español y se hospedó en la casa del conocido comerciante Andrés Ruys, una de las más consecuentes figuras de la colonia española.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Las recompensas a los expedicionarios españoles al Norte de Europa con el Marqués de la Romana</i> , por Juan Pérez de Guzmán.	5
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	26
<i>El discípulo traidor</i> , por Leónidas Andreief.....	45
<i>El Tiziano y Alfonso de Este</i> , por Carlos Justi.....	74
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume.	90
<i>Julio Lemaître</i> , por Enrique Bordeaux.....	120
<i>La guerra franco-alemana de 1870 y 1871</i> , por el Capitán Tanera	160
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	185